EDUARDO WILDE

AGUAS ABAJO

BUENOS AIRES



AGUAS ABAJO

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

SECRETARÍA GENERAL

Buenos Aires, Junio 18 de 1914.

El Consejo Superior de la Universidad Nacional de Buenos Aires,

POR CUANTO la Señora Guillermina de O. C. de Wilde ha donado en favor de esta Universidad los derechos de autor que le corresponden como heredera de su esposo el Doctor Don Eduardo Wilde, sin otra condición que la de aplicarse el producto de aquel derecho á costear un premio anual en la Facultad de Ciencias Médicas.

EN CONSIDERACIÓN al mérito de las obras, á los distinguidos servicios que en la enseñanza de la Universidad y á la instrucción en general prestó el Doctor Wilde, como profesor y en los cargos públicos que desempeñó, en homenaje á su memoria y á la estimación que merece la generosidad de la señora donante.

RESUELVE:

Art. 1º — Aceptar la donación bajo la condición expresada y agradecerla.

Art. 2º — Comunicar esta resolución y sus antecedentes á la Facultad de Ciencias Médicas, para su cumplimiento en la parte relativa al premio anual.

Art. 3º — Inscribir esta resolución en la portada de los libros que se editaren con autorización del Rector de la Universidad.

UBALLES,
Rector de la Universidad.

R. COLÓN,
Secretario General.

Es copia.

M. Nirenstein,
Pro Secretario General.



E. WILDE

AGUAS ABAJO

La vida humana
corre aguas abajo
hasta que el Destino
la detiene.

BUENOS AIRES

284012 — TALLERES CASA JACOBO PEUSER

1914



ADVERTENCIA

Se encontrará en este volumen muchas incongruencias i anacronismos, porque figurarán en un mismo capítulo ó párrafo, las ideas del sujeto que se describe, correspondientes á diversas edades, siendo algunas el desarrollo de las primitivas, ya en el mismo sentido ó en otro. Este procedimiento ha sido observado, por ser más conveniente seguir la correlación de los pensamientos, sobre el mismo asunto en diferentes épocas, en una sola sección, que repetir el tema en diversas partes, para mostrar las modificaciones que hubiera sufrido según las enseñanzas de la vida.

EL AUTOR.



AGUAS ABAJO

I.

EN LA NIEBLA.

Entre mis papeles, revisando los más interesantes, encuentro una carta de Boris en la cual cita estos versos que expresan la verdad de la vida i entrañan una consoladora filosofía.

> Il passato non è, ma ce lo pinge
> La viva rimembranza
> Il futuro, non è ma ce lo finge
> La fervida speranza
> Il presente sol è, ma in un baleno
> Fugge del nulla in seno
> Dunque la vita è appunto
> Una memoria, una speranza, un punto!

Boris es un sujeto original por cuya imaginación é índole intrínseca, haré algunas excursiones en estas páginas con la anuencia displicente del resignado corrector de pruebas.

Nació de padres emigrados, en una pequeña villa mediterránea, de la que á su tiempo daré ciertos detalles.

Sin duda el cura al bautizarlo no le puso Boris, nombre exótico i tal vez nada ortodoxo, sino Bonifacio Ramón Luis, para matar tres santos de una sola pedrada, como se usa

en provincia; pero las gentes no aceptaron tal consorcio i con su lógica primitiva, su sentido práctico i su costumbre de apocopar, á favor de un prolijo examen, sacaron de él un extracto i llamaron Boris al muchacho.

Boris no entra en ninguna de las clasificaciones usuales, á causa de las singularidades de su vida psíquica. Vivía soñando!

Las entidades concretas, las escenas, las situaciones, constituyen para él una incertidumbre, cuyos factores flotan en una atmósfera brumosa como penumbras en el horizonte á la hora del crepúsculo, sin tomar formas definidas en su conciencia, pues apenas intenta dárselas, la realidad del momento se le escapa i la imagen del presente..... *in un baleno, fugge del nulla in seno.*

El extracto de la vida es el placer ó el sufrimiento, pero á todo placer acompaña una zozobra, que lo debilita, á todo sufrimiento un temor que lo acrecienta, i á toda percepción del momento presente, la previsión instintiva de una *futuridad* que la altera.

Es, en efecto, frecuente hacer una derivación del pensamiento, hacia situaciones graves é insignificantes.

La percepción de una puerilidad borra, mientras dura la más intensa preocupación. Un hombre á quien llevan al cadalso, por ejemplo, cuenta los botones de la sotana del sacerdote que lo auxilia ó se distrae con cualquiera ocupación análoga; en tanto que otro sujeto á quien ningún pesar aflige, abandona una distracción trivial, para atormentarse con la imagen de peligros que tal vez jamás correrá.

El autor de estas páginas, hallándose en la estación de un ferrocarril, escapó por un décimo de segundo, de ser destrozado por un tren; pero tuvo tiempo de observar en ese trance, rápido como un relámpago, que el vidrio del farol de la máquina estaba roto.

Estas fugas intelectuales se hacen patentes en el trato diario; muchas veces nos están hablando, i no prestamos atención á lo que nos dicen, por esperar lo que nos van á decir.

En Boris, la manía de irse al futuro con armas i bagajes, era tan constante que le impidió siempre gozar, ó sufrir, por causas morales, en la medida de lo justo.

El ensueño perenne le presentaba toda situación como transitoria, i conceptuaba que algo vendría tras de ella.

No sabía definir ese algo incierto, ni calcular cuando llegaría ni á qué respondería.

Cada vez que se examinaba se encontraba vacío de ambiciones, no aspiraba á nada definido i sin embargo vivía en una continua zozobra, envuelto en una vaguedad sin nombre, sin cuerpo, sin sustancia, sin fórmula, sin signo negativo ni afirmativo, sin accidentes ni detalles, sin contornos ni color, sin uno solo de los atributos de las cosas reales, pero eficiente para causarle una inquietud ó desazón crónica.

En los diferentes tramos de su vida, había deseado llegar á ciertos términos relativos: ir de la escuela, pasar bien un examen, conquistar un afecto ó fines análogos. Pero, tras de la salida de la escuela, tras del examen, i de todo objetivo determinado, ahí estaba aún el ensueño indescifrable, el suceso capital que infaliblemente debía ocurrir.

Todos cuantos lo trataban i aun los que lo juzgaban sin haberlo tratado jamás, afirmaban, cuando de él hablaban, que era práctico, positivo, materialista.

Entretanto, un hombre ilustre amigo suyo, le dijo en cierta ocasión i con toda verdad:

«Usted no será nunca feliz porque su alma es vagabunda i no sabe lo que quiere, ni va tras de objeto alguno conocido ó sustancial.

«Para ser feliz se necesita proponerse cosas alcanzables i alcanzarlas; tener propósitos usuales, humanos i fáciles.

«Un almacenero es feliz porque durante la semana se lo

pasa esperando el domingo para cerrar su tienda i salirse á pasear (fin humano i concreto), i como cada siete días hay un domingo, cada siete días el almacenero realiza su anhelo.

«No se equivoque V. mi doctor, no olvide esta verdad:

«Ser feliz es ver la sanción de una esperanza».

Era mui frecuente en Boris ese fenómeno de duplicación de la personalidad, que se verifica en mayor ó menor grado, en todo ser humano; veíase i sentíase á sí mismo, i veía i sentía otro individuo idéntico á él; deferente, accesible en general, pero que tomaba á veces ciertos aires de supremacia incómodos.

Cuando tenía un poco de fiebre, el fenómeno era intenso; el duplicado parecía más adicto, más apegado i complaciente, más asiduo en la reproducción de todos los actos del enfermo; si éste se daba vuelta en la cama, el otro hacía lo mismo, si tosía ó hablaba, el otro, también hablaba ó tosía, como un eco. Era un buen compañero, si bien algo molesto; porque eso de tener un testigo i un reflector de cada acto, pegado al cuerpo i al espíritu propio, es poco agradable.

A veces en el curso de la fiebre el otro Boris se convertía en una especie de colchado que envolvía i embargaba las sensaciones del paciente.

Concluida la enfermedad, el huésped desaparecía como por encanto, hasta nueva ocasión.

Esta sensación de una doble personalidad, no se refería solamente á la suya propia; él veía también á veces, dos personas en aquella que le interesara.

Quiso mucho á una niña; ésta se hizo mujer, joven, luego adulta, i por fin, vieja. Pues bien, él seguía *queriendo* á la niña i *conociendo* simplemente á la vieja, que era naturalmente la misma, pero la niña era otra, la que él amó.

Cualquier sujeto medianamente avisado, sabe por experiencia, que una escena actual suele presentarse á la mente

del espectador, con todos los detalles i accidentes ya conocidos, de una situación pasada en que se encontró hace tiempo, i aun de una futura que va á realizarse en el momento próximo siguiente, i en la que se ve de antemano, como un recuerdo, la tercera reproducción del mismo espectáculo, sabiendo segura i anticipadamente lo que va á suceder..... Que se puede tener en una palabra, la noción de un hecho sucedido dos veces ó de uno que va á repetirse inmediatamente.

Dickens describe esta sensación como mui general. Conocemos, dice en David Copperfield, por experiencia, el sentimiento que nos invade á veces, de que cuanto estamos diciendo ó haciendo, ha sido dicho i hecho anteriormente, hace largo tiempo; que hemos estado rodeados de las mismas personas i de los mismos objetos, en las mismas circunstancias..... que sabemos en fin, perfectamente, lo que se va á decir, como si lo recordáramos de repente.

Los franceses llaman «Fausse reconnaissance» á esta sensación; más propio sería llamarla «Doble percepción» en la cual el mismo acontecimiento habría ocurrido en dos ó más épocas.

Un estudiante de medicina, alumno de la Salpêtriére, para preparar su tesis sobre el fenómeno referido (Paramnesis ou fausse reconnaissance), publicó en 1897 un cuestionario de 36 artículos, con el fin de saber en qué circunstancias físicas i morales i con ocasión de qué accidentes, las personas que le respondieran habían experimentado esa extraña impresión, en virtud de la cual, el mismo hecho, se les había presentado como pasado i presente al mismo tiempo, teniendo además la clara visión de lo que iba á suceder i que ya había sucedido, como si lo recordaran de golpe. (Cita á Dickens).

Boris era mui propenso á sentir esa impresión.

En el curso de sus viajes, llegó por primera vez á Nuremberg; fué á ver un castillo, i hallándose enfrente de los

arcos de piedra de la puerta i del frontispicio, dijo á su acompañante: «Yo he visto antes esto; adentro, en el patio, entre las columnas de una especie de claustro, está sentada una vieja». Se abrió la puerta i en efecto, había un patio, un claustro i una vieja sentada entre dos columnas.

Explique otro este fenómeno.

Boris médico sicólogo, decía, que tal vez el hecho de la doble vista anacrónica, del mismo objeto en el pasado i en el presente, dependía del pasaje al sensorio común, por dos vías diferentes, de una misma percepción, alojándose primero la que llegaba antes, trasmitida directamente por el nervio óptico, i después la que hubiera recorrido vías combinadas; así la primera sería antigua con relación á la otra.

Verdad es que aun cuando enfrente de un edificio, solo vemos la fachada, con el pensamiento vemos el interior de la casa, la disposición de las piezas, el mobiliario de las habitaciones, etc., etc., ó suponemos todo ello con una vivacidad idéntica á la visión real.

Dickens, también en esta ocasión, viene en nuestra ayuda con su admirable i nativo conocimiento de las funciones centrales humanas.

En una de sus novelas figura un vendedor de baratijas que ejercía su comercio en la vía pública, junto á una casa grande i solemne; este hombre al ver entrar á la casa i salir de ella, constantemente, ciertos individuos, dedujo que ellos la habitaban i, no deteniéndose en esto, les puso nombres, los acomodó en sus diversos departamentos i les atribuyó en su fecunda imaginación, costumbres determinadas.

Un día, por orden de autoridad competente, entró en la vetusta mansión la Justicia, i tras de ella el público con el vendedor aludido á la cabeza, el cual hubo de desmayarse, al saber que el sujeto á quien él por tantos años había llamado Mister Williams, no era tal Mister Williams; que la tía Marta, era Miss Peggi; que el dependiente Frank no era dependiente, sino socio i se llamaba John (no eran

estos precisamente los nombres, pero para el caso, es lo mismo). En fin, que los aposentos no estaban distribuidos en la forma que él los había adjudicado, ni respondían al plan trazado en su mente, con líneas indestructibles; en resumen, el pobre diablo experimentó una desilusión completa i dolorosa, como si la destrucción de lo que su fantasía había creado, fuera una desgracia.

Boris cuando su cerebro estaba ya maduro i bien nutrido de conocimientos, no era ni creyente ni escéptico. No creía en sucesos sobrenaturales, pero no los negaba en absoluto; lo sobrenatural para él era lo que no se explicaba con los medios de razonamientos actuales. A su entender muchos fenómenos llamados misteriosos, serían perfectamente naturales si tuviéramos más sentidos; porque sin duda alguna, la naturaleza no ha sido obligada á reducir sus hechos al número de cinco para adecuarlos al de nuestros sentidos; i la experiencia demuestra la realidad de ciertas percepciones que no podemos atribuir á ninguno de nuestros órganos de percepción.

A quién no le ha sucedido, por ejemplo, pensar con insistencia i sin motivo, en una persona ausente desde largo tiempo, i verla aparecer *ex-abrupto* al dar la vuelta una esquina ó en cualquier otro momento? Algo, pues, nos ha dicho «ahí está» la persona en quien Vd. piensa. I ese algo, es un sentido *latente* que tenemos para ver en el futuro ó adivinar, pues adivinamos catástrofes ó acontecimientos extraordinarios, principalmente la muerte de parientes ó amigos.

II.

PRIMEROS PASOS POR ESTE MUNDO MISERABLE I VARIO SEGÚN DICE ESPRONCEDA

§ A.

COMO ERA TUPIZA Á MEDIADOS DEL SIGLO XIX.

Boris existe, luego nació; esta proposición es innegable i superior á la de Descartes: Pienso, luego existo.

La primera encierra una verdad i la segunda, la del célebre filósofo, una petición de principio i una simple afirmación que no llega á ser razonamiento.

Boris nació en Tupiza (Bolivia) provincia del Chorolque ó de Chichas como se quiera; el día ..... iba á cometer la imprudencia de designarlo; felizmente un pudor natural, por cuenta de Boris, me lo ha impedido á tiempo.

No tuvo el mérito ni la culpa de entrar en el mundo por Tupiza; pero si le hubiere sido posible escoger una población para nacer en ella, habría optado por esa villa, en razón de ser ella modesta, elemental i rara.

Tenía dos calles, una de las cuales se llamaba « la calle izquierda », por contrapunto con la otra llamada « la calle derecha ».

Estos nombres no eran en manera alguna justificados, siendo la calle izquierda la más derecha i pudiendo las dos cambiar de nombre según la dirección del transeunte, pues no había números en las puertas.

§ B.

LIGERA DIGRESIÓN SOBRE LAS FECHAS I ADELANTE.

«Qué me importa á mí dónde ni cuando nació Boris» podría decir cualquiera mal criado, el público, por ejemplo, si leyera estas páginas; pero el autor de ellas podría replicarle diciéndole: «nada le importa, convenido, como no importa á nadie su observación, pues podría V. hacer la misma á cuantos relatos, crónicas, historias, cuentos i biografías corren por el mundo.

«Que la batalla del 24 de Mayo haya tenido lugar el 24 de Mayo i no el 24 de Noviembre, para V. es lo mismo, pero no lo es para los que han hecho de esa fecha un símbolo ó algo más: sobre todo para los pensionistas militares por razón de sus deudos muertos ese día en acción de guerra; ¡seis meses de diferencia de pensión para una viuda inconsolable! . . . . como quien dice nada!

Finalmente, si á V. no le importan las noticias de Tupiza, no las lea i habremos concluido! — V. se piensa que yo escribo para V.? — Yo escribo para mí, como escriben para sí, todos los autores que procuran el bien de la humanidad!

V. no ignora que el tiempo es continuo. Si nosotros lo dividimos en rebanadas más ó menos grandes, lo hacemos por razones de economía política i doméstica, i á fin de poder consignar las fechas en un cuaderno llamado «almanaque», sin el cual la vida es imposible.

¿Qué sería de la historia, de la crónica i de la biografía sin fecha?

Prive V. de ellas á la sociedad i á los gobiernos i se queda el mundo sin registro civil, sin contribución territorial, sin lei de patentes, sin fiestas patrias, sin regalos para el 25 de Diciembre ó el 1º de Enero, sin congratulaciones ni pésames, sin vida social; en fin, sin duración prefijada para las estaciones, los solsticios i los equinoccios!

V. no piensa en la ventaja universal de un aniversario agradable, porque olvida V., público ilustrado i mentecato, que V. es pulpero, mercero, tendero, zapatero, sastre, joyero, mercader, en una palabra: que vende para regalos obligatorios ó de cortesías, tarros de conservas, cintas, cortes de vestido, botines, ropa, relojes i cuanto á mano viene, á precios tales como para procurarle á V. una condenación á trabajos forzados, por su honorabilidad comercial reconocida.

Hecho este paréntesis tan importante como cualquiera de los de un libro clásico, bueno es saber que en Tupiza no había periódicos, ni demagogos ilustres, ni tribunos hipócritas i abnegados, ni defensores profesionales de los derechos del pueblo, nombrados por sí mismos.

§ C.

LO QUE ES EL PUEBLO CUANDO SE HACE VISIBLE.

Todas estas privaciones dependían de que no había allí pueblo, propiamente hablando, sino un reducido número de habitantes quienes, por fortuna, ni siquiera caían en cuenta de la falta de ese monstruo explotable i dañino, sumiso i bravío al capricho de los vientos; mezcla de hiena i de carnero, pronto á enfurecerse i á acometer, bajo el imperio de sus cóleras ciegas los crímenes más atroces, poniéndoles el rótulo de «reivindicaciones heroicas»; pues lo que tienen por pueblo los instigadores de las multitudes, cuando tratan de encarnar en algo sus pasiones, no es el total de los habitantes de una comarca ó de una ciudad, sino esa conglomeración repelente que hace ostensibles sus enconos, apócrifamente titulados «opinión pública», por medio de la prensa ó del comentario en las calles, i caracterizada realmente, por su innobleza, su perversidad, su absoluta falta de criterio sensato, sus tolerancias para los defectos, vicios i aun crímenes de algunos afortunados, generalmente mediocres, á quienes

favorece i hasta idolatra, como por su desconocimiento de las calidades, virtudes i servicios de otros á quienes odia sin motivo i persigue con salvaje brutalidad.

De estos componentes de la civilización actual, carecía pues, la villa natal de Boris i por lo tanto, sus habitantes trabajaban mansamente, se divertían en las fiestas, rezaban á sus santos, enterraban sus muertos (mui pocos) i dejaban correr la vida según como venía.

III.

PRIMEROS ENSAYOS DE EXPRESIÓN VERBAL.

§ A.

INFLUENCIAS DE LAS PERCEPCIONES É IMPRESIONES SOBRE LAS IDEAS, SENTIMIENTOS I ACTOS DE BORIS. — DENME DESDICHAS. — FLUYEN OTROS TÓPICOS.

Boris cuando comenzó á hablar, inventó un lenguaje para su uso particular; sin duda oía mal las sílabas i las palabras i las pronunciaba como las oía; así hacen todos los niños; pero éste abusaba realmente de su derecho alterando los vocablos de la manera más insólita.

Para decir llévenme á Tupiza, decía: «vevás á mí Popiza»; á su mamá, que llevaba el cristiano, deplorable i excelente nombre de «Visitación», la llamaba: «Mastototon»—de dónde sacaría eso?

Es común confundir la *l* con la *r,* aún en la composición tipográfica, y se cita la voz de mando de un general español que dijo en cierto momento de alarma: «Sordados á las almas!»

Pero nadie como Boris ha confundido jamás la *r* con la *d.* Así, como no gustaba dar contestaciones negativas directas, por no parecerle eso bien, cuando estaba comiendo algo i uno de sus hermanos le pedía una parte contestaba: «esta cdudo, esta amadgo» por no contestar: «no quiedo dadte». Para decir: pélenme este durazno, decía «á palá á mi agága».

Agága provenía de manzana i manzana ó agága llamaba él á toda fruta, como llaman pápa los niños i sus cuidadores á todo alimento.

Quién habría sospechado que después iba á ser tan minucioso *pada pdonunciad integda cada sílaba!*

Nótese que es mucho más difícil decir *cdudo* que *crudo* i *amagdo* que *amargo.*

Por cierto que no admitía verbos irregulares, comenzando por rechazar los auxiliares; del verbo tener, por ejemplo, sacaba: teno, tenes, tene... pero se encontraba con dificultades á veces insuperables, para aplicar su reforma á muchos verbos de su vocabulario; los inventaba también con frecuencia, sacándolos de los nombres propios ó de donde le daba la gana; *felipear* era hablar, tratar, estar con Felipe; *broyer,* verbo novísimo, que resulta ser francés i significar reducir un objeto á pequeños fragmentos, quería decir para él, *trepar arañando,* como los gatos.

En fin para entender lo que decía Boris durante los primeros ensayos de su incipiente lenguaje se necesitaba adivinarlo.

§ B.

ARMONÍA DE LAS PALABRAS CON LAS IDEAS DE LAS COSAS.

El más lejano recuerdo que tenía de su propia existencia, se refiere á la época en que podía tener á lo más cinco años, i á un episodio cómico y doloroso de su infancia.

La más viva imagen de ese recuerdo es aquella en que se ve á sí mismo llorando junto á una puerta pintada de verde, reventando con sus dedos las ampollas de la pintura mal hecha, i observando, sin dejar de llorar, que debajo de la capa verde había una roja.

En los mayores dolores, ya se sabe, la mente se complace en coleccionar trivialidades. Boris, no podía estar más

afligido i sin embargo, su cerebro anotaba las puerilidades de su trabajo mecánico.

I por qué estaba afligido i por qué lloraba?

Su padre tenía minas en Choroma (buscar Choroma en el mapa) pasaba allí toda la semana i venía á Tupiza, el domingo por la mañana, á caballo, trayendo siempre en las alforjas, á más de muestras de minerales i otros objetos, algo para el chico: frutas, capias, dulces ó algún juguete (Boris era un tanto mimado en la familia).

El día del episodio, apenas se desmontó su padre, Bòris se acercó al caballo, que era amigo suyo, abrazó su cabeza inclinada, sintió aquel olor de sudor normal que él llamaba olor á viaje, i concluidas sus caricias al noble animal, preguntó á su padre qué le había traído.—Qué te he de traer, criatura, le respondió, ¡desdichas!—Magnífico, pensó para sus adentros, nunca me ha traído eso, i ya saboreando de antemano el gusto del manjar, se hizo el distraído por no parecer ansioso.

Pero después de haber pasado un tiempo razonable, sin que su padre se preocupara de darle el regalo, se dirigió á las alforjas, revolvió todo en ellas, y no encontró ni señas de desdichas.

Aún tuvo paciencia i supuso que su padre las había sacado: se le hizo presente varias veces, inútilmente, i cansado de esperar, interpeló:—«Dónde están las desdichas?» Su padre lo miró entre triste i burlón y no le contestó.

Entonces, con los fueros que le daba su derecho de niño comenzó esta letanía, llorando:

—Denme desdichas; *quiedo* desdichas; dónde están las desdichas?

Todos se reían i él se irritaba i gritaba cada vez más: «denme desdichas».

Vino el cura Rendón, su padrino, i él también se puso

á reir; pero convencido de la sinceridad de la aflicción del niño, hizo cuanto pudo por distraerlo. Le dió una moneda, le prometió llevarlo á pasear á caballo y por fin, visto lo inútil de su empeño, trató de saber lo que él entendía por desdichas.

—Qué son pues? le preguntó.—Son unas cosas ladgas i negdas (otra risa).

—Son juguetes ó cosas de comer ó de ponerse?

—De *comed* contestó irritado. (La hilaridad continuaba).

—Frutas entonces?

—No son *fdutas*.

—Y qué son?

—Unas cosas *negdas, asadas,* que hace todos los jueves la *negda Madía.*

Desdichas asadas!... ya entonces la diversión no tuvo límites, i se marcó por una estrepitosa algazara.

Boris lastimado por la burla sangrienta, salió al patio para ocultar su derrota i fué á parar junto á la puerta verde.

Rotas todas las ampollas, se consoló reflexionando en la falta de entendimiento de su padre, de su madre, de sus hermanos, de su padrino el cura i del resto de la asamblea. Tenía razón, pues, era fácil caer en la cuenta, después de tantos detalles, de que *desdichas* debía ser algo de comer, de nombre parecido, el de salchichas, por ejemplo, i de que Boris llamaba salchichas á las morcillas; por donde morcillas i desdichas eran para él la misma cosa.

No habiendo en Tupiza dos sujetos del mismo nombre, creía que el nombre propio, era exclusivo i comparticipable é intrínsecamente encarnado en lo íntimo de cada individuo. Así, había una Brígida frutera, una María empanadera, un Florencio herrero, un Tadeo sastre, picado de viruelas, etc., etc., i Boris creía que Tadeo significaba tutado,

sastre i único en la tierra con tales cualidades; i lo análogo respecto á los nombres de Brígida, María i Florencio.

Para colmo vivía en aquellos tiempos una vieja blanca, flaca, llamada Aurelia Evia de Pando, que habitaba una casa á cuyo patio daba sombra un enorme sauce; por tanto, doña Aurelia encarnaba la idea de vejez, de blancura ajada i de sauce grande.

Fué siempre extraña i poderosa en su mente la influencia del sonido de las palabras i la tendencia á sustituir la sustancia por su accidente.

A lo dicho sobre Tadeo i compañía, deberá añadirse que cada persona, cada objeto, cada suceso, cada época, cada entidad concreta ó abstracta tuvo para él un color, un sonido, un gusto, un olor, una forma, una semejanza; de tal manera que la idea del objeto i la suscitada, ocupaban en su cerebro, el mismo rango.

El nombre *Diego* representaba un pan de jabón ordinario, de forma cúbica.

El de *Eusebio* daba la idea de una vela de sebo gruesa.

Francisco quería decir, hombre maduro, vestido con traje gris.

Rodríguez un pedazo de queso con vetas verdosas.

(Nota.—Don Francisco Rodríguez era un pulpero de Tupiza i vendía queso más ó menos viejo i deteriorado; usaba una ropa gris eterna).

Tucumán, color naranja; *Buenos Aires,* nácar; *Córdoba,* morado; *Salta,* verde; *La Rioja,* café; *Mendoza,* color pizarra; *Jujuy,* amarillo... i no había quien le quitara tales ideas de la cabeza.

Inmediatamente que oía un nombre saltaba una figura, un color, un ruido ú otra sensación que eran respectivamente el *alter ego* de la persona ó cosa designada.

Los *lunes* eran color de hoja de lata algo empañada.

Los *martes* verdes como cipreses, ¿quién podría dudarlo?
Los *miércoles* de un amarillo brillante.
Los *jueves* también amarillos pero á modo de yema de huevo.
Los *viernes* verde claro.
Los *sábados* plomo gris, parecido al cielo en día nublado.
Los *domingos* color rojo, no mui vivo.

Los meses no tenían colores definidos, pero él en la paleta de sus impresiones, era incapaz de equivocarse el tinte del mes de Abril con el de Agosto.

No había pues en el idioma palabra cuyo sentido ignorara, pues á todas cuantas oía les daba una representación conocida. Así, Rezar era un acto color plomo, porque don José Sánchez Reza tenía un sombrero alto de Chinchilla de ese color.

Materia: un líquido algo espeso amarillento (humor, supuración, materia).

Moral: un objeto de cobre (morado).

Honor: un tumor, una hinchazón.

Criterio: un gato baruno, arisco (aquí el vínculo se pierde, en un abismo insondable).

A esto se añadían las concepciones más extravagantes sobre las cosas que ya conocía. Por ejemplo, para hacer un libro según él, solo se requería poner un número mayor ó menor de palabras, todas diferentes, una tras de otra; el mérito de la obra estaba en relación con la cantidad de éstas: para hacer otro libro se necesitaba otra colección. La idea de que los libros contuvieran frases ó dijeran algo, no se le vino jamás á la mente. Extraña falta de sentido común inexplicable, pues no se concibe tales aberraciones ante las evidencias de cada momento.

§ C.

ASTRONOMÍA. — METEOROLOGÍA. — LIGERA RESEÑA DEL CIELO, DEL INFIERNO Y DE SUS HABITANTES.

Cuando veía salir la luna detrás de los cerros deseaba subirlos para tomarla con sus manos á su paso por las cumbres, i si estaba ya un poco elevada, presumía que don Lorenzo Sastre (el hombre más alto de la comarca) armado de una caña i parado en la cima, podría voltearla de un cañazo. Todos los niños han tenido, es de creerse, ante un espectáculo análogo, la misma idea.

Parecidas sensaciones le sugerían las nubes flotantes sobre las montañas, como capullo de algodón si eran blancas, ó como vellones de lana negra, si eran oscuras.

En ambos casos, don Lorenzo Sastre, su candidato perpetuo para las grandes empresas, podía, con un rastrillo, traerse á casa una buena provisión de lana ó de algodón.

Los relámpagos eran rayas hechas por un gigante con un tizón encendido; los truenos, el fragor de cueros secos, arrastrados por las escabrosidades de los cielos.

La tierra era plana, salvo algunas rugosidades como las montañas i quebradas i estaba cubierta de una bóveda de tules, densa por trechos i salpicada de pedacitos de vidrio más ó menos brillantes.

Tras de esa tapa de sopera, en el punto central, estaban Dios, la Divina Providencia, los ángeles, entre ellos el de la guarda, los Arcángeles, los Serafines, Santa Ana, la Virgen María i su digno esposo, Jesucristo, San Pedro i otros personajes celestiales.

Debajo de la tierra había otra semi-esfera, hueca, negra, llena de humo, soldada á esta por sus bordes, en cuyo fondo estaba el infierno, donde vivían el Diablo i comparsa. En los límites del disco ó plano terrestre, arriba i abajo moraban los fantasmas, los aparecidos, los duendes, las brujas, las

hadas, los encantadores i los gigantes que hacían los relámpagos.

La suposición de que la tierra, era un disco entre dos tapas de sopera, no iba tan descaminada, dadas las creencias que alguna vez tuvo la humanidad; estaba además de acuerdo con la iglesia i con las teorías de las altas eminencias que persiguieron i encarcelaron á Galileo, cuya historia no sabía Boris, á quien en este caso, no se puede por tanto acusar de plagio.

Cabe bien establecer aquí que, si los contradictores de Galileo fueron injustos con él, son á su vez injustos con ellos los sabios i los hombres ilustrados de nuestros tiempos.

Alguien ha dicho, creo, i con razón, que había circunstancias atenuantes en la conducta que usaba la Iglesia contra los promotores de reformas en las creencias.

Ciertamente, creer que la tierra era el punto central del universo, que todo giraba alrededor de ella, que el sol era su satélite, que los planetas i las estrellas eran un simple adorno en honor del hombre, todo eso armonizaba con su orgullo, halagaba su vanidad i le inducía una conciencia de su importancia, superioridad i suficiencia, que lo dejaba mui contento de sí mismo.

En medio de esta felicidad de amor propio satisfecho, un viejo impertinente se atreve á decirle: «No hai tal cosa; la tierra es un átomo imperceptible en el universo, las estrellas no han sido hechas para que V. las mire; todas las creencias de V. son hijas de su loca i presuntuosa fantasía!»

Venir á quitar así, con dos ó tres frases, las ilusiones de siglos i siglos, era realmente una agresión. Nadie se queda contento cuando le prueban que no es lo que él se cree, sino todo lo contrario; natural era pues, que los desilusionados se enojaran con Galileo i lo trataran como á loco, ateo i criminal.

Dios, era en el concepto de Boris, un verdadero Padre Eterno, un anciano venerable, hermoso, con una barba larga i blanca; estaba siempre sentado para mantener la postura propia de Su Majestad; en esto Boris caía perfectamente en lo cierto; nadie cuando piensa en Dios, se lo representa de otro modo i mentiría como un bellaco, quien dijera lo contrario. Imaginárselo, por ejemplo, joven i lampiño, repugna al entendimiento.

Sus juicios acerca de los personajes celestiales, serían tal vez condenados por la Iglesia, pero él no tenía en ello culpa, pues eran el producto de una germinación en su cerebro, cuyas funciones no podía dirigir.

La Divina Providencia habitaba, como se ha dicho, el cielo; creíala emparentada con el Padre Eterno, i se la representaba con la figura de una mujer de cincuenta años, gruesa, de aspecto vulgar, cara siempre enjestada, cutis blanco amarillento, con manchas rojizas, nariz chata, ojos anegados i cabello castaño claro. La sospechaba poco bondadosa i en oyéndola nombrar ya temía que se tratara de alguna mala acción; la muerte de un niño, la ruina de una familia ó cosas del estilo. Rara vez se la citaba con motivo de algún suceso feliz, i cuando esto sucedía, hablándose por ejemplo, de alguien que hubiera escapado de un peligro i oía decir: «se salvó gracias á la Divina Providencia», pensaba en sus adentros, «por fin ha hecho algo bueno la comadre».

El ángel de la guarda se colocaba todas las noches á su cabecera; él lo veía de pie vestido de tules i rasos celestes, con las alas pendientes á lo largo de los flancos; joven, hermoso, pero insignificante i bobo, no hacía ni decía nada, estaba ahí como podía estar en otra parte.

Al verlo soñaba con Angeles más divertidos, con Arcángeles i Serafines, bailando contradanzas en el cielo i agitando tiras de género recamadas de oro i plata, como las casullas i otros ornamentos de iglesia; las bandas bordadas se tendían á cierto tiempo verticalmente, temblaban

un rato, bajaban, pasaban lentamente i, por fin, Boris se dormía.

A Santa Ana se la representaba en concordancia con sus retratos i efigies; Señora mayor, vestida pobremente, con ropas viejas i descoloridas; flaca, apesadumbrada, mirando hacia abajo i siempre resfriada, quizá por tener la nariz larga i puntiaguda.

Qué mal hacen las autoridades eclesiásticas de admitir en los altares imágenes presentadas bajo formas repelentes ó ridículas; santos feos i santas i vírgenes antiestéticas. Los niños toman esos adefesios como encarnaciones de las entidades que representan, los gravan en su mente i conservan la impresión toda su vida; la idea primera persiste i ya jamás nadie podrá concebir á Dios, la Virgen, Jesucristo, los santos i los ángeles, sino según el modelo primitivo, visto en la Iglesia, lugar sagrado, respetable i fidedigno.

Por eso Santa Ana era la pobre señora que Boris veía en la madre de la Divina María.

La Virgen santísima..... había dos vírgenes santísimas según el testimonio incontrovertible de sus sentidos i la tradición de la cual tenía algunas nociones.

La primera se le presentaba bajo la forma de una joven bellísima, inocente, melancólica, de ojos grandes, admirados, como si no comprendiera bien lo que pasaba ante ella; modesta cual cuadraba á la pobreza de su familia!

Jamás á Boris ni á nadie se le ocurrió que la dulce María perteneciera á la aristocracia.

El la veía en las láminas, siempre humilde, cuidando á su hijo, ó bien yéndose á Egipto en burro, con el niño en sus brazos, tiernamente oprimido i seguida paso á paso por San José, un buen hombre, mediocre, que más bien parecía su padre que su marido.

La segunda, era la virgen de los altares, Nuestra Señora del Rosario, de los Milagros ó de cualquier otra advocación; esa señora mayor de edad, representaba una ver-

dadera dama de Corte; al verla nadie la creería hija de la pobre Santa Ana, sus vestidos de encajes, raso, terciopelo i oro, i sus collares de perlas, rubíes, esmeraldas i diamantes, realzaban su figura de noble matrona un poco anticuada, rica i ostentosa. Su manto i demás vestidos, de la cintura para abajo, tendidos por un triángulo de cañas, casi equilátero, le daban la forma de un cono sobre su base, en cuyo vértice se hubiera colocado una corona de plata tachonada de piedras preciosas.

Su antebrazo izquierdo, rígido, tieso i horizontal, sustentaba al niño Jesús en equilibrio inestable; desnudo, completamente en cueros, con tres espátulas de metal clavadas en la cabeza por todo abrigo.

Bien se conocía que Nuestra Señora no tenía frío bajo sus ropas abrigadas de lujosas i gruesas telas, ni aún en aquella iglesia helada.

El pobre niño, si hubiera podido hablar, habría pedido una manta ó que lo llevaran al Ecuador. Así lo dejaban comprender sus brazos estirados i sus ojos redondos de puro abiertos.

Nuestra Señora no caía en cuenta de nada; ni miraba ni acariciaba á su hijo, ni lo aproximaba á su seno como hacen todas las madres cuando no están vestidas de baile!

San José estaba ahí de pie, con una redondela de plata remachada en la coronilla i una vara de nardos ó lirios en la mano derecha, no se sabe por qué ni para qué.

San Pedro figuraba en otro altar, con las llaves del cielo en la mano; solo, sin su gallo, probablemente suprimido por el escultor para apartar recuerdos inoportunos.

Después de tal examen cómo podía creer Boris que Nuestra Señora de los altares, fuera la misma suave María por la cual tenía tan sincero afecto?

Ningún testimonio podía contradecir lo que sus ojos veían i, no hubo remedio: la idea de las dos vírgenes, la una simpática i la otra así, así, se instaló en su conciencia.

Otro tanto le sucedió con Jesucristo.

Hubo durante varios años dos ejemplares diferentes de Jesús en su concepto.

Uno, el del niño Jesús, sano, gordo, recién barnizado i con los brazos extendidos.

El segundo Jesús, el de la leyenda; un hermoso joven esbelto que llevaba la túnica con elegancia; soñador, vagabundo, desocupado, indolente, amigo de la vida meditativa, apreciador de la belleza, predicador i profeta i como tal, convencido de que debía vivir sin trabajar i á expensas de sus admiradores.

Boris no podía hacer de los dos un solo hijo de María sin quitar á cada uno su personalidad; ni pensar que el niño gordo i lustroso pudiera convertirse en el melancólico é interesante joven de cabello largo, el de la túnica elegante. ¡Eso no podía ser! la lógica de los dos sentidos imponía dos sujetos, dado el caso: el niño sano i gordo i el filósofo ambulante, el mártir de la semana santa después.

Aceptados los datos falsos ó verdaderos, las consecuencias forzosas debían ser tomadas como realidades.

No son de extrañar estas cavilaciones, en un lógico de nacimiento, cuyos elementos de juicio venían del examen de las imágenes de la Iglesia, ó de algún trozo de Evangelio oído en los sermones i ampliado por su imaginación.

El diablo, personaje siniestro, según sus detractores, no le inspiraba temor; por instinto sin duda, presumía la evolución de las ideas de otros tiempos respecto á este distinguido sujeto.

En la Edad Media i antes de ella, el demonio, Lucifer, Satanás, ó como quiera llamársele, era una entidad maléfica, dañina, cruel i repugnante, odiosa bajo todos los puntos de vista.

Ahora, gracias al conocimiento de la mitología, primero, i á los poemas, romances i piezas para teatros, cuyo tipo principal es el Fausto, Mefistófeles, nombre más eufónico que

Satanás, es un caballero simpático, algo escéptico, espiritual, ameno, bien educado, amable con todo el mundo, gallardo i valiente, conocedor como nadie de las flaquezas humanas y dotado de la más alta i serena filosofía. Si lleva almas al infierno con engaños, maleficios ú otras truhanerías, no es por su cuenta, sino por orden expresa del Ser Supremo.

El infierno es una sucursal del cielo, las almas rechazadas en éste, son las únicas que aquél acoge (todo el mundo lo sabe).

Las teorías del cristianismo no pueden rechazar la lógica de las precedentes afirmaciones.

Más en armonía con los documentos humanos, está la mitología que hace de Júpiter i Plutón dos amigos i confidentes. Este mantenía también cordiales relaciones con los demás dioses i cedía á sus empeños cuando le pedían la libertad de algún condenado, dejándolo salir de los infiernos.

Mefistófeles, es de creerse, tendría iguales tolerancias, dado su espíritu caballeresco i bien humorado á pesar de las maldades que le atribuyen.

En el relleno de la cabeza de Boris había además ciertos espíritus más ó menos entrometidos en las cosas de este mundo.

Los fantasmas i los aparecidos, que lo aterrorizaban con lo indefinido de su forma i de su personalidad, así como las *Almas* que salían á dar vueltas en las noches oscuras alrededor del cementerio, con apariencias de venir á reclamar algo de los vivos.

Los *Duendes,* unos enanos con grandes sombreros i una mano de lana i otra de hierro, según la tradición, lo perturbaban en extremo; el detalle del contraste entre las manos de estos extraños sujetos no siendo explicable, pero

debiendo responder á algo mui terrible, debía tomarse mui en cuenta.

Las *Brujas,* para él, eran más bien simpáticas, pobres mujeres tan perseguidas por todos.

Las *Hadas,* unas Señoras de cierta edad, vestidas ricamente, frescas todavía algunas,—no le gustaban: según la leyenda concurrían al acto del nacimiento de cada niño; unas otorgaban al recién nacido un don que lo hiciera feliz, pero nunca faltaba alguna vieja resentida que ponía una cortapisa para paliar ó anular los dones recibidos.

Más que con el proceder de las Hadas, armonizaba con sus gustos el de los *Encantadores,* cuyos hechos se manifestaban en los cuentos conocidos del pájaro Pipao, la Bella i la Fiera i otros; pero observaba que las Hadas tomaban á veces el papel de los Encantadores, i no sabía en ciertos casos distinguir, en materia de encantamientos, lo que era obra de varón ó de mujer, si bien tenía una idea por guía: si la calidad del hecho era mui mala, él lo atribuía á una Hada; si era buena ó no mui mala, á un Encantador, pues en esto pensaba lo que los sirvientes piensan de sus amos, es decir: que el Señor es siempre más bueno que la Señora.

§ D.

ORIGEN DEL MUNDO. — LA LUNA, LA TIERRA Y SUS ENSERES.

Dios había creado el mundo de la nada, i de paso se había creado á sí mismo. Eso no entendía Boris, pero así estaban las cosas.

Los astros, las nebulosas, las estrellas, todo ello había sido hecho á la vez, lo mismo que el sol, la luna i la tierra.

El sol era una rueda de fuego, que salía por la mañana de una orilla del disco de la tierra, giraba sobre él é iba á esconderse en la orilla de enfrente; siempre conservando

su tamaño, más ó menos, pero cambiando de color según el estado de la atmósfera.

La luna, nacía en forma de un hilo de plata encorvado, también en una orilla de la tierra, pasaba sobre ella i descendía al otro lado, seguida por una pequeña estrella, pero su tamaño variaba cada noche; crecía hasta llegar á ser un círculo i mermaba hasta perderse en forma de otro hilo de plata, menos brillante en el extremo opuesto al de su nacimiento.

Probablemente el sol daba vuelta por debajo de la tierra, conservando su integridad, pero la luna moría en su ocaso, cada tantos días, i otra luna nacía de nuevo.

Ya se ha dicho algo sobre la tierra; falta sólo saber el origen de sus enseres.

El de éstos comprendía dos categorías; en la primera figuraban los objetos que él había visto fabricar ó nacer del suelo; aquí entran las ropas, los sombreros, el calzado, los utensilios de barro, las mesas, las sillas i demás artefactos de carpintería, cerraduras, cerrojos i artefactos de herrería, los árboles, las flores, las frutas, las legumbres, los matorrales, las calabazas, melones, sandías, guisantes, trigo, maíz, judías, garbanzos i los productos enterrados, como las patatas ajipas, nabos i otras especies.

Todo lo que no entraba en estas colecciones debía encontrarse en otra parte ya hecho, i para obtenerlo no había más que ir á recogerlo del suelo ó de sus capas inferiores; i eso hacían sin duda, los tenderos, los vendedores i otros negociantes que traían todo ello á Tupzia.

El no encontraba ninguna dificultad en que las cosas pasaran así. La tierra, por el mismo procedimiento con que hacía flores maravillosas, árboles gigantescos, frutas sabrosas, metales en bruto i en barra, azogue (plata líquida) i aceites en las minas, como el petróleo, piedras preciosas i objetos verdaderamente maravillosos, — podía hacer relojes, platos de porcelana, teteras de metal, frascos de vidrio i todo aquello que no fuera de fabricación manual.

Lo que da la nota sobre las concepciones de Boris respecto al origen de los objetos que conocía, es su idea por demás extravagante, relativa á las cajas de sardinas, que consideraba frutas de estación.

Tal absurdo no debe provocar la risa, ni inducir á juicios contra la sanidad intelectual del muchacho, porque emana de razones bien fundadas, algunas de las cuales enumero.

Primera: las cajas de sardinas no circulaban en Tupiza sino en una estación, en cuaresma i semana santa; jamás, fuera de esta época, se comía sardinas.

Segunda: la cáscara de las sardinas era metálica i dura; éstas se hallaban acomodadas en el interior en buen orden; pero había también otros productos de cáscara dura: las nueces, las avellanas, las almendras, las granadas, los cocos i otros de cáscara blanda (lo que solo implica una diferencia de grado), tales como los guisantes, lentejas, las habas, etc.

Tercera: las cajas de sardinas blancas i brillantes contenían piezas blancas i brillantes cubiertas de un envoltorio de la misma especie, seguramente metálico.

En esto las sardinas no se diferenciaban de las nueces, almendras, avellanas, etc., que también tienen una cubierta interna (hollejo) de un color análogo al de la cáscara.

Cuarta: ¿Cómo podía la naturaleza encerrarlas en las cajas cuando no se veía rendija alguna por la cual se hubiera podido introducirlas? La objeción es seria, pero también lo es esta otra. ¿Cómo puede la naturaleza encerrar en algunas frutas, carozos, semillas, pulpas, secciones geométricas, tabiques de división, como en los cascos de naranja i figuras de variadas formas i consistencia sin que el envoltorio exterior de estos productos muestre señal de haber estado abierto i haber sido cerrado?

Confiésese, pues, que si la existencia de las sardinas dentro de sus cajas, no se entiende, tampoco se entiende la del contenido interior de las frutas, de los cucurbitáceos i de las vainas con granos.

Quinta: los árboles nacían de entre las piedras, de entre las peñas, de entre los trozos de minerales, á veces, lo que no les impedía florecer i dar frutas.

Las flores eran olorosas, las frutas sabrosas i perfumadas; la forma de las primeras era de un arte exquisito, la de las segundas variadísima é inexplicable; i nadie negará que hacer una flor del aire, una orquídea, cien mil pensamientos todos diferentes, variedad infinita de crisantemos, dalias, rosas, claveles, todo ello del más artístico dibujo, de olor i colorido diferente, es mucho más difícil que hacer una caja de sardinas.

Por otra parte se presenta una cuestión de equidad: las peñas, las rocas, las piedras, los trozos de metal, dejaban brotar de su seno árboles i arbustos, ¿por qué los árboles i matorrales no darían á su vez piedras, rocas i metales?

¡Nadie había demostrado á Boris la imposibilidad de que una planta diera productos metálicos: todos los sabios de la tierra no son tampoco capaces de probar la imposibilidad de tal fenómeno! I, por último, ¿sabía acaso Boris que la hoja de lata era metal?

No vemos nacer minerales de la boca de un elefante, sus colmillos; dientes duros, de las encías de los animales: cuernos, uñas i pelo de partes blandas del organismo? ¡Pues explicarse todo esto es tan difícil como admitir la posibilidad de que los vegetales i la tierra produzcan vasijas minerales, llenas de comestibles i por tanto cajas de sardinas!

Boris queda justificado.

§ E.

TEORÍA NUEVA SOBRE LOS SEXOS. — FELIZ ACONTECIMIENTO QUE MODIFICA ESTA TEORÍA. — CONSTANZA.

No tenía la menor idea de cómo venían al mundo los hombres i los animales, ni de su crecimiento ni de su sexo.

Su padrino era, como se ha dicho, el cura párroco del pue-

blo; un hombre mui bueno, mui santo, con sotana i sombrero de teja (al decir hombre no interpreto el juicio de Boris).

Los tres grupos dotados del uso de la palabra, eran los niños i los hombres, las niñas i las mujeres; los curas.

En conociendo á un individuo, hombre, mujer ó cura, lo suponía inalterable, con el mismo traje insustituíble, con el mismo aspecto siempre!

Los curas, con la peculiaridad de la sotana, que no era vestido de hombre ni de mujer i por el sombrero de teja que sólo ellos llevaban, lo inducían en grandes perplejidades.

Había observado que los pollos se convertían en gallos i no se sabe de donde había sacado una analogía entre los curas i los pollos negros: esta idea estaba tan fuertemente arraigada en su pensamiento, que una vez dijo á su madre: «Mamá, yo querría ver un curita chico» i lo veía ya en su fantasía, mui bonito: un cura niño con su sotanita i su sombrerito de teja diminuto, antes de llegar á ser cura párroco ó sustituto.

Naturalmente, el curita debía crecer al mismo tiempo que su sotana i su sombrero, como crecen los pollos á la par de sus plumas. Faltaba saber si los individuos de la casta sacerdotal nacían también de huevos como los pollos ó si se los encontraba ya hechos en algún sitio, por generación espontánea.

Por otra parte un hombre no se diferenciaba de una mujer sino por sus vestidos: la barba en el hombre podía ser un accidente determinado por el traje; por tanto los sexos estaban á discreción de los padres, quienes podían atribuir á sus hijos el sexo que quisieran, vistiéndoles ya sea de varón, ya de mujer; todo esto sería ridículo si fuera una invención á posteriori que implicaría una calumnia á la sinceridad de Boris.

La extraña teoría vino á ser modificada posteriormente por el feliz acontecimiento, incidente anunciado en el su-

mario de este párrafo, que obra en el recuerdo de Boris bajo el nombre de:

Constanza

En cierta ocasión llegó á Tupiza, con su sobrina, una señora amiga de la madre de Boris, para pasar con ella algunos días.

La sobrina era mui bonita. Boris se fijó por de pronto en sus ojos enormes, en las alas de su nariz, que se movían á compás de la respiración, i en el pelo arisco i revoltoso que coronaba su frente.

Boris, por aquellos tiempos no se ocupaba de las orejas de las gentes; á no ser así habría notado que las de Constanza (así se llamaba la muchacha) eran chicas i rosadas.

Por una disposición que considero admirable, Boris i la joven debían tener el mismo cuarto. La noche del día en que llegaron la tía i la sobrina, Boris se acostó temprano i se durmió sin esperar á su compañera.

A la mañana siguiente Constanza se levantó temprano i se acercó en punta de pies, á la cama de Boris para ver si el niño dormía.

Boris dormía, i ella en la seguridad de que nadie la observaba, se libró á sus ocupaciones matinales.

Delante de un ángulo del aposento había un armario i detrás de éste un lebrillo con agua: loable previsión (la del armario i la del lebrillo).

Constanza desapareció tras del armario i procedió á sus abluciones. El ruido del agua aun mitigado por las precauciones de la niña, despertó á Boris, quien no dió señales de vida.

Momentos después salía Constanza de su escondite, envuelta en una gran toalla, de la cintura abajo; sin duda para poder peinarse sin estorbos.

Sabido es que la vista recoge en un momento figuras, paisajes i detalles cuya descripción requiere largo tiempo. Por consiguiente yo habré de pasar muchos minutos en contar al lector lo que vió Boris en medidos instantes.

Constanza se acercó á una mesita que servía de tocador i puso en ella las peinetas i horquillas que sujetaban su cabello.

Un torrente se desbordó sobre sus espaldas, bajando hasta más allá de la cintura; luego carmenó su pelo i se puso á recogerlo; sus manos pequeñas se perdían en la espesura, pero Constanza no sin trabajo lo reunió, torció, enroscó i lo aseguró sobre su cabeza.

Así peinada su cuello se destacó: largo, cilíndrico i delgado, sobre sus hombros modelados, de acuerdo con las reglas del arte escultural.

Para hacer su peinado mantuvo levantados sus brazos; brazos de niña, delicados pero llenos y firmes.

Boris vió en las axilas ciertas sombras, cuya razón de ser no se explicaba; halló luego en la espalda diversos accidentes musculares: los relieves de las escápulas, los potentes músculos lumbares i la hondonada que los divide; pero lo que más llamó su atención fué la curva de la columna vertebral entera, cuyos perfiles cóncavos ó convexos se conjugan sin violencia, como lo hacen las ondulaciones alternadas de una ola liviana.

La joven fué á descolgar su camisa de vestir que pendía de un clavo, en un costado del armario, pero al estirar los brazos, la toalla cayó al suelo, i Boris pudo continuar su inspección.

Vió debajo de la cintura en un mismo nivel, i á igual distancia de la línea media vertical, dos pequeñas fosas superficiales semejantes á las que dejaría la presión un dedo pulgar en una masa blanda.

I sobre el área subyacente dos gruesos ovaloides, altas montañas de robustos músculos i abundante tejido adiposo

iguales i simétricas, engendradas por una repentina é inesperada evolución de las curvas dorsales. Sus faldas internas se adosaban, estrechaban i empujaban recíprocamente, como si les faltara espacio para desenvolver sus amplitudes. Las cumbres al acercarse, dejaban una profunda ranura entre sí, que marcaba las líneas respectivas.

La superficie inferior de estos volúmenes, invertía su convexidad al unirse á la contigua de los muslos, sin marcar pliegue divisorio.

Vió luego dos mitades de esfera colocadas simétricamente sobre el pecho, erguidas, enhiestas, altaneras.

Su tersa superficie presentaba en su parte central, un círculo pequeño, semioscuro, i en la de éste, un brote rojo que apuntaba al cielo; la joven inclinó la cabeza sobre el pecho i se puso á mirar con visible placer sus dos senos, sonriéndole á cada uno cariñosamente. Había fiesta en su boca; torrentes de vida purpurina corrían por sus labios entreabiertos, i sus dientes, recién tallados en las canteras de la luna, destilaban su luz plácida y pura.

El resto de su pecho parecía no tener huesos; amplio en su parte superior, acortaba los radios de sus diversas secciones, conforme se acercaban á su cintura, que aun delgada como era, parecía la natural terminación del busto.

Su vientre, ligeramente abovedado, presentaba una pequeñísima cavidad central. La piel tendida sobre los músculos abdominales, pasaba sobre la base del tórax, sin destruir la armonía de los contornos.

En la región del pubis, en el espacio encerrado por las ingles i la curva inferior del vientre, se levantaba un montículo romo cubierto por la sombra obscura de una nube negra, sombra que se acentuaba en el declive vuelto hacia abajo i más aun en la zona media descendente, sobre los bordes de una hendidura que la dividía en dos partes iguales, desde su origen hasta el ángulo de las líneas inguinales.

Sus muslos eran dos esbeltos cilindroides de músculos adosados que, al juntarse por su fase interna, blanda i adaptable, no dejaban entre sí resquicio alguno. Sus perfiles corrían en curvas extendidas combinadas en justas proporciones que, unidas, formaban circuitos de más en más estrechos, conforme descendían.

Sus rodillas tenían una convexidad uniforme á pesar de los accidentes irregulares de la articulación. Las corvas, poco profundas, colindaban por su borde interior con el origen de una masa de músculos potentes, fusiformes, que prolongaba sus líneas hacia abajo, estrechando sus circuitos hasta el último.

Sus diminutos tobillos eran casi imperceptibles; sus pies pequeños, altos de empeine, de talones puriformes i rosados, dedos casi rectos, de puntas sanguíneas, como los de un niño.

Boris, en un último instante, capturó su divina imagen i cerró los ojos.

El bellísimo cuerpo de la joven era la expresión material del sentimiento estético, esa emoción inexplicable, inconcebible, mezcla de placer i de tormento, de angustia i bienestar, nostalgia, en fin, anticipada de un deleite actual.

Constanza podía ya vestirse i se vistió, pobre muchacha, con uno de sus pocos i modestos trajes; pero Boris continuó viéndola siempre desnuda, como se ve la imagen persistente de las formas que impresionan vivamente la retina.

Se acercó á la cama de Boris para despertarle. Boris consintió en despertarse esta vez ostensible i definidamente; se levantó, se lavó, se vistió i quedó hecho un querubín de manga corta i calzones raídos.

Anduvo todo el día tras de Constanza, i no comprendía cómo una muchacha decente, podía andar en casa i aun salir á la calle, completamente desnuda, pues él no podía verla de otro modo.

La noche siguiente Boris tuvo frío i se quejaba debajo de sus livianas cobijas; la niña compasiva, lo llamó á su

cama, lo recibió en sus brazos, lo acarició, lo besó, i lo tuvo tan cerca de su cuerpo como podía.

Boris se encontró en una atmósfera tibia, abrigada i experimentó la única felicidad pura i completa que hai en el mundo: la de un descanso que comienza ó de un dolor que se alivia.

El sano aliento de la joven, que incitaba á beberlo al salir de su boca, el vaho que se levantaba de su cuerpo i los efluvios de su cabello i de su piel, limpia i cuidada, tenían un aroma incomparable; que no era el de las flores, ni el de las plantas, ni el de la tierra regada, ni el de las frutas más sabrosas; ni el de los más ricos manjares, ni el del heno recién cortado, ni el del cedro del Líbano, ni el del soplo del viento que viene de los bosques: . . . era una fragancia exquisita, la propia de un cuerpo humano, femenimo, nuevo, que embarga i que deleita.

Boris se sentía penetrado por un éter sutil que no lo adormecía, i se durmió soñando que estaba en el paraíso, junto á Eva i recibiendo sus besos i caricias!

Sucediéronse los días i Boris los pasó en continuo deliquio, pero como todo tiene un fin en este mundo, llegó el día de la partida i de la desesperación de Boris, que exclamaba llorando: «No quiero que se vaya; si se va quiero que me lleve. . . !»

Cuando trajeron las monturas para la tía i la sobrina, Boris se prendió á las ropas de Constanza i hubo que separarlo de ella por fuerza. La pobre muchacha sollozaba i lloraba al despedirse. Cuando subió á caballo, Boris se quedó en la puerta, desolado; i cuando emprendió la marcha continuaron los dos mirándose hasta perderse de vista. Boris entonces entró en su cuarto i se acostó para consolarse, avivando con el recuerdo de su felicidad desvanecida, las heridas de su alma.

Pero el tiempo, este prosaico aguador de todos los placeres i pesares hizo su obra, i Boris se restableció poco á

poco, conservando por meses un tinte de tristeza en su semblante.

Años más tarde, ya en la edad madura, halló todavía en su memoria á su amiga Constanza: fresca, invariable, hermosísima, reciente, como si acabara de salir de las manos artistas de Natura; i llevando consigo la adorable efigie, anduvo por el mundo visitando museos i galerías, sin encontrar en cuadro ni en estatua, ni en relieve el trasunto de una mujer desnuda que á la vez, por su actitud i por sus formas, alcanzara la mágica belleza de la sencilla aldeanita que vió en una pobre casa en Tupiza.

Constanza fué la primera mujer que Boris vió desnuda i por tanto también la causa del desastre de su teoría sobre los sexos.

§ F.

ESPECIE RARA DE MATERIALISMO.

Entrando á su edad madura Boris á habérselas con el mundo, fué convicto i confeso de materialista: mientras tanto lo hemos visto tan idealista que solamente lo quimérico era lo real para él.

(Estas páginas están llenas de anacronismos; se incurre en ellos porque á veces un hecho mental, como se indica en la advertencia puesta al principio del volumen, viene á ser confirmado por una idea de actualidad. Boris escribió á larga distancia de su infancia, el relato de la corta vida i de la temprana muerte de un niño. Lo escribió para probar á los mentecatos que sabía sentir: ellos lo ignoraban).

El cuento publicado fué decisivo: nadie pudo leerlo sin llorar; y lo peor del caso es que el mismo autor, al corre-

gir sus páginas dejaba caer en ella gruesas lágrimas; el niño imaginario se había vuelto real en su conciencia; lo veía, lo quería, lo festejaba, lo compadecía, i cuando recordaba que lo había muerto en el relato de pura invención, lo miraba i veía que le hacía reproches con su cara angelical i triste desde el cielo, por su extrema crueldad; lo cual le sugería el intento de escribir otro en que el niño continuase viviendo.

Pero si no le hubiera muerto no habría hecho llorar á los que tan erróneamente lo juzgaban.

§ G.

ANTICIPO Á CUENTA DE SENTIMIENTOS.

La sensibilidad más exquisita i el espíritu de protección á los débiles i la cortesía, fueron la característica de su constitución psíquica.

En Tupiza recogía, á orillas del río, las piedrecitas más chicas, aquellas que habían tomado la forma de almendras ó de lentejas á consecuencia del frote recíproco en los torrentes, porque le daban lástima; las consideraba indefensas i las creía ateridas de frío en las noches de invierno, pero su piedad no podía amparar á todas i era por eso deficiente i parcial, pues él solo recogía las mui bonitas (ya desde entonces tenía predilección por la belleza).

Una vez, encontró en la calle un precioso ratoncito, lo tomó, lo llevó á su casa, le hizo una casilla de barro en el patio, lo alojó en ella, i le puso queso, agua para su alimento durante la noche.

Al día siguiente, cuando fué á verlo encontró la casilla vacía i con un agujero en la puerta... ese fué el primer ejemplo de ingratitud que se le presentó: después, cuantos de cientos de ratoncitos ha encontrado en el mundo!

Criaba conejos: un domingo su mamá, sus hermanas i hermanos se fueron á misa; él, aunque mui religioso, no fué por estar enfermo; tenía un panadizo mui doloroso en un dedo del pie i apenas podía caminar, no solo por el dolor sino por una especie de almohada con que se lo habían colchado.

Los conejos comenzaron á gritar por falta de alimento i él á desesperarse i á llorar al oirlos; su madre no volvía; los chillidos no cesaban i le traspasaban el alma. En un momento dado ya no pudo más: salió á la calle con su almohada en el pie i se fué á rogar al panadero (no había sino uno) algún socorro por el amor de Dios. El panadero, buen padre de familia, á pesar de creer que los irracionales no sufrían, le dió unos cuantos puñados de afrecho; i todo entró en su quicio!

Entre tanto observó á través de sus edades que jamás sociedad de beneficencia humana en apuros, ni club político alguno falto de fondos le había causado igual ni mayor impresión que el hambre de la comunidad de sus conejos, recuerdo más penoso para él, que el de la historia leída ó contada de las miserias de lejanos pueblos, por la ruina de sus sementeras.

Un día Boris callejeando vió pasar un perro, tomó una piedra y se la arrojó: nunca pudo saber por qué; la piedra dió al pobre animal en la cabeza i parece que fué en un punto sumamente sensible, porque el perro aullando i gritando lastimeramente, salió á todo escape. Boris se quedó yerto, la conciencia de su crimen lo espantó; él, tan compasivo siempre, había lastimado á un pobre animal que no le había hecho nada, en virtud de ese sentimiento de ferocidad que todos los hombres tienen, pero que en él era una anomalía.

Desde ese momento no tuvo paz consigo mismo, i día i noche, veía el perro huyendo i oía sus gritos estridentes.

No pudiendo al fin de cierto tiempo dominar sus remordimientos, decidió confesarse. Buscó entre los pecados mortales, si figuraba el de apedrear perros; no encontró tal prohibición, pero debía estar involucrada en cualquier otro pecado capital.

Faltaba aún que salvar otra dificultad. ¿Con quién se confesaba? con su padrino el cura Rendón? No; con el padre Aronis? Sí; á él le tenía menos vergüenza, é hizo en esta circunstancia, lo mismo que las más puras almas cristianas de damas encumbradas, cuando eligen sus confesores entre los más tolerantes i menos relacionados.

Fué, pues, á lo del padre Aronis, i le dijo á boca de jarro:

—Vengo á confesarme.

—Tú? i de qué vienes á confesarte?

—He apedreado á un perro.

—Has hecho mui mal, pero en fin no es para tanto.

— Sí es, porque el perro se ha ido aullando i gritando.

— Bien, no lo vuelvas á hacer.

—No lo volveré á hacer, pero eso es poco; yo quiero una penitencia.

—Qué penitencia muchacho. No hay para ello!

—Sí, debe haber porque yo sé que es un pecado.

—Bueno; reza tres padres nuestros.

—Bah; los rezo todos los días sin penitencia.

—Dale con la porfía!

—Le haré decir una misa á San Roque.

—Eso nunca hace mal.

—I cómo se la hago decir? no tengo con qué pagarla.

—Yo te la diré de balde, niño.

— Entonces, no es penitencia.

—Peste con el lógico! vete de aquí, yo te diré la misa i hazte devoto de San Roque.

— Si pudiera curarle la herida que tiene en la pierna?

— Cómo se la vas á curar si ya se ha muerto...

Boris salió de la casa del Padre algo más consolado, pero el grito del perro i la visión de su fuga le quedaron: fueron para él una obsesión.

Boris vivía constantemente afligido por las desgracias de los animales.

Cierta señora tenía una tienda que comunicaba por una de sus puertas con un cuarto de la casa habitada por la familia de Boris. La señora se fué á hacer no sé qué maldito negocio fuera de Tupiza i dejó su perro encerrado en la tienda, el que comenzó á aullar apenas partió su ama i no cesó en una semana.

Sus lamentos, en los últimos días, eran ya casi imperceptibles: el perro se moría!

Imagínese cualquiera el suplicio impuesto á la familia i las torturas de Boris que revolvió todo el pueblo para ver cómo se podía sacar el perro ó darle algo que comer; pero nadie quiso tomar sobre sí la responsabilidad de penetrar en la tienda cuya puerta no tenía una sola rendija por la cual se pudiera echar leche á lo menos.

Durante el tiempo del cautiverio del perro, Boris no comió ni durmió á gusto. La vieja inocentemente cruel llegó al fin; se sacó al perro ya moribundo i se le atendió con buen éxito.

Años más tarde, en un pueblecito de la provincia de Jujuy llamado Yaví, en una de sus ambulancias por las orillas, en compañía de un muchacho callejero, gran perseguidor de nidos, entró conducido por él, á un terreno baldío encerrado en un cerco de piedra.

— Aquí hay muchos nidos, dijo el muchacho; el otro día tapé uno de rabia por no poderlo sacar; estaba muy hondo; voi á ver si lo encuentro.

Buscó un rato, dió con el sitio, retiró una piedra del hueco i se vió detrás de ella un pajarito, parado, muerto, ya seco... tenía la cabeza caída i los ojos abiertos; Boris reconstruyó en su mente, ante el tristísimo espectáculo, la tragedia que ocurrió en el nido; vió los pichones con sus picos abiertos en escuadra, piando, muriéndose de hambre i á la madre yendo i viniendo de sus polluelos á la puerta del nido cerrado; calculó sus angustias, su desesperación ante ese terrible conflicto, su padecimiento, sintiéndose ella misma desfallecer; su resignación, en fin, al situarse en la puerta i morir de pie como ningún héroe lo ha hecho hasta ahora!... Echó una mirada de cólera i de reproche al muchacho, bandido cruel, destituído de todo sentimiento humano, que le pareció un monstruo horrible y, sin decir palabra, huyó de su lado corriendo y llorando, para no verlo más!

La escena del pajarito, con todos sus detalles, quedó grabada en la memoria de Boris para siempre, junto con las otras análogas.

Jamás pudo ver crueldades i cien veces expuso su vida por evitarlas ó reprimirlas, sin tener en cuenta su posición, á veces encumbrada, para habérselas con el más ruin de los plebeyos, en defensa de un niño, de un caballo, de un ser débil cualquiera á quien veía maltratar. El abuso de la autoridad ó de la fuerza le parecía odioso. Así detestaba á los patrones que trataban mal á sus sirvientes.

En cuanto á su cortesía, solo puedo decir que era mui singular. Creía que á un extraño nada podía negársele, con tal que fuera posible concedérselo; i si no se podía, que se debía á lo menos explicarle la negativa con mui buenas razones. No se sabe de dónde sacó semejante regla, que fué para él origen de muchos disgustos.

§ H.

SINCERIDAD DE PRINCIPIOS RELIGIOSOS. — VÍNCULO INDISOLUBLE ENTRE LO MORAL I LO CONCRETO. — EL SENTIDO COMÚN EN CASA AJENA.

La madre de Boris, devota de San Vicente de Paul i de Santa Bárbara (de ésta un poco por egoísmo á causa de ser dicha Santa capaz de evitar una desgracia en día de tormenta) educaba su familia en los principios más severos de la religión católica, apostólica i romana que, como se sabe, es la única religión decente del mundo. En la casa se rezaba de un modo extraordinario i á propósito de todo. Boris era un rezador ferviente, i cuando por acaso se dormía sin haber recitado sus oraciones, al despertar i recordarlo temblando de miedo, viendo fantasmas en la oscuridad i tiritando de frío, se arrodillaba en su camita, decía un padre nuestro i un bendito i se quedaba tranquilo; su fe religiosa le daba coraje para ejecutar el acto heroico referido en el cual sufría todos los tormentos del terror.

No dejaba jamás de ir á misa: un domingo se propuso oir una cantada, larguísima; el humo del incienso en la iglesia era sofocante; de rodillas todo el tiempo, iba ya á coronar su empeño, cuando se desmayó; fué transportado á su casa sin recobrar su conocimiento i estuvo varios días enfermo; pero qué Gloria haber oído una misa de dos horas hincado!

Durante la estación de lluvias, no bien se veía el primer relámpago i se oía el respectivo trueno, su mamá llamaba á asamblea en la casa, á cuanto individuo la habitaba, para rezar de rodillas, un magnífico trisagio en su cuarto, delante de un crucifijo.

De ese rezo, á pesar de su mala redacción, le impresionaban singularmente las dos siguientes estrofas:

El trisagio que Isaías
Escribió con grande celo
Lo oyó cantar en el cielo
A angélicas jerarquías
Para que en sus melodías
Dijera nuestra voz cuanto
Angeles i Serafines
Dicen: Santo, Santo, Santo!

Los truenos continuaban quebrándose por los cerros i los relámpagos entrando por las ventanas.

El rezo seguía con más bríos: entre los versos, los que más le imponían por su sentido trágico eran éstos:

De la repentina muerte
Del rayo i de la centella,
Libra este trisagio i sella
A quien lo reza i advierte
Que por esa feliz suerte
En este mar de quebranto
Angeles i Serafines
Dicen: Santo, Santo, Santo!

Don Serafín de la Vega dice: Santo, Santo, Santo, pensaba Boris, por ser el señor de la Vega el único Serafín terrenal de quien hubiera oído hablar.

A parte de esta consecuencia fortuita, veía el cielo tras del Cristo ó tras de la pared en que estaba colgado; por consiguiente, en la huerta de la casa, delante del horno de cocer el pan; donde estaban los ángeles con sus alas azules i los Serafines cubiertos de escamas doradas, excepto un ángel con barba gris, poco pelo i sin alas, vestido de negro, que debía de ser don Serafín de la Vega.

Tal vez las dos estrofas citadas de las tres que debía contener el *trisagio,* no son la copia exacta de las origi-

nales, á menos de ser aquéllas tan disparatadas é inconexas como éstas; pero así lo aprendió Boris i así las rezaba.

Todo esto no valía nada en comparación con sus famosos triunfos cuando hacía el papel de Angel en las procesiones. (Los que niegan en absoluto la posibilidad de ser feliz en este mundo, no han sido ángeles en ninguna procesión, ó no han pensado, aun sin haber gozado de esa dicha, en las delicias de ser crédulo i tonto, con salud, casa, ropa i comida).

Los ángeles de madera pintados no lo aventajaban; él tenía un color blanco rosado, los ojos mui negros, el cabello rubio, claro, abundante, fino, largo i ondulado; ellos tenían también todo eso, pero de origen exótico i sus ojos de vidrio dejaban mucho que desear.

Las jóvenes solteras del pueblo que durante la semana no le hacían caricias, en los días de transfiguración, lo abrazaban i besaban con una libertad realmente agradable... Cuantas veces más tarde ha deplorado no ser ya ángel, aun de ocasión, como fué en aquellos felices tiempos!

A la gloria seguía el inmenso pesar: La degradación posterior á la fiesta, el despojo de las vestiduras brillantes, para meterlo en cama como á un niño cualquiera; pero él se desquitaba soñando con volar casi á ras de tierra, (sueño repetido durante toda su vida), con géneros recamados de oro i plata que pasaban delante de sus ojos, subían, bajaban, temblaban i desaparecían en los abismos de un adormecimiento ya definitivo.

Al otro día no más prerrogativas de muchacho divino.... iba á la escuela como si no lo hubiera sido, i el maestro, tremendo i mal humorado, se encargaba de hacerle perder, con sus irreverencias, las pocas ilusiones que aun bullían en el fondo de su alma.

De entonces data su convicción, acerca de la sabiduría de este aforismo: No debe apegarse á lo que no ha de durar.

Boris debió ser un niño cuya clase de belleza fuera eficiente para satisfacer diversidad de gustos, como resulta del siguiente episodio.

Sin duda el gusto de una niña «pueblera» i el de un *Indio Curaca* se diferencian en algo ... sin embargo en cuanto á Boris eran iguales ó semejantes, i quizá mayor el del Indio.

Un día Boris jugaba en la calle, cuando fué interrumpido por una manada de llamas cargadas de coca, i conducidas por un indio que se acercó a él i le propuso llevarlo consigo, Boris asustado se metió en su casa; el indio lo siguió i pidió de hablar con la madre. Obtenida la audiencia propuso darle una llama cargada en cambio de Boris, al cual llevaría consigo. La señora sonrió; el indio interpretó probablemente que el precio ofrecido era poco i lo aumentó hasta ofrecerle todo el cargamento; dijo á la señora que él era mui rico, que no tenía hijos, que Boris sería su heredero i que lo cuidaría mucho i lo haría Curaca en su lugar.

Se comprende que el negocio no fué arreglado; el indio se retiró con una gran tristeza, después de acariciar al niño.

A concluirse el negocio, á la fecha Boris sería tal vez cacique, i tal vez mucho más feliz que ahora.

Las prácticas religiosas de Boris no se limitaban á rezar, oir misa, desmayarse en las iglesias, servir de ángel en las procesiones, confesarse por haber apedreado un perro i cometido crímenes análogos.

Una vez desenvuelto su espíritu en las corrientes del culto, construyó primero un altar al aire libre; lo dotó de imágenes, de útiles i de ornamentos i, á imitación del Pa-

dre Eterno que formó el primer hombre de barro, hizo sacerdotes, monaguillos i feligreses de ambos sexos, de barro también, con excepción del sacristán que fué hecho de madera i con articulaciones que le permitían arrodillarse, ponerse de pie i mover los brazos, sin lo cual no habría podido ejercer sus funciones.

Cabe decir en este sitio que el procedimiento de Boris para la confección de sus fieles del sexo femenino se apartó del empleado por Dios en la creación de Eva. En efecto, él fabricó sus devotas directamente del barro, sin que se le ocurriera siquiera sacarlas de los hombres que hizo, por carecer éstos de costillas; aun no es seguro que no fabricara primero la figura de una mujer que la de un hombre.

Por otra parte no dejaba de encontrar raro eso de que Eva hubiera sido hecha de una costilla de Adán; porque á ser así, todos los hombres, por herencia, habrían resultado con una costilla de más en un lado de la columna vertebral, so pena de haber tenido Adán una de menos en cualquier lado i haber sido, por tanto, contrahecho; pero no pudiendo ni necesitando resolver el caso para la confección de sus figuras, continuó acatando lo que la historia decía.

Andando el tiempo, al comprobar los inconvenientes que ofrecía un altar á la intemperie, se decidió á construir un templo, como Salomón; eligió para ello un rincón apropiado de la huerta i con la ayuda de sus hermanos, edificó una casilla de piedra i barro, de forma cúbica i de capacidad suficiente para que dos muchachos de mediana talla pudieran entrar i maniobrar cómodamente en ella.

La nueva iglesia tuvo gran éxito; i las fiestas que en ella tuvieron lugar adquirieron gran renombre; á ellas asistían todos los muchachos del barrio i aun personas serias.

El santo sacrificio de la misa se celebraba con las formas prescritas en el ritual, Boris entraba en su iglesia,

acomodaba al cura i á sus ayudantes (todos vestidos con retazos de géneros de varios colores), colocaba en su puesto á los feligreses que, por construcción, estaban condenados á vivir siempre de rodillas; ponía al sacerdote delante del altar, luego lo transportaba de un lado á otro, junto con el misal; lo hacía leer en un libro minúsculo, consagrar i alzar la hostia i el cáliz, en tanto que el sacristán repicaba. Este repique necesita una explicación: el sacristán llevaba en la mano derecha una campanilla, la joya de la iglesia, emigrada de un chinesco (instrumento de música bien conocido).

En el momento oportuno, es decir, en el de alzar, acto puramente imaginativo, el oficiante, por medio de un hilo, sacudía el brazo del sacristán, i por ende, la campanilla que se ponía á repicar.

La misa concluía con una solemne bendición propinada por Boris, á nombre del cura, vuelto éste hacia el público, á los devotos congregados que la recibían sin persignarse, por razones obvias.

Hasta cierta época, Boris rezaba sin entender lo que los rezos decían, más á fuerza de repetirlos, le vino el deseo de encontrarles sentido i entonces comenzaron, á favor de un análisis imparcial, los positivismos de su lógica implacable, que chocaba con las incongruencias, repeticiones, inexactitudes, contradicciones i hasta con alguna irreverencia de las enseñanzas que contenía el catecismo.

Cuando entró en este examen, sabía ya, no solo ayudar á misa en latín (sin entender una palabra de él) sino también decirla, como se ha visto. Podía, además, repetir la doctrina cristiana, de principio á fin, i hasta señalar sus deficiencias, sus ampliaciones inútiles i sus aforismos inexplicables.

Desagradóle, por ejemplo, sobre manera, encontrar esta respuesta á una pregunta substancial: «Eso no me preguntéis á mí que soy ignorante; doctores tiene la Santa madre Iglesia que os sabrán responder».

Vaya un muchacho como yo, se dijo, á campear doctores que le sepan responder!

Sus críticas á los rezos i otros temas del catecismo, se caracterizaban por la imparcialidad i la exactitud.

En efecto, muchos años más tarde, volviendo á sus reflexiones sobre los rezos, decía:

Los artículos de la fe son la repetición del credo, íntegro, sin faltarle una coma; son el mismo credo servido en catorce rebanadas; por lo tanto, un inútil recargo para la memoria.

Los mandamientos de la lei de Dios, suponen todos la existencia de padres, madres é hijos i uno se pregunta si los habría á observarse el sexto mandamiento, que por su prohibición absoluta, sin excepciones, traería la extinción de la raza humana.

¿Cómo se concilia este artículo con estas palabras de Dios: «Creced i multiplicaos» i con la prescripción de criar hijos para el cielo, no pudiendo crearlos sin tenerlos?

Por sí solo el fatal artículo destruye los nueve restantes.

A poco andar no habría quien amara á Dios sobre todas las cosas, quien se abstuviera de jurar su santo nombre en vano, quien honrara padre, madre no existentes: matara, hurtara, levantara falsos testimonios, deseara la mujer del prójimo, ni codiciara en fin, los bienes ajenos!

Aun prescindiendo de esto, tienen un artículo de más, el noveno, por estar contenido en el décimo; á menos de no contar entre los bienes, la mujer ajena, en lo que tal vez la doctrina tenga razón. Débese añadir á esto, que desear i codiciar siendo sentimientos independientes de la

voluntad, nadie, ni aun el más virtuoso, puede evitarlos si se producen.

Los mandamientos de la Santa Madre Iglesia están bien.

El más interesante de ellos es, sin duda, el último, que sería digno del mayor acatamiento, si no fuera contrario á las leyes del Estado, por no haberse incluído en ellas entre las contribuciones á cargo de los ciudadanos las de diezmos i primicias pagaderas al clero.

Las virtudes teologales son tres, según el catecismo: fe, esperanza i caridad; pero la fe i la esperanza no son virtudes; la fe es una aberración de la inteligencia i la esperanza un deseo para el futuro; así, las tres virtudes se reducen á una: la caridad.

Las virtudes cardinales figuran virtual ó explícitamente en otros títulos; en los dones del Espíritu Santo, por ejemplo.

Las potencias del alma dice que son estas tres: memoria, entendimiento i voluntad; la sensibilidad ha sido olvidada.

Aparte de esto ninguna de las propiedades del Espíritu Ser-humano mencionadas, es facultad del alma. La *memoria* es una parte del entendimiento i éste á su vez lo es de la inteligencia. La *voluntad* á su turno, es un derivado forzoso, un accidente de la *sensibilidad,* el resultado de una sujestión *ocasional;* no es, en fin, una potencia autónoma.

Las únicas facultades psicológicas esenciales, son dos: la *inteligencia* i la *sensibilidad.*

Seis de los siete dones del Espíritu Santo pueden ser reducidos á uno: el don de *sabiduría* que contiene virtualmente, los cinco siguientes. El séptimo, el don de *temor á Dios,* es un don mal inspirado, porque á Dios no se le debe *temer* sino *amar.*

Los frutos del Espíritu Santo están compuestos, salvo excepciones, con palabras que figuran bajo otros títulos; basta leerlos para cerciorarse de ello.

En las bienaventuranzas falta método i sobran repeticiones é injusticias.

Los pobres de espíritu, ó sea los tontos, los limpios de corazón i los que padecen persecuciones por la justicia, tienen el mismo premio; por qué, poseer el reino de los cielos, ver á Dios, ser llamados hijos de Dios i compartir el ya dicho reino de los cielos, como lo hacen los últimos bienaventurados, con los primeros, es, en suma, todo uno. Cabe á más preguntar por qué se premia á los tontos; por qué los pacíficos no forman con los mansos, siendo en esencia iguales, una sola categoría, i poseen en común la tierra i los cielos; por qué los perseguidos por la justicia merecen recompensa, cuando es de suponer que si la justicia los persigue es porque cometieron algún delito; por qué los pacíficos solamente serán llamados hijos de Dios cuando los revoltosos son tan hijos de Dios como ellos.

Ocurre también averiguar si los que lloran lo hacen con el solo objeto de ser consolados: porque si es así, mejor sería no llorar i no ser consolado, como es mejor no llevar botas apretadas, aun cuando el que las lleva holgadas se priva del placer que tendría de sacárselas si fueran ajustadas.

La Fe figura ampliamente el Credo i sus catorce rebanadas, que en virtud de ella afirman i ordenan creer varias cosas de difícil explicación i otras contrarias á la razón humana.

La misma Fe aparece luego como virtud teologal i como fruto del Espíritu Santo. ¿Qué es, por fin, virtud teologal ó fruto del Espíritu Santo? Boris por reflexiones anteriores no creía que era una virtud teologal sino un fruto del Espíritu Santo, quien la inspira ardientemente por motivos personales: tal vez á fin de apartar pensamientos irrespetuosos acerca de su intervención en los asuntos de la Divina Familia.

La Caridad es aun más popular que la Fe, todas las obras de misericordia son pura caridad: es también un fruto del

Espíritu Santo i virtud teologal, la única de la especie, según lo antedicho, que figura como correctivo de la envidia entre las virtudes que se debe oponer á los siete vicios ó pecados capitales.

¿Qué es en resumidas cuentas: fruto, correctivo ó virtud? Virtud solamente, sin que conduzca á nada darle otra ubicación.

El Padre nuestro tan celebrado, contiene una noticia vieja inútil é incompleta para el Ser Supremo; tres malhadados subjuntivos; una petulante irreverencia, una impostura vergonzosa i una petición por duplicado. Véase como:

Padre nuestro, que *estás en los cielos.* La noticia no es nueva para Dios i además es inexacta; Dios sabe que está en los cielos i en cuanta parte, no citada por el orador, existe.

Santificado sea el tu nombre.—Porque *sea* i no es? el subjuntivo indica un deseo, un voto, una esperanza.

¿Por qué formular un deseo, un voto ó una esperanza de que *sea* una cosa que ya *es?*

Véngamos el tu Reino.—Pero si el su Reino ya nos ha venido, á qué responde desear ó esperar que nos venga?

Hágase tu voluntad.—¿Acaso no sabemos que se hace? A qué viene entonces pedir que se haga?

Así en la tierra como en el cielo.—I por qué solamente en la tierra i en el cielo i no en toda parte i lugar?

No se hace también por ventura en el sol, en la luna, en los orbes, las asteroides i hasta en los infiernos?

El pan nuestro de cada día danos hoi.—Si es nuestro no tenemos necesidad de pedirlo; con tomarlo y comerlo habremos usado nuestro derecho, i extraño sería que Dios tan justiciero como es, quedara con él, siendo nuestro.

I perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.— Aquí están la petulante, ridícula

é irreverente pretensión i la osada falsedad. Nos presentamos como modelos de generosidad ante Dios para que nos imite i nos atrevemos á decir que perdonamos á nuestros deudores cuando los perseguimos hasta arruinarlos, amparados por las leyes i ayudados por el código de procedimientos en lo civil, que nos dá en sus mil detalles los medios de hacérnoslas pagar.

No nos dejes caer en la tentación, más líbranos de todo mal. — No dejarnos caer en tentación es librarnos de un mal; luego con pedir lo último habremos pedido lo primero, siendo por tanto inoficiosa la primera petición.

El Padre nuestro está pues, por lo menos, mal redactado. Mejor sería decirlo de este modo, omitiendo expresiones inútiles: « Padre nuestro, danos pan hoi, perdónanos nuestras faltas i líbranos de todo mal ». O si se quiere, ampliándolo en esta forma: « Padre nuestro que estás en todas partes, excusamos repetirte que tu nombre es santificado, que tu reino nos ha venido i que tu voluntad se hace en todo lo existente. Danos todos los días el pan que llamamos nuestro, sin saberlo á punto fijo; perdónanos nuestras deudas ya que nosotros *no* perdonamos las de nuestros deudores i líbranos de todo mal ».

El Ave María i la Salve son buenos rezos, sinceros, devotos, llenos de alabanzas entusiastas i de peticiones modestas: bien concebidas, en fin. Sin embargo, el Ave María contiene noticias que ya la Virgen debía saber.

§ I.

INSTINTO MECÁNICO. — AFICIÓN Á LOS TRABAJOS MANUALES. — ARTESANO, ARQUITECTO É INGENIERO HIDRÁULICO.

Sabía mucho de mecánica por instinto, i poseía habilidades manuales para verificar sus concepciones teóricas en el límite de las materias primas i de las herramientas que

poseía. Como materiales: trozos de madera, pedazos de hierro, de alambre, clavos, tachuelas, tornillos, pinturas varias, cera, botones, hilo i cuantos objetos utilizables caían en sus manos.

Como herramientas: una sierra vieja, un formón sin cabo, un martillo, un taladro, un cortaplumas (adorado), pinceles, una lima que no mordía, agujas, una lezna i varios pequeños instrumentos sin nombre propio. Con ello componía todo cuanto se desarreglaba en la casa: puertas, sillas, mesas, armarios, baúles. Ponía cabos á los cuchillos viejos, asas á las teteras, jarros i vasijas de toda especie; remaches en las tijeras que se desarticulaban; hacía horquillas, broches, cadenas i lo demás que se verá.

Boris es i ha sido un buen carpintero: teniendo los elementos, hace más ó menos bien, cuanto concierne al oficio.

Dedicábase en su niñez principalmente á la fabricación de juguetes: molinos, cajas de sorpresa, aves, cuadrúpedos, hombres i niños.

Algunos de sus tallados i mecanismos, figuraron con honor en los nacimientos (ya se dirá lo que son los nacimientos). Construía pequeños instrumentos de música: guitarras, violines i arpas de mera apariencia; flautas i quenas que daban tonos musicales eficientes, como también esos aparatitos que constan de varios tubos ordenados en serie de mayor á menor i de diferente calibre, de los cuales soplando con arte, se puede obtener sonatas agradables.

La quena es un instrumento que tocan los indios en Bolivia. Hecho de un tubo como de 30 centímetros, abierto en sus extremos; uno de los cuales tiene un portillo cortado á bisel en el fondo i lleva á lo largo una serie de agujeros como las flautas; soplando en él, de cierto modo, se obtiene notas de una dulzura extrema, impregnadas de tristeza.

En el ramo de encuadernación de libros, no tenía rival en su pueblo, ni en el arte de hacer con papel i cañas,

cometas, pandorgas, barriletes i estrellas, que se elevaban con soltura en la atmósfera en la estación de los vientos, consagrada en todas partes á la universal diversión de remontar en los aires todos esos artefactos, algunos de los cuales llevan cuchillos, navajas ó pedazos de vidrio en la cola para romper la armazón de los otros voladores (todo el mundo sabe cómo, por medio de un hilo, se imprime dirección al aparato volante).

Muchos años más tarde hizo en los hospitales uso de su competencia mecánica para idear i hacer construir varios instrumentos de cirujía: algunos de ellos figuran con su nombre; ejemplo de uno: el que hizo para la fractura de la rótula, tan difícil de remediar.

Amaba mucho los bosques, las praderas, montañas i colinas. El Administrador de una hacienda llamada Palala, lo solía llevar á ella cuando iba á cazar palomas (nadie puede imaginarse la felicidad del niño en tales excursiones). Cincuenta años después todavía veía en su mente los árboles, los paisajes, los arroyos, las peñas, i evocaba la sensación que el arrullo de las palomas ó el grito de otras aves producía en sus oídos, i se deleitaba con la música melancólica, suave, sin ritmo ni tonalidad precisa, de los rumores engendrados en la naturaleza por las cosas que se mueven rozándose unas con otras á favor del viento ó del agua corriente. ¡Quién le diera entonces al revivir estos recuerdos la dicha de volver á Palala, con la aptitud de sus sentidos infantiles, para gozar con todos ellos, de los dones de una escena virgen, inmodelada, primitiva, aun no contrahecha por la civilización, que quita á todas las cosas de este mundo su encanto poético, empezando por privar al espectador de sus gustos sencillos i de sus aptitudes orgánicas para saborear las frutas, sentir intensamente los olores, respirar el aire puro, bañarse en la luz de los cielos i beber con ansia el agua clara de las vertientes, tras de una fatiga sana, hija joven de la mar-

cha por prados, montes i llanuras; por los bosques donde la impresión del ambiente es de paz i de quietud. Los árboles estáticos dan la idea de la concordia; no se apartan de su sitio, no se meten en los asuntos de sus vecinos; nacen, crecen, viven i mueren, i los accidentes de su vida son el viento que los sacude cantando entre las hojas suaves idilios, la lluvia que los limpia i anima, el rayo que á veces les visita, la luz del alba, del día, del crepúsculo i las sombras de la noche; tintes que transforman su apariencia i dan variedad á su encanto. I todo eso dura hasta que la extrema vejez llega ó la dureza del hombre cruel, agresivo, hunde su hacha en el tronco indefenso.

Alguna tristeza fluye del espectáculo en un escenario agreste, á favor de la cual todo deseo concreto desaparece i el ánimo no aspira ni aún á los goces llamados encantos de la vida. Esta tristeza se acentúa cuando algún elemento morboso anda trotando en el organismo, sin haber elegido aún su ubicación, pues toda situación moral depende del bien ó malestar físico.

Boris había llegado á saber que las ramas de los árboles recién cortadas i calentadas á cierto grado, se dejan doblar i conservan, enfriadas, su nueva forma.

Este conocimiento le servía para fabricar bastones, arcos de flechas, canastillas, i aún cabos de reemplazo que adaptaba á los paraguas viejos.

Para proveerse de la materia prima, propia para tales fabricaciones, no había mejor sitio que la falda de una montaña, vecina del cementerio, donde crecían unos arbustos de ramas rectas i delgadas.

Allí iba pues, Boris, en pleno día i hacía su provisión mirando de reojo las tumbas, las cruces i la capilla del Campo Santo por sobre el muro blanqueado que lo ence-

rraba, i lleno de pavor se preguntaba si habría en la tierra algún valiente que se atreviera á ir de noche á aquel paraje, á la hora en que las almas salían á rezar sus rosarios, girando alrededor de los sepulcros i recordaba con pena, la muerte de un viajero que, llegando enfermo á Tupiza, al ver el cementerio, casi alegre á la luz del día, con su cerca blanqueada i sus plantas floridas tras de ella, dijo al mozo que lo acompañaba: «Aquí querría ser enterrado» sin sospechar que su deseo se cumpliría; como se cumplió al poco tiempo.

Ya se ha visto que Boris era arquitecto; recuérdese la edificación de su iglesia; ahora cabe añadir que en verano se convertía en ingeniero hidráulico.

No había en la capital donde bañarse á gusto; existía, es cierto, el cubo de un molino de que hablaré á su tiempo, la poza verde en la quinta de Don Antonio Valle, especie de laguna cuya agua proveniente de un manantial, cortaba de puro fría.

Flotaban en su superficie discos verdes de vegetales desconocidos i venenosos según las gentes, quienes aseguraban también que no tenía fondo i que desaguaba en el otro lado de la tierra. Por último pasaba por verdad que varios nadadores habiéndose arriesgado á cruzarlo se hundieron en el trayecto i desaparecieron para siempre.

No se podía pues contar con ese recurso, pero era necesario bañarse. En tal conflicto, Boris, consultó el caso con sus amigos, i se decidió hacer en el río que llevaba habitualmente poco caudal un tajamar ó reparo á través de la corriente, con champas (adobes de césped). La obra se llevó á cabo i hubo por varios días un baño aceptable. Pero apenas llovió fuerte en los cerros no lejanos, bajaron de ellos torrentes que rompieron el muro de champas, con lo cual, recibió un golpe rudo la reputación de los constructores, i quedó demostrado, que el baño debió ser hecho en una de las márgenes del río, i no en su cauce. Para excusar en

cierto modo, el fracaso, justo es decir que Boris y Cía. no conocían á fondo las leyes de la hidráulica.

Quedaba como recurso el cubo del molino, de nombre impropio, pues no era cúbico, sino cónico. Se pidió permiso para bañarse en él, á su dueño, un francés llamado Larrosa. Este hizo algunas objeciones, i señaló los peligros del intento, pero como al fin i al cabo la revolución francesa había costado la vida á cientos de miles de sus compatriotas, poco importaba que unos cuantos muchachos bolivianos perecieran en la guillotina formada por el estrecho que franqueaba el agua, para caer sobre la rueda del molino.

Ya todo en regla, un día en que Boris estaba sentado en la orilla del presunto baño, sin atreverse á nada, el más leal de sus amigos, muchacho modelo de afectos tiernos, lo empujó i lo echó cordialmente al agua, Boris no sabía nadar, pudo ahogarse, pero salió nadando (por lo cual se prueba que la amistad sirve para algo i de allí en adelante nadó siempre i ahora es un nadador tal que no se asusta ante el Uruguay ni el Paraná; ríos de cuya anchura no tiene idea quien no los conoce!).

§ J.

ESPÍRITU CIENTÍFICO. — APTITUD PARA DETERMINAR LAS SITUACIONES, LAS NECESIDADES, LAS FORMAS, LAS DISTANCIAS I LA INCLINACIÓN DE LAS LÍNEAS. — CÁLCULO.

Conoce á primera vista si las líneas que en apariencia son verticales ú horizontales, lo son en realidad i puede marcar la desviación de las aparentes aún cuando se trate de mínimas diferencias. Lo mismo le sucede en la apreciación de los ángulos, principalmente de los rectos, cuya magnitud determina con precisión casi absoluta, i con las distancias próximas, las dimensiones, las simetrías i las formas. Así leyendo un libro, cuando lo deja no necesita señalar la pá-

gina en que ha interrumpido su lectura, pues recuerda el grueso de las hojas juntas de uno i otro lado, i la altura de la página en que se encuentra la última línea leída.

Posee ciertas aptitudes para el cálculo, supo geometría antes de haberla estudiado; estaba seguro de la verdad de los teoremas, si bien no podía demostrarlo.

Cuando estudió esta rama, todo enunciado fué para él asunto conocido i evidente; un hecho de sentido común!

No obstante, al empezar en el colegio del Uruguay, el curso de matemáticas que comprendía: aritmética razonada, álgebra, geometría i trigonometría, en llegando al álgebra se salió de la aula i se puso á llorar sentado en la puerta. Concluída la clase el profesor al verlo le preguntó por qué lloraba.

—Porque no entiendo nada, contestó.

—Eso les pasa á todos al principio, observó el profesor, ya irá Vd. entendiendo.

—Boris meneó la cabeza como quien niega, i en verdad negaba con toda convicción, pues no entraba en su mente que una letra pudiera representar *cualquier* cantidad; eso le parecía absurdo. Todo ello sin embargo, no le impidió sustituir al año siguiente, al profesor, cuando faltaba á su clase de álgebra.

En el curso de sus estudios dió no obstante alguna vez, prueba de una gran inhabilidad por un lado, i de un sutil ingenio por otro. Ejemplo: siendo estudiante de geometría el profesor pidió la demostración de un teorema, presentándolo como difícil cuando era sencillísimo. Boris creyó que lo era, lo trató como tal i lo resolvió llenando con figuras i fórmulas, páginas tras páginas. El profesor examinó el trabajo i dijo: el señor Boris merece una mención honrosa por la inútil sutileza de sus cálculos; ha resuelto el caso, pero ha procedido como lo haría un viajero que para ir de aquí á Gualeguaychú pasara por París, sin objeto.

Cuarenta años más tarde, en Bélgica, inventó varias nue-

vas demostraciones gráficas del cuadrado de la hipotenusa, demostró matemáticamente la regla de la multiplicación de los signos en álgebra $(+ \times -) = - : - \times - = +)$ lo que no había encontrado en ningún tratado, é imaginó i resolvió varios problemas.

Para cerciorarse de que no se hacía ilusiones, preguntó al personal superior del Observatorio Real de Bruselas, si esas formas de demostración estaban en algún libro, i si sus cálculos contenían algún error. La contestación fué satisfactoria: no había errores, ni las formas presentadas eran conocidas.

Boris leía con tanto gusto un libro de matemáticas como uno de medicina, una novela interesante ó un estudio sobre arte. Así, siempre tenía á la mano estas tres clases de obras, cuyos volúmenes se renuevan á su cabecera según los motivos ó gustos del momento.

§ K.

ARTES: DIBUJO, PINTURA, ARQUITECTURA, ESCULTURA.

Boris tenía, desde pequeño, el sentimiento artístico mui marcado, pero no el poder de ejecutar obras de arte ni disponía de los materiales requeridos para ello.

Era un crítico espontáneo, pero incapaz de producir nada semejante á lo que criticaba; esto ocurre á muchos.

Amaba el dibujo, pero era completamente inepto para dibujar, si bien podía hacer algunas veces de un rasgo un círculo perfectamente cerrado; el círculo, se comprende, no era matemático, pero difícilmente podía marcarse de pronto sus defectos.

Empeñábase, sin embargo, en dibujar, i copiaba á fuerza de compás las láminas que le gustaban entre las que caían

bajo su mano. Así copió exactamente del Ilustrated London News, el grabado que representa la conocidísima estatua del joven pastor sacándose una espina del pie, que figura en todos los museos del mundo. Más tarde, siguiendo el mismo empeño, hizo varias copias que fueron más ó menos apreciadas por su profesor en el colegio del Uruguay; pero siempre sus dibujos estaban marcados por la falta de gusto: las líneas eran duras, secas, demasiado precisas; en fin, había entre ellas i las de otro cualquiera que tuviera vocación por el dibujo, el instinto, diré, de este arte, la misma diferencia que existe entre una factura i una poesía.

En cuanto á dibujo lineal, no iba tan mal; ahí venían bien las rigideces de sus líneas i la precisión de las curvas, pero aun en eso tampoco fué famoso.

Cualquiera comprende que sin maestros, sin vocación, sin lienzos, ni pinturas, ni pinceles, i viviendo además en una aldea, es difícil llegar á competir con Apeles, Rafael, Murillo i los grandes maestros de todas las escuelas.

Así Boris no fué nunca pintor, aun cuando pintaba con polvo de ladrillo, con albayalde ó con mezclas de tierras de diferentes colores, no solo su iglesia ya mencionada, sino los curas, sacristán i feligreses de barro que hacía, como también las figuras i juguetes destinados á la venta ó á la donación para los nacimientos.

En materia de arquitectura i de escultura, quedan mencionados sus trabajos i perdido su renombre en las obscuridades de la vida de provincia. El abandonó estas artes i creo con ello nada ha perdido la humanidad.

Cuando después de su larga vida pública, i de sus diversos estudios, se propuso viajar i viajó durante ocho años (ya he prevenido que en esta obra habría en cada capítulo numerosos anacronismos) se preocupó de las artes; visitó, lápiz en mano, todos los museos dignos de nota en el mundo i las célebres galerías, anotando su juicio i sus impresiones respecto á cuadros i esculturas con absoluta im-

parcialidad; examinó las obras de los críticos más celebrados en arte, i encontró, triste es decirlo, que entre ellos reinaba también la rutina en virtud de la cual los unos se copiaban á los otros con la mayor desvergüenza; ponderando la excelencia de cuanto veían, sin señalar jamás defectos. Boris, después de esta comprobación, perdió el aprecio que tenía por los críticos llamados autoridades i apuntó cuanto su conocimiento de la anatomía i su exactísima aptitud para ver las formas i distinguir la más tenue diferencia de color le demostraban; así comprobó, por ejemplo, que ninguna de las ochenta mil vírgenes de Rafael tiene cejas, i que la Venus de Milo, hermosa de cuerpo i de facciones, aun suponiéndola viva, apartaría la tentación de atribuirle sentimientos femeninos; sería una figura plástica, correcta, pero se notaría en ella la falta de aquella expresión de graciosa ternura, que implica la existencia de esa llama latente interna que anima el rostro de la mujer preparada para las íntimas fruiciones de la vida. Mil otras observaciones hizo de este género.

§ L.

ARTES (continuación) MÚSICA, PERCEPCIÓN DE LOS SONIDOS, TONOS MUSICALES, INTERVENCIÓN DE LA MÚSICA COMO FACTOR DE LOS RECURSOS, ETC. — LITERATURA, APRECIACIÓN DEL LENGUAJE GRAMATICAL.

A Boris le gustaban esos ruidos que llamaré impersonales, anónimos, indefinidos, sin sujeto determinado que los produzca, i también los ligeros rumores del frote de las hojas de los árboles, de las ramas que se cimbran, de los estremecimientos fibrilares de la hierba, perceptibles cuando uno se acuesta sobre ella... otros más precisos, como los del agua que corre ó se despeña, el del viento que silba pasando por una rendija de puerta estropeada; ciertos aullidos de perros, ó el grito de otros animales; el erróneamente

llamado canto de los pájaros, el arrullo de las torcazas... se admiraba de que todas esas dulzuras no hicieran parte de la música.

En las canciones, sonatas, toques de instrumentos, no percibía nada de lo enumerado, pero ni siquiera la voz humana.

¿Por qué no estaba, allí, se preguntaba, el extraño, suave, impresionante i blando metal de la voz de su dulce amiguita Ilica?

Por qué no estaban allí el ruido que, sin duda, produce el pestañear de las estrellas en el cielo, el romper del alba, la caída del sol en el ocaso, la elegante i aristocrática salida de la luna, el pasaje de las nubes; por fin, la vibración de sus propios pensamientos ó sentimientos i el latido de su corazón,... ¿por qué no estaban los ruidos del choque de los objetos, de las piedras que ruedan quebrada abajo?

Nada de eso había, ni en la música clásica, ni en la que no lo es, ni en los cantos populares, ni en los de la Iglesia, ni en los acompañamientos del órgano, ni en los de las flautas, los clarinetes, los violines, las arpas i las guitarras, cuyo número de notas es miserablemente reducido. Toda la orquesta de la naturaleza quedaba aparte.

Había cerca de Tupiza una aldeita que se llama Remedios: para ir á ella, era necesario atravesar un río de poca agua en tiempos normales, i que baja de las abruptas peñas; el paisaje es divino, i preparatorio para las emociones posteriores; de cada rancho ó cocina se levanta un humo blanco que se disuelve en la atmósfera, como si ella tuviera dedos que lo desmenuzaran i esparcieran hasta hacerlo invisible.

Remedios tiene una iglesia triste, pobre, sola, como dolorida de algún abandono mui lejano. El silencio la rodea todos los días, excepto los domingos, cuando el sacristán abre con ruido las puertas tambaleantes i prosigue, llamando á misa con una cuerda lustrosa abajo, por el frote de sus manos, no siempre limpias, i atada arriba al badajo de una campana asmática.

Cuando Boris entraba en ella sentía frío húmedo, i no se admiraba de que los Santos parecieran helados i poco dispuestos á recibir visitas; no había bancos, ni sillas, ni alfombras; Boris echaba á tierra su pañuelo i se arrodillaba sobre él, i lleno de emoción i fantasías extrañas, esperaba las melodías en tono menor, que iba á tocar en el órgano un ciego decrépito.

Cuando ellas comenzaban miraba al altar, ó más bien los restos que de él habían quedado después de un incendio en época remota.

Había dos ángeles gordos, como todos los ángeles cuando son niños, estos estaban en parte carbonizados i producían una impresión penosa; uno de ellos tenía el ojo derecho negro, y el izquierdo, color nogal, porque solo la mitad de la cara había sido quemada; la cabeza del otro estaba hecha un carbón.

El siniestro que sufrieron era, según Boris, una iniquidad, tratándose de personajes divinos, i para más, niños.

La impresión de la sonata del órgano se unía á la idea del incendio, para aumentar su melancolía.

En cualquier época de su vida, toda tristeza ó malestar, evocaba aquella escena: su mente cantaba el aire del ciego, i veía el altar medio consumido. Estas observaciones embrionarias, fueron la base de las teorías que años más tarde sostenía sobre la música.

Boris no estudió jamás el arte musical, pero sabía bien lo que la física i la fisiología dicen acerca de los sonidos. Así, sus teorías se fundaron definitivamente sobre las sensaciones.

Cada hecho de importancia de su vida fué representado por un canto, aire, sinfonía ó pieza cualquiera de música, precisamente contemporáneos de esas sensaciones.

A todos les sucede lo mismo, creo. Si conocieron en un baile, una joven que les gustó, si vieron en el teatro, otra de la cual después se apasionaron, si tuvieron un

encuentro penoso en un concierto, si sufrían por algo cuando las gentes se divertían en la calle, festejando el carnaval; si murió alguien á quien se quería, cuando estaba en boga una pieza de música, etc.... la idea de la joven del baile, de la del teatro, del encuentro penoso, del sufrimiento en el carnaval, de la muerte de la persona querida, evoca respectivamente, representa, encarna, diré así, la pieza que se tocó en el baile, la pieza de orquesta en el teatro, los cantos i ruidos del carnaval ó la música en boga.

Su primer año de anatomía, por ejemplo, está marcado por una retornela de cadencia monótona que tarareaba un condiscípulo suyo, Heliodoro Damianowich, mientras disecaban.

Los otros años de estudio tenían sus melodías respectivas.

Las jóvenes agraciadas que conocía se llamaban como las músicas con que entraron en escena; la niña que más le gustó en un baile, i que después se murió, era un vals de Strauss (nunca pudo hacer de ese vals i de ella, dos cosas distintas); otras, tal ó cual sonata de Beethoven ó algo que entristece generalmente.

Sin embargo, según él, la música en sí no es triste ni alegre, ni indiferente; ni expresa ni significa idea, sentimiento ó acto alguno, no expresa nunca nada, i en eso consiste su belleza, cuando es buena, pues todo lo concreto, definido y bien delineado, no es á propósito para traer á la mente *nebulosidades,* únicas impresiones que deleitan, aun cuando sean penosas.

Tenía razón. En efecto, la música no expresa ningún nombre ni frase; nada de ella puede significar «buenos días, voi á la catedral, está enferma mi tía, paisaje, camino, buque», en fin, nada; aun cuando un aire dado, una melodía ó cualquier trozo musical, puede recordar un nombre, un saludo, una noticia, un paisaje, un buque, etc.

La ventaja de la música sobre la palabra es la que tiene el álgebra sobre la aritmética; es una generalización, una fórmula auditiva, con la cual se muestra una situación de ánimo.

Pasa por ser la música más triste que se ha escrito, la marcha fúnebre de Chopin; pero tóquela Vd. ante una reunión de gentes alegres, i ella les llegará metamorfoseada; por tanto, impotente para engendrar emociones tristes.

Boris, sin saber nada del arte, podía, en virtud de una aptitud orgánica, apreciar con una exactitud pasmosa la medida, el tono, el timbre, la duración de los silencios, la armonía de las notas en una pieza que oía, aun antes de saber lo que significaban esas mutaciones.

Tal vez por esto más que por sus estudios, pudo más tarde decir sobre la música muchas verdades.

Cabe pensar que el arte musical está en los comienzos de su desenvolvimiento: basta recordar que antes no tenía, aun en los pueblos civilizados, sino seis notas; el *si* es relativamente moderno. En los pueblos salvajes, lo que pudiera llamarse música, consta de tres ó cuatro notas, resultantes de choques de unos cuerpos con otros ó emisiones de voz humana.

Recuérdese también que los instrumentos de música primitiva eran unos cuantos; la flauta, el cuerno de caza, algún aparato de cuerdas, i el clásico, opulento, indispensable bombo; que tras de ello, por los progresos naturales, han venido los clarinetes, oboes, pistones, violines, violoncellos, etc., etc., pero parece que la música orquestral fuera fundada esencialmente sobre la base de tres ó cuatro instrumentos; el violón, la flauta, el violoncello i alguno de lengüeta.

Con el andar de los siglos el cerebro humano será perfeccionado, i por tanto, los órganos de los sentidos ganarán en agudez i amplitud, entonces ellos requerirán, para satisfacerse, mayores elementos de goce i nacerán,

tal vez, de esta exigencia, algunas notas de más i mayor extensión en todo.

Estas consideraciones bien científicas, invalidan la expresión de los admiradores de Wagner, el que, según ellos, ha dicho la última palabra en la materia, lo que no es exacto, pues toda última palabra debe ser corta, precisa i eficiente, calidades que no tienen las obras del célebre autor, quien, ya que no podía hacer de un instrumento un tenor, un barítono, un bajo, ni una tiple, soprano ó contralto, hizo de sus cantantes, instrumentos, sin tener en cuenta la resistencia humana.

El número de vibraciones de la naturaleza capaces de producir sonidos es infinito; el de las que el oído percibe, incalculable, i de las realmente musicales insignificante, lo que no impide que ellas solas permitan formar una cantidad ilimitada de combinaciones.

En arte se busca la perfección; esa perfección es, por tanto, la última palabra en cada arte; i como no hai, ni ha habido jamás probablemente una obra de arte perfecta, nunca la tal última palabra será pronunciada.

La mejor de las obras en pintura, escultura, música, arquitectura i literatura tiene algo que la aparta de lo perfecto; el lector desearía corregir algunos párrafos de los mejores discursos, poner un poco de expresión femenina en el rostro de la estatua de Venus de Milo, pintarle cejas á cualquiera virgen de Rafael, darle proporciones más armónicas á la catedral de San Pedro, etc.

Mil veces me he quedado descontento oyendo las piezas maestras de los autores clásicos i no clásicos; en el impromptu de Schubert, por ejemplo, querría no oir algunos grupos de notas, frases que me disuenan; lo mismo me sucede con las obras del divino Beethoven, de Chopin, etc... las de Mendelssohn son las que me parecen más uniformemente agradables. A más de esto encuentro mui pocas cosas nuevas i originales, con aquella novedad y origina-

lidad destinada á ser *eternamente nueva y original,* como el baile de las Horas en Gioconda, como cien trozos de Grieg, de Mozart, Gounod i Wagner.

Los admiradores de Wagner, en cuyo número me cuento, parece extraño, dicen que su gran mérito es el de haber hecho todas sus obras lógicas, completas, consonantes, consecuentes; de no haber emitido un párrafo musical, una idea diremos, que no esté en armonía consigo misma, un motivo que no se corresponda con otro, ya sea en el mismo párrafo, ya en lo siguiente de la obra; que cada proposición musical, en fin, tiene su complemento i su sanción, que nada hai trunco i sí todo acabado, que su música es científica!

Mui bien, pero eso supone dar por hecho que la belleza suprema está en la armonía, en la lógica, en la complementación i demás calidades que señalo: *lo cual no es verdad,* pues la belleza absoluta puede resultar, i resulta á veces, de los mayores contrastes. Nadie negará que una niña morena, de pelo negro, con ojos azules, i una niña blanca i rubia con ojos negros, pueden ser más lindas que una rubia de ojos azules i una morena de ojos negros.

En fin, la música actual, tal como la oigo, á pesar de sus sublimidades, no satisface las exigencias de mis oídos.

Uno se muere sin llegar á la forma literaria definitiva.

Boris no sabía lo que era arte, pero distinguía las cosas que le pertenecían, i ponía, bajo ese título, todo cuanto era bello: flores, música, montañas, tempestades, mujeres, ríos, funciones de iglesia, ejercicios acrobáticos... i creo que no se equivocaba.

Lo artístico de lo que llamamos literatura, no entraba de lleno i de golpe en su concepción, porque requiere un trabajo preliminar: leer, entender, apreciar, gustar, eso no era como una tormenta de rayos i truenos, p. e., cuya belleza no requería examen. Pero leer i entender lo que leyera, habría comenzado por ser para él un tormento in-

necesario, pues para dar su lección le bastaba pronunciar las palabras. Cuando entendió lo que leía, solo tuvo ocasión de gustar de las formas al leer Robinsón Crusóe, Pablo i Virginia i las descripciones de animales que, con sus figuras respectivas, contenía un folletito adorable, del cual recordaba éste: «El antílope ó gacela es un animal hermoso i delgado de cuerpo, que vive en grandes tropas ó manadas».

Después, á lo largo de la vida, ha leído mucho, mucho, mucho, i fueron cambiando sus aficiones hasta llegar á esta fórmula: «lo único que vale en literatura es lo original i lo que más seduce, es la narración, sin digresiones largas ni comentarios».

Ahora para él, lo exquisito de un libro está en la claridad de su forma, en la elegancia de las palabras, en la consonancia de sus sonidos i, naturalmente, en la novedad del concepto que expresa.

En virtud de esto, se rebela contra la gramática que pretende ser el arte de hablar i escribir correctamente. (Academia Española).

Basta que en literatura la expresión copie el pensamiento i lo siga fielmente en sus vuelos; á ese arte llama él *gramática cerebral,* i sería la regla de la dicción.

Tenía razón Boris.

Ninguno de los grandes oradores i escritores de la tierra, se ha expresado correctamente; la corrección gramatical es la enemiga del buen gusto. Nada más insoportable que el lenguaje de un pedagogo!

Me acuerdo haber asistido á una lección de un notable profesor en una escuela normal; he aquí como se expresaba:

«Alumnos: tomo la tiza entre el pulgar i el índice, me acerco á esta tabla pintada, que llamamos pizarra, i levantando el brazo i afirmando la mano contra la superficie de ella, trazo líneas pequeñas, curvas i rectas, cuyo con-

junto en detalle, forma letras, en su total parcial, palabras i en su integridad frases. El alumno debe tratar de imitar mi acción i cuidar de que el concepto escrito sea moral».

¡Admirable! verdad? de tontería i de abundancia inútil!

La literatura debe imitar las antiguas formas griegas, resistentes á la moda, como el peinado de las diosas, bello á perpetuidad i por los siglos de los siglos.

Una señora preguntó á Boris, cierto día, cómo debía retratarse:—«Desnuda», le contestó, «con el pelo levantado!»

Los más de los libros son inútiles, porque carecen de originalidad. Si se quemaran las 99 centésimas partes de las bibliotecas actuales, no perdería nada la humanidad.

El arte de hablar ó de escribir consiste en la naturalidad; el que dice exactamente lo que piensa, es un literato; desgraciadamente se llega á la tumba sin haber alcanzado, de un modo absoluto, esa forma.

§ LI.

BORIS EXAMINA I APRECIA SUS SENSACIONES, ANALIZA SUS SENTIMIENTOS, SUS RELACIONES DE FAMILIA, DE AMISTAD, DE COMPAÑERISMO.—VALOR MORAL I VALOR FÍSICO.

De todo lo que va á verse á continuación, se puede sacar un ligero perfil de la entidad psíquica de Boris, en cierta época de su vida, entre la infancia i la adolescencia.

Boris quería darse cuenta de sus sensaciones i de cómo las tenía. Ejemplo:

Comenzando por las más rudimentarias, ver, oir, oler i tocar.

El, como cualquiera, creía que se veía con los ojos, se oía con los oídos i se olía con la nariz; pero no tenía la seguridad de ello; es decir, que no tenía la seguridad del exclusivismo de cada sentido, i en tal trance se fué un día á la huerta

i miró un árbol, pero como tenía los oídos, la nariz i las manos libres, no podía afirmar que veía el árbol solamente con los ojos; se tapó los oídos i la nariz con los dedos, continuó viendo el árbol, cerró los ojos no vió más el árbol, los abrió de nuevo, metió las manos en los bolsillos para eliminar la idea de la concurrencia que libres podían prestar al acto; continuó viendo el árbol, la prueba pareció decisiva i Boris quedó conforme en que se veía con los ojos. Análogas experiencias hizo respecto á los otros sentidos.

Cualquiera dirá que Boris era un mentecato, sin acordarse de que todos, si no hemos hecho la experiencia la damos por hecha, i aceptamos la afirmación que se ve con los ojos, se oye con los oídos, etc.

Nota primero que él quiere más á su padre que á su madre i á tal hermano ó hermana más que á otra ú á otro; ¿por qué? se pregunta.

Porque el padre i los hermanos preferidos son más afectuosos, más tolerantes, más conexos en su modo de sentir. He ahí lo que los hombres llaman egoísmo, sin fijarse en lo absurdo que sería preferir á quien le fuera á uno antipático, desagradable i se mostrara siempre hostil.

En estas preferencias había sin embargo algo de morboso i de inexplicable; el cariño que tenía por ejemplo á una de sus hermanas, á la menor, era un paroxismo permanente.

Análogos sentimientos á los de familia tenía por sus amigos, por sus relaciones, en fin, por los componentes de la Sociedad en que vivía.

Lo que hai de particular en este modo de sentir, es que no sólo se aplicaba á las personas sino á los objetos inanimados: muebles, sitios, figuras geométricas, árboles, minerales, piedras, todo valorado por su grado de belleza. Las preferencias iban generalmente hacia los objetos chicos, bonitos, delicados, débiles i eran regidas por una base cuyo elemento

principal era el sentimiento estético, el amor á lo bello, superior á cualquier otro fenómeno: admiración, temor, apreciación de la fuerza, cuando no iba junta con la armonía que se patentiza, singularmente, en la segura energía con que los astros caminan en el universo. La razón estética no andaba sin embargo sola, era acompañada de una aspiración á proteger al débil, á compadecer al que sufre.

Ya desde sus tiernos años discernía dos especies de valor, el valor físico i el valor moral. No se exponía á agresiones brutales sino cuando se enojaba i solía enojarse, hasta la furia.

Ese temor no era cobardía; él emanaba de un alto concepto de su cuerpo: éste debía ser sagrado.

Su aberración en tal punto, tocaba los límites de lo absurdo i esto persiste aún en su conciencia. Se caía, por ejemplo, i, cosa extraña, en lugar de dar más importancia al dolor causado por el golpe, consideraba que el accidente era una falta de respeto, de miramiento hacia su persona, i quedaba resentido con el sitio en que se había caído, con la piedra que le había hecho mayor daño.

El valor físico, por otra parte, no le merecía gran estimación: el hombre más valiente lo es menos, pensaba, que cualquier animal de presa ó doméstico; que cualquier bicho insignificante, que mil insectos: el león, el tigre, el gallo, el perro, i esa infinidad de escarabajos que se toman en pelea i no se sueltan hasta después de la muerte, son infinitamente más valientes que el hombre más temerario. ¿A qué pues tener orgullo de una calidad que se posee en tan ínfimo grado?

En cambio admiraba el valor moral, el de arrostrar la opinión adversa de la sociedad, de las corporaciones, del pueblo entero!

Boris, no era valiente físicamente, pero jamás el temor por su persona, le impidió verificar lo que decidiera; tomada una resolución, ésta se cumplía con prescindencia absoluta del

peligro (mil hechos de su vida íntima lo prueban). En cuanto á su valor moral, diré con toda verdad que era completo; la preocupación de su responsabilidad, de su reputación, en todo sentido, no tenía la menor cabida en su mente, ni poder alguno para desviar el rumbo de sus convicciones i de sus actos; de ello existen pruebas eficientes en documentos públicos, aprobada su conducta por su conciencia, la desaprobación universal, si bien alguna vez lo molestaba, no alcanzaba jamás á perturbarlo.

IV.

§ A.

SEGURIDAD DE SER MÉDICO. — TENDENCIA Á IMITAR. — EJEMPLOS.

Todos los miembros varones de la familia de Boris han tenido i tienen el instinto médico.

Su padre era médico mui reputado i acertado sin haber estudiado en ninguna escuela de medicina. Un tío suyo era también excelente médico de la facultad de Buenos Aires; uno de sus hermanos se hizo boticario por sí solo; otro hacía de médico, donde quiera que se hallara, con ventaja para los pobres i Boris ejercía la pequeña cirujía por intuición, i tenía la seguridad de ser médico, aunque nada vió ni adivinó de lo que se necesitaba para ello. Cuando le decían ¿qué vas á ser tú? contestaba: « médico », sin vacilar.

Esta predisposición se demuestra en este relato:

Había en Tupiza una pobre mujer llamada Viviana, que por haberse clavado una espina en un brazo, llegó á tener una afección tan cruel que hizo necesaria la amputación. Todos huían de la infeliz mujer por el mal olor de su brazo; solo se esperaba, para hacer algo de ella, que algún médico llegara i quisiera operarla; llegó uno al fin, pero faltaba un ayudante; elegirlo fué cuestión de días; por fin, se prestó á serlo el herrero á quien se consideraba habilitado por su fuerza i por su energía; la operación se dispuso en un patio, al pie de un sauce enorme. El médico cortó los músculos del brazo hacia arriba i á la vista de la sangre, repentina-

mente, el herrero se desplomó i el brazo de la infeliz quedó colgado. Boris presenciaba de lejos la operación, parado en la puerta de una cocina; cuando vió el accidente i la desazón del cirujano, corrió al sitio i tomó entre sus manos el brazo de la mujer... toda la vida recordó la extraña i desagradable sensación que experimentó! En los tejidos blandos, embebidos de pus, entraban sus dedos causándole la natural impresión que soportó; pero cuando el hueso fué cortado, el peso que tomó el brazo, accidente inopinado, hizo que Boris lo soltara, para recogerlo después, por una reacción enérgica.

Los circunstantes quedaron admirados del valor del niño, i fué reconocida su aptitud para trances análogos.

Él mismo no sabía lo que había hecho.

El patio en que se hizo la operación era el de la casa de doña Aurelia Evia de Pando. Una vieja pálida que padecía una bronquitis crónica, i pasaba su vida en una alta tarima, sobre cueros de llama, de cabra, de cordero, abominablemente sucios por las secreciones bronquias de la causante; Boris intentó higienizar á doña Aurelia, pero lo más que consiguió fué que usara una vasija.

Doña Aurelia era muy aficionada á leer comedias i hacerlas representar en su sala, dándose por autor de algunas de ellas. Por ejemplo, de «La vida es sueño» ella repartía los papeles; dió á Boris el papel de Segismundo que el niño representó bien, se supone, pues aun ahora lo recita sin vacilar.

Entre los recuerdos de Boris figura muy acentuado, el del sauce de la casa de doña Aurelia, cuyas hojas, como las de todos los sauces de la región, en cierta época del año, se cubrían de azúcar riquísima, que era un regalo para los niños. (He querido apuntar esta particularidad).

Boris tenía una marcada tendencia á imitar: no bien se iba una compañía de acróbatas, volatines ó pruebistas, como se les llamaba, Boris con sus compañeros de juego, organizaba mal que bien, un circo en el que se reproducían los ejercicios vistos en el columpio, en la cuerda floja, en la maroma, i, por fin, en el suelo donde se ejecutaba la lucha romana, los juegos atléticos i los saltos; durante la función, naturalmente los ejecutantes recibían sendos porrazos, pero nada los arredraba.

Llegó á Tupiza una compañía de cómicos, bajo la dirección de una señora llamada Restituta: el primer actor se llamaba Rodenas i Boris creía ingenuamente que doña Restituta, Rodenas i sus compañeros, constituían la única compañía teatral que había en el mundo, i por tanto, que ella visitaría todos los países para concluir sus correrías en España; principio i fin de la tierra para Boris. Naturalmente, apenas se fueron, éste organizó un teatro, negocio desastroso á pesar de que doña Restituta fué representada por una de las hermanas de Boris, muchacha bastante bonita; Boris fué Rodenas i él i su hermana, dijeron admirablemente sus papeles.

Un italiano, señor bastante distinguido, pasó por allí é instalado en un cuarto de puerta á la calle, trabajaba á la vista del público, con dos varillas de vidrio fundidas al soplete, de diferentes colores, según el caso, i con ellas hacía perros, gatos, plumas, muñecos de toda especie, flores i objetos diversos, todo con una admirable precisión. Es claro que Boris no podía imitar eso, i hubo de contentarse con copiar al sobrino del artista, un mozo elegante, lindo hombre, pero que caminaba balanceándose i hablaba suprimiendo las erres que reemplazaba por eres; en consecuencia Boris modificó su modo de andar i su lenguaje, decía: *ariba,* por decir *arriba* i marchaba

inclinándose á uno i otro lado; con gran solaz de Ilica (ya diré quien era Ilica) pero lo peor del caso era que una negra vieja, casi enana, decía también *ariba* por arriba i Boris resultó ser un reflejo de la negra María i no del italiano menos conocido que ella.

En la semana santa, i en el terreno anexo á la Iglesia, se levantaba un calvario. Ante el cuerpo crucificado de Jesucristo, el cura Rendón (padrino de Boris) predicaba el sermón de agonía. Pasada la semana, Boris hacía también su calvario i predicaba los mismos sermones, sin omitir en el de agonía la mágica frase: «Salid varones santos» (los que iban á descolgar á Jesús). Muchas gentes veían en ello una irreverencia, pero no podía pasar un hecho tan notable sin que Boris lo reprodujera.

§ B.

LA ESCUELA DE DON ISIDRO VILLAMONTE.—DESCRIPCIÓN DEL MAESTRO I DE SUS MÉTODOS.— UNA EXTRAÑA AVENTURA.— LA ESCUELA DEL ESTADO.

A la escuela de don Isidro concurrían durante sus primeros años hijos de familias más ó menos selectas, entre los cuales figuraban Boris i sus hermanos.

Ya lo veo á Boris yendo á la escuela con sus piernas desnudas en todo tiempo, con su cartera de libros i cuadernos provista de su *canutero* (trozo de caña lleno de agua en la cual se remojaban plumas de aves ya tajadas).

(Digresión).

En Tupiza no se escribía en aquellos tiempos sino con plumas de ave, lo que hacía indispensable el cortaplumas; pero andando los años, hallóse que un comerciante introdujo un gran surtido de plumas de acero; este hecho insólito

cuyas consecuencias secundarias i desastrosas nadie pudo prever, estuvo á punto de costar caro á su autor, por la enérgica protesta que los vendedores de cortaplumas presentaron á las autoridades contra el que venía á deprimir su mercancía, restringiendo sus aplicaciones i quitándole el empleo á que la destinaba su propio nombre, pues de ahí en adelante, decía la protesta, lo que menos cortarían los cortaplumas sería plumas.

Boris conserva aún algunas de esas plumas en una cajita adorada como un recuerdo precioso.

El edificio de la escuela consistía en un salón con dos cuartos anexos, de los cuales uno era de recepción i el otro el dormitorio de don Isidro, al que jamás persona extraña penetró.

Estas piezas daban á un patio espacioso, en uno de cuyos extremos crecía un rosal de 3 á 4 metros de altura; un árbol en realidad.

El patio comunicaba con un corral de sus mismas dimensiones donde estaba la cocina.

Los alumnos estudiaban en verano en el salón, provisto de bancos i tarimas, i en invierno, en el patio al sol, alrededor del rosal, cuyas flores perfumaban el ambiente, haciendo las delicias de los chicos.

Don Isidro era un hombre extraordinario por su figura i su indumentaria; era un cordobés llegado á Tupiza en no sé que época, vestía invierno i verano una camiseta de algodón á rayas negras ó azules, horizontales, á modo de costillas, calzón corto de paño negro, medias blancas ó azules i zapatos con hebilla. Su cuello, con músculos i tendones como cables de buque, emergía de la escotadura de la camiseta i sostenía una cabeza espantosa, cubierta de pelo gris, recogido en la

nuca en una trenza (zimba) que caía hasta la mitad de la espalda. La frente ampliada por la calvicie, era surcada por arrugas hondas; no tenía cejas ni pestañas; sus ojos saltones eran grandes i de un color azul claro desagradable, su nariz ancha i aplastada; su boca enorme con dientes separados; sus labios gruesos i sembrados de algunos cuantos pelos canos por toda barba i bigote; sus orejas desmedidas i desplegadas, provistas de zarcillos; brazos mui largos; manos flacas descarnadas; la mano derecha había perdido el dedo mayor á causa, se decía, de un coscorrón furibundo dado á un muchacho de cabeza dura.

De la cintura del maestro á la izquierda, pendía un rebenque de lonja, i de la derecha, una palmeta con agujeros; á pesar de este aspecto entre feroz i ridículo, don Isidro no era un hombre malo; en sociedad, fuera de la escuela, era bondadoso, ocurrente i hasta agradable; pero en ella conservaba la metódica crueldad del oficio, pues en aquellos tiempos predominaba el adagio de que la letra con sangre entra.

Don Isidro no tenía más que dos mudas de ropa, del modelo descrito, un gabán antiquísimo para los domingos i un sombrero de fieltro antepasado i de color indefinido.

Don Isidro tenía una letra española grande i clara i esa era la que enseñaba á sus discípulos; pero ya se sabe que la letra depende del sistema nervioso, i bien le pueden enseñar á un niño tal ó cual forma, él concluirá por escribir con una letra más ó menos parecida á la de sus antepasados.

Era creo, en aquella época, sistema exclusivo en todo el mundo, enseñar á leer deletreando, este método se llama, pienso, el método analítico en contraposición al sintético, adoptado mucho más tarde, i que consiste en pronunciar la palabra toda entera, sistema que da más prontos resultados.

Cada grupo de alumnos distribuidos por edades, tenía un subpreceptor que podía ser mui bien mujer, que repetía i consolidaba las lecciones de don Isidro, tanto en la lectura como en la escritura. Boris estaba bajo la dirección de una mu-

chacha llamada Maruja, bonita, graciosa: cuando se reía mostraba un hoyito en cada mejilla i unos dientes como granos de maíz *capia* (el más blanco i más apreciado); cuando á falta de puntero apuntaba una letra con el dedo, su mano se perdía entre los renglones, tal era de chica: junto á ella se sentaba debajo del rosal del patio i se sentía abrigado, querido, bien acogido, casi á las puertas de un abrazo i de un beso. Palabra que ella decía no era olvidada, lección que ella daba era aprendida porque salía de sus labios como envuelta en miel i con olor de violetas. De manera que la escuela para Boris estaba mui lejos de ser un tormento. Así en los trances desgraciados, en la vida uno debe buscarse un alivio indirecto que cubra i reemplace los dolores morales.

Maruja era pues, una adormidera que sumía en un suave deliquio.

Los niños tenían que aprender á leer impresos i manuscritos; para estos últimos se tenía colecciones de cartas, copias de documentos, cuentas de almacenes, en fin, todo cuanto se escribe á mano; este material era provisto por todos los vecinos del pueblo, quienes no sospechaban los tormentos que aplicaban á los pobres alumnos de don Isidro; había cartas, notas i cuentas cuya letra era absolutamente indescifrable, tanto que el mismo don Isidro no podía entenderlas i se veía obligado, por equidad, á restringir el número de palmetazos á los niños que no podían leerlas de corrido.

Los libros de Boris como los de algunos otros niños, eran: catones, silabarios, catecismos, tales como la historia sagrada, la aritmética, etc. El tenía además entre dos tapas, una larga faja de papel que se plegaba, en forma de libro: en cada página de las así agrupadas, estaba pintado un animal, que junto con los demás, hacía una colección zoológica abundante; el animal más bonito de ella llevaba esta leyenda: «El antílope ó gacela es un animal hermoso i

delgado de cuerpo que vive en Asia i Africa, en grandes tropas ó manadas».

En el de historia sagrada figuraban varias láminas de las cuales sólo recuerda Boris estas tres: Adán i Eva en el Paraíso (Eva mui buena moza, Adán, hecho un tonto). El sacrificio de Abraham ó de Isaac; Abraham, armado de una hacha, iba á descargarla sobre su hijo Isaac, cuando un ángel mui oportuno, le dijo: «Detén el brazo, Abraham, no mates á tu hijo Isaac, que Dios se dá por satisfecho con tu fe i obediencia». El Padre Eterno rodeado de niños, al pie del cuadro se leía: «Dejad á los niños que vengan á mí; Dios», á modo de firma.

En cuanto un alumno sabía leer, escribir, sumar, restar, multiplicar i dividir, recitar de memoria la doctrina cristiana, el silabario i el catón, i la rudimentaria historia sagrada, ya podía salir de la escuela de don Isidro, habiendo agotado el plan de estudios en el cual no entraba ni aun la geografía más elemental de esta ciencia difícil i complicada; sólo se sabía en la escuela, i eso por haberlo oído decir, que la tierra se dividía en cuatro partes, á saber: Tupiza, España, Jerusalén i Egipto, refugio de San José, de la Virgen María i del niño Jesús, durante los aciagos tiempos de Herodes.

Tócame ahora referir la extraña aventura de don Isidro.

El padre de Boris, á quien llamaré en adelante don Diego, hubo de evacuar un asunto difícil en una población cercana á Tupiza; no pudiendo ir él, por ciertas razones, buscó en su mente la persona segura, inteligente i de confianza que pudiera sustituirlo i no encontró otra que don Isidro. Este, después de muchas vacilaciones, asintió al pedido i al día siguiente emprendió viaje montado en una mula;

llevaba, además de su ropa habitual, su gabán i su sombrero. Llegado á su destino ejecutó á satisfacción su cometido i á la mañana siguiente, de madrugada, emprendió su viaje de regreso.

A eso de las doce se apeó de la mula para darle descanso i tomarlo él mismo; se sacó el gabán para refrescarse, desensilló la mula i en tanto que iba á atarla en un arbusto acertó á pasar corriendo un guanaco; la mula se espantó i emprendió una carrera por esos cerros de Dios. Don Isidro corrió á retenerla pero no la alcanzó, aun cuando la siguió hasta bien lejos. Quiso después volver al sitio en que había dejado sus cacharpas i lo hizo con tan mala suerte que no las encontró. Intentó entonces hablar con unos indios que lo miraban de lejos, pero éstos al ver encaminarse hacia ellos una figura tan extraordinaria i siniestra, creyeron sin duda, que era el diablo, un esqueleto ó un fantasma, i huyeron de su vista.

Don Isidro así abandonado, vagó por aquel desierto muchas horas, viendo con temor aproximarse la noche i teniendo en perspectiva pasarla casi desnudo, sin comer ni beber i á la intemperie. Rendido i angustiado se sentó en una piedra á maldecir su destino. Así pasó más de una hora, cuando por suerte vió venir un hombre á caballo, púsose en pie en seguida, al aproximarse el viajero, cuya cabalgadura al ver tan extraña aparición, se espantó i casi dió en tierra con su jinete. Este al fin la tranquilizó, reconoció á don Isidro, averiguó por qué razón se encontraba allí en ese traje, i entre alegre i compasivo, trató de remediar la situación en que aquel pobre viejo se encontraba. Aproximándose á unos indios que de lejos espiaban los actos del fantasma, les explicó el caso, no sin gran trabajo, para convencerles de que el infortunado don Isidro era un hombre como ellos, solamente vestido de un modo original. La mula, el gabán, el sombrero i el aparejo fueron encontrados i los dos viajeros llegaron á Tupiza á las 12 de la noche; con-

tento el uno de haber salvado á un prójimo, tal vez de la muerte i jurando el otro por todos los santos, que jamás por todo el oro del mundo volvería á desempeñar comisiones que requirieran el uso de cuadrúpedo alguno.

Cuando contó á don Diego su aventura, éste no pudo contener la risa, hasta que vió á don Isidro irritado i agresivo.

Es evidente que el maestro no habló de semejante asunto jamás en su escuela.

Tupiza contaba además para la instrucción de los niños, con la escuela del Estado gratuita (la de don Isidro no lo era) i concurrida por niños i niñas de todas clases, cuyo número variable era alrededor de cien. Cada alumno tenía su número.

Boris recuerda solo éste: Ambrosio Larrosa 44, quizá por la eufonía de las palabras.

Ambrosio Larrosa era hijo de un señor francés, dueño precisamente del molino en cuyo cubo Boris se habría ahogado, si el instinto de conservación no le hubiera enseñado á nadar ipso-facto.

El edificio de la escuela contaba, á más de las piezas interiores, con dos grandes salones; el mayor de ellos era para los varones, el menor para las niñas. En el primero i principal, en cuyos muros estaban pintados el cerro de Potosí, el mapa de Bolivia i las batallas ganadas por los ejércitos bolivianos, había ocho bancos colocados uno tras de otro, precedidos, por uno especial, delante del cual había otro más alto de mampostería, provisto en su cima de un canal ancho que terminaba por sus extremos en un depósito inferior; en el canal se echaba arena fina para que en ella escribieran las niñas del 2° salón. Después de cada ensayo el alumno que las dirigía alisaba la superficie de la arena, borrando lo escrito i preparándola para otro ensayo.

Boris, algún tiempo después de salir de la escuela de don Isidro, ingresó á la del Estado, i pronto llegó á ocupar su sitio en el octavo banco, el de los alumnos más adelantados i en la época á que me refiero, era él quien enseñaba á escribir á las niñas en la arena, con gran contentamiento suyo, pues Ilica figuraba entre sus alumnas. Estas escribían obedeciendo á la voz de mando de su Director que decía: «Manos arriba, tomen punteros, escriban», i dictaba las palabras.

Cuando á Boris le dió por imitar al italiano que el lector recordará, en vez de decir manos arriba, decía: manos *ariba,* á lo cual Ilica le contestaba: *negra María,* riéndose con gran falta de respeto á su maestro; pero como la crítica era merecida, Boris no se enojaba i poco á poco perdió la ridícula costumbre adquirida.

En la escuela del Estado se enseñaba á escribir con letra inglesa fina, según los modelos de caligrafía admirablemente litografiados, procedentes de Chile i del Perú.

El maestro en esa época era un señor llamado Chacón, buen hombre, inteligente, correcto, que desempeñaba mui bien su puesto. Él tomaba las lecciones i con más empeño las de lectura que hacía durar según el interés del asunto que los alumnos leían.

Boris llevó un día un tomo del «Judío Errante» i recuerda, que emocionado todavía por un capítulo leído en su casa, antes de salir para la escuela, iba llorando por el camino, i para no llamar la atención de los transeuntes hizo del libro una especie de anteojo con el cual fingía mirar alguna cosa.

En la escuela el maestro lo llamó á dar su lección de lectura. Boris leía, leía, leía i el maestro no ponía término á la lección; por fin en un momento álgido dijo: «los niños no deben leer esta clase de libros, déjelo Vd. ahí». Boris lo dejó, pero siempre creyó que el maestro se lo había quitado, no por razones de moral sino por leerlo él.

Los exámenes de fin de año eran interesantes i preocupaban mucho á los alumnos; Boris en su examen de urbanidad sacó el primer premio, consistente en un peso boliviano, una verdadera fortuna para él i eso á pesar de la respuesta irónica i un tanto irrespetuosa que dió á esta pregunta de un examinador: «Qué piensa Vd. de los niños que juegan en la calle?» — «Que si esos niños fueran viejos harían mal» dijo i calló.

§ C.

ILICA.

Ilica no era tal Ilica; al bautizarla la habían injuriado poniéndole por nombre *Ildefonsa,* pero el sentido común de las gentes i el espíritu de equidad la libraron de semejante nombre i la llamaron *Ilica.* Pertenecía á una distinguida familia de Tupiza, i en la época en que comienza á figurar tendría 12 años, i era mayor que Boris, lo que no impidió á éste concebir por ella una pasión vehemente; pensaba en ella mientras no dormía, le consagraba todos sus actos i todos sus propósitos, la veía mentalmente en todas partes, oía su voz, aunque no hablara i le sonreía respondiendo á su sonrisa imaginaria; cuando ella se hallaba ausente, le escribía cartas amorosas con tinta simpática, es decir con zumo de limón, inútil preocupación porque las letras resaltaban con su color amarillo i no era necesario para leerlas exponer el papel al lado de una vela ó de una brasa. — Qué le escribía? — Las frases más amorosas de las obras de Lord Byron, traducidas por Mármol (un poeta argentino).

Ilica no contestaba jamás; sin duda temía cometer faltas de ortografía ó no podía ponerse á la altura de los conceptos de su adorador, ó tal vez no sabía qué decirle.

Entre tanto justo es decir que Ilica merecía ser amada en la forma más romanesca i exaltada, porque era una muchacha

mui inteligente, burlona, alegre, maliciosa, de bellísimas formas, de un cutis blanco mate, labios un poco gruesos, sensuales, cabello negro, largo i abundante, i carácter decidido, lo único que le faltaba era cierta ternura, adorno casi esencial en la mujer; á pesar de eso, era ante sus conocidos, la novia oficial de Boris, i ante él, su delicia i su tormento, porque ella mezclaba á sus escasas palabras cariñosas, siempre una burla fina que les quitaba todo valor. Su novio, para hacerse valer ante ella, se inventaba hazañas. Como era un tanto fantástico, se imaginaba tener enemigos i luchaba con ellos.

Un día, solo, en la huerta de su casa, armado de un cortaplumas, acometió á un enemigo invisible, i al tirarle una cuchillada, el cortaplumas fué á herir una de sus rodillas; el el pobre niño levantó su calzoncito, vió un ojal abierto destilando sangre, i antes de atender á restañarla, se puso á buscar el pedazo que según él faltaba , sin sospechar que la retracción de la piel cortada, era causa de la aparente falta. Tomó su viejo pañuelito, hizo con él una venda, curó así su herida: pero esto le dejó por toda la vida una cicatriz, porque sus bordes no habían sido adosados. El enamorado i pequeño caballero contó á Ilica su combate, diciéndole que la riña había sido con un rival que la amaba, claro que Ilica no creyó una palabra de tal cosa.

En otra ocasión mostrándole un pequeño ganglio infartado que tenía en el cuello, le dijo que era una bala; se había batido en duelo á causa de ella. Nunca Ilica se rió con más ganas; i por muchos días su primera pregunta era esta: Cómo va la bala? imagínese el lector la desazón del novio oficial cuyas hazañas eran tan poco apreciadas por la indiferente muchacha.

Ilica i su familia iban á pasar una parte del verano en Palala, un hermoso valle, por cuyo fondo corría un arroyo abundoso. La casa estaba situada á la vera de éste, medio oculta entre árboles muy grandes; por su parte la familia de Boris iba á una hacienda que distaba más de una legua de la de Ilica.

Boris se escapó un día de su casa i se fué á pie á la de Ilica con el intento de verla. Llegado á la casa se puso á rondarla, sin atreverse á entrar, á pesar de los ruegos de la familia que lo descubrió. No puedo, dijo, he venido solamente á pasear por acá, nada más, muchas gracias, i se volvió á su casa. Han visto Vds. un tonto más grande? Hace un largo viaje para un objeto dado i luego por su misma voluntad no lo realiza! Lo peor del caso es que al volver á su casa, su mamá, doña Visitación, viéndole congestionado, asoleado, rojo como una brasa, cayó como una trombra sobre él. «Sinvergüenza, bandolero, mal criado, atrevido, que habrán dicho esas gentes; habrán creído que ibas para que te convidaran á almorzar, como si te estuvieras muriendo de hambre!» —Pero si no he comido nada mamá, respondió Boris, no importa replicó ella, lo que has hecho merece un castigo i te lo impongo, i diciendo i haciendo lo tomó de un brazo, lo llevó á su cuarto i lo metió en la cama. Boris cuando se halló solo, exclamó suspirando: Oh! Ilica, cuánto me cuestas! á pesar de que ella no tenía la menor culpa en la aventura.

§ D.

ESTER.

Con todas las cosas relatadas en el párrafo anterior, el niño no era feliz. Los procederes de Ilica lo atormentaban i decidió sustraerse á su imperio. Pero, como para dejar un amor, lo menos teóricamente, se necesita emprender otro, Boris no supo qué hacer hasta que la Divina Providencia, por equivocación probablemente, hizo la buena obra de transportar á Ester, de Salta á Tupiza, donde no se había visto hasta entonces, una criatura semejante á ella. Era recién casada i venía con su marido; para com-

plemento traía un piano, instrumento desconocido en el país i que causó la admiración del vecindario.

Los jóvenes esposos que venían recomendados á don Diego, ausente á la sazón, fueron acatados i obsequiados, dentro de los límites de sus medios, por la familia de éste, siendo uno de los obsequios el de poner á Boris á las órdenes de la señora para acompañarla, previo permiso de faltar á la escuela, por parte del señor Chacón.

El marido era un lindo mozo, elegante, amable, bien educado, siempre de buen humor i reflejando en su semblante la felicidad íntima en que vivía.

Era mui cariñoso con Boris, á quien sin embargo torturaba cuando acariciaba i besaba á su mujer, ó la miraba con ojos de infinita ternura.

Llamaban la atención en Tupiza los vaporosos i elegantes vestidos de la joven, hechos con delicadas telas de colores atenuados. Sus pañuelos eran tan finos que, según el único poeta de la provincia, debieron ser hechos con la luz de una estrella moribunda; frase que corrió de boca en boca.

Boris pasaba casi todo el día acompañando á Ester, mientras su marido andaba fuera, ocupado en sus negocios. Ester se entretenía tocando el piano i llegó en su infinita caridad, hasta enseñar al niño un vals que él tocaba con un dedo, i aun toca de la misma manera, en todos los pianos que le caen á la mano.

Ester, vista en el cerebro de Boris, era una perfección, i aun fuera de él, para todo el mundo, una criatura exquisita, á la cual el pobre muchacho se acercaba siempre temblando cuando ella lo llamaba. Si lo acariciaba, una emoción extraña lo embargaba, i su pecho vibraba como una caja armónica al reflejar una onda musical.

Si lo besaba, ¡oh Dios, si lo besaba! un deleite angustioso lo oprimía, su cuerpo vacilaba i sólo un gran esfuerzo le impedía caer ó desvanecerse.

Al entrar en la sala en que ella estaba, un ambiente magnético lo envolvía; donde ella respiraba, una atmósfera etérea de suave aroma se esparcía, á par de los efluvios de su adorable cuerpo.

Cuando ella sonreía, de toda pesadumbre hacía un contento i si hablaba, Boris oía dulcísimos acordes! en fin, si lo miraba, próximo á llorar se sentía á cada instante, tanto al verla vivir lo impresionaba.

La luz del día que entraba por puertas i ventanas, al encontrar la de sus ojos se apocaba i Boris no entendía cómo el sol brutal osaba algunas veces tocar la fina tez de su semblante, cuando sólo la luna ó la vía láctea eran dignas de enviarle sus blandas caricias.

Hablarle era un pecado! sólo debían rezarle las gentes que la veían?

¿Era acaso su cuerpo un cuerpo humano? Para Boris, Ester no comía, ni bebía, ni dormía; no ejecutaba ninguna de las funciones de los seres orgánicos vivientes: era un espíritu puro que afectaba las formas de una mujer; pero nada más! El no entraba á examinar las contradicciones que semejante concepción presentaba.

Una vez quiso imaginarla como si viera á Constanza é intentó desnudarla allá en su mente; alcanzó á sacarle el vestido, i luego un corpiño debajo del cual había otro, que también sacó, tras de éste otro i después otro i otro, sin llegar á sacar jamás el último; lo mismo hizo con las faldas; sacó montones de ellas i siempre quedaban algunas, de manera que nunca llegó á ver lo que había tras de las ropas perpetuamente reproducidas. Lo único que podía ver de su cuerpo era la parte superior de su busto, mui escasa por cierto. (La palabra *busto* le parecía grosera tratándose de Ester).

. . . .

Como todo tiene su fin en este mundo, Ester se fué. Boris la vió partir i no murió; pero para él Tupiza quedó

triste, oscura i vacía. Sin embargo, notaba con asombro que nada había cambiado i se irritaba contra esa indiferencia de las cosas ante tan formidable catástrofe! ¿Por qué habiéndose ido Ester no se hundía todo? ¿Qué objeto podrían tener en adelante el sol, la luna, las estrellas, los montes, los ríos, los valles de la tierra? ¿Por qué i para quién había días i noches? ¿Cómo se atrevían á continuar viviendo las gentes, los animales i los árboles? ¡Oh suprema insensatez! . . .

§ E.

LOS JUEGOS DE LOS MUCHACHOS. — LOS ENTRETENIMIENTOS PARTICULARES DE BORIS.

Abandonemos los recuerdos más ó menos dolorosos de Boris i vengamos á otros más plácidos; á los referentes á sus entretenimientos con sus camaradas en épocas determinadas.

No sé porque en todos los países hai épocas señaladas para juegos especiales. Comprendo que la época para jugar á los voladores (cometas, estrellas, barriletes, etc.) sea la estación de los vientos, pero no comprendo porque ha de tener estación fija el juego de la rayuela, el de los botones, el de las bolitas i los demás. En fin, ello es así, i no me toca buscar las razones de lo que no tiene razón de ser.

La tuncuna *(rayuela)*. Como algunos académicos probablemente no saben en qué consiste ese juego, voi á describirlo rápidamente.

Se hace primero una figura de líneas de distintas formas, yendo de lo sencillo á lo complicado; en la figura hai casillas de diferentes dimensiones; el jugador colocado en la línea inferior, arroja un tejo á la primera casilla i saltando sobre ella en un pie lo expulsa fuera; sigue con la segunda casilla i hace lo mismo, después con la tercera i así hasta la última.

Este proceso debe verificarse sin que el jugador pise ninguna línea; cuando ha expulsado el tejo de la última casilla ha ganado el juego si el segundo jugador no hace lo mismo.

Los chubis, anchos, porotos. Había en Tupiza una variedad infinita de judías con los nombres diversos del margen. Estas judías eran de forma, tamaño i color diferente, unido ó salpicado. Se hacía montones de cuatro de ellos, colocando unos encima de otros; los jugadores arrojaban con el dedo pulgar un objeto pequeño sobre la pirámide de chubis; si la volteaban todos los chubis le pertenecían; cuando erraba el tiro tocaba al competidor su turno i así seguía el juego hasta que ninguna pirámide quedaba en pie.

Los montones podían ser de botones ó de bolitas de piedra, de vidrio ó de otra materia.

Silbatos: á su tiempo venía la época de ellos; ésta sí se explica, porque los silbatos eran formados por el hueso de un albaricoque raspado en un extremo, hasta dar con la almendra que se sacaba poco á poco con un alfiler.

Chuncululos: Esto sí que no saben los académicos. Estos (no los académicos sino los chuncululos), eran huesos de los pies de corderos, de vacas, caballos i hasta de camellos i dromedarios. Con tales huesos se formaba ejércitos; había en ellos infantes (huesos chicos), soldados de caballería (huesos grandes), generales (huesos de caballos), mariscales (huesos de dromedario ó de camello).

El hueso esponjoso de la uña del animal era el casco que llevaban los oficiales del ejército.

Nunca podrá olvidar Boris el de José Montellano, compuesto de dos mil soldados con sus oficiales, comandantes i generales divididos en diferentes cuerpos, de los cuales cada uno tenía su color (amarillo, rojo, verde). Se comprende que este ejército juntado en años de paciencia, era disciplinado i por tanto invencible.

Dos ejércitos contrarios formaban sus líneas de batalla; el muchacho poseedor arrojaba desde su campo una piedra

al campo enemigo, con la cual volteaba á sus soldados. Cuando el último de un ejército caía, el que conservaba todavía soldados en pie, era naturalmente vencedor.

Juego del trompo: Este es tan conocido que me parece inútil describirlo; solo diré que el círculo del cual se expulsaba al trompo enemigo se llamaba la Troya, i que había unos trompos grandes del sexo femenino que llevaban en su cuerpo varios trompitos, los hijos se supone, que salían bailando juntos con la madre.

Cara ó castillo: Apuesta universal resuelta por la figura de la moneda que al caer al suelo muestra una ú otra faz. En cada idioma se da naturalmente el nombre que corresponde á la moneda.

Voladores: Estos eran construidos con una armazón de cañas, ó listones delgados de madera, armazón sobre la cual se aplicaban hojas de papel que se adherían á ella con engrudo; según su forma llevaba uno ú otro de los nombres ya citados. Todos tenían cola; una tira de género en un extremo que llevaba en la punta colgante, un cortaplumas, un cuchillo ó cualquier otro objeto cortante; esos eran los voladores de batalla. Al armazón se fijaba varias cuerdas que terminaban en otra mui larga, por medio de la cual se hacía remontar el volador hasta la altura deseada.

El entretenimiento consistía en verlo volar cabeceando ó no cabeceando; el aparato cabeceador demostraba haber sido mal construido; los que volaban serenos eran mui apreciados.

En los días de batalla no se usaba sino de los voladores armados, i naturalmente la victoria correspondía al muchacho que conseguía manejar su aparato, de modo que la cola de éste rompiera la tela ó el papel del enemigo i lo hacía caer en tierra; ya se preveía en Tupiza la guerra de aeroplanos!

Libes: Como se sabe son formados por tres cuerdas unidas, que en su extremo libre llevan una bala. En

Tupiza los muchachos salían al campo con ellos á cazar pájaros.

En materia de caza, Boris no tenía competidor, porque era amigo de un joven poseedor de dos escopetas, una de las cuales prestaba al muchacho cuando iban juntos á cazar en Palala, un bosque próximo entre montañas. El día de caza era el más feliz de la vida de Boris, siempre dado á una especie de alegría melancólica que se exaltaba cuando oía el arrullo de las torcazas ó los gritos de las otras aves que él i su amigo iban á perseguir i matar injustamente.

Otro de sus grandes placeres era ir á esperar leña.

Los indios la traían al pueblo en escasa cantidad i no era de contar con que fueran á ofrecerla á las casas; así para tenerla era necesario ir á contratarla antes de su entrada á la población i Boris desempeñaba esta alta misión, en el caballo del cura, su padrino, popular entre todos los caballos, diez leguas á la redonda, por su mansedumbre, su andar de sobrepaso i principalmente por ser de quien era.

En tales condiciones Boris se captaba la buena voluntad de los leñadores i ajustaba la leña á precio moderado, no por su diplomacia, sino por la influencia misteriosa del caballo, asociado en la mente de los indios á las bondades del virtuoso párroco que bendecía los matrimonios, bautizaba á los recién nacidos i consolaba á los moribundos en los últimos trances de la vida.

Se jugaba también entre los muchachos á la pelota, á las carreras i al «salto del cordero».

La taba: era un instrumento de juego más bien de hombres.

Puedo añadir á las diversiones el cultivo de la música; los instrumentos para él consistían en silbatos, hechos de carozos de albaricoque; en arpas, guitarras, violines primitivos, flautas i *quenas* más ó menos indígenas; cajas i

tambores, clarines de origen exótico, armoniums de boca, flautas del Dios Pan, platillos i chinescos. Como se vé, con todo ello podía formarse una orquesta.

Debo contar también el uso de la trompa (trompa marina, no sé por qué) instrumento formado por un anillo de hierro, incompleto, de cuyos extremos salen dos barras rectas i paralelas entre las que se aloja una lengüeta elástica, soldada al centro del aro, i que al llegar al extremo de las barras, se dobla sobre su plano en ángulo recto i permite hacerla vibrar con un dedo. Para tocar este instrumento se coloca las barras entre los dientes i se sopla sobre ellas al mismo tiempo que se hace oscilar la lengüeta.

§ F.

LAS FIESTAS RELIGIOSAS I OTRAS. — VARIAS PECULIARIDADES.

Navidad en Tupiza.—Como en todas partes, pues la China, el Japón, la India i análogos pequeños territorios no cuentan, nace en Tupiza el niño Jesús todos los años, i este accidente natural, impotente para impedir que se muera á los 33 años, es celebrado ingenua, brillantemente, con una fiesta llena de ternura i novedad que se repite idéntica, año tras año.

Los primeros preparativos para ella, se hacen visibles en las casas por el afán con que desde muchos días antes del 25 de Diciembre, las dueñas echan trigo en cuanta vasija encuentran á mano, lo riegan día por día i obtienen matas verdes verticales, abundantes i frescas. Crecido el trigo puede nacer Jesús cuando le dé la gana, pues preparar el *nacimiento* cuesta poco; basta para ello construir con unas tablas, un altar con gradas, cubrirlo decentemente, sacar de los baules los animales, muñecos, juguetes i artefactos decorativos, colocarlos en los escalones del

tablado, é instalar en el plano superior la imagen escultural del niño, que invariablemente lleva tres pequeñas espadas de latón en forma de llamas de fuego, clavadas en la cabeza; avanza los brazos en la actitud tradicional «de quien se prepara á recibir un plato» i sonríe amablemente con sus labios de escayola pintada que no comunican su alegría á los ojos fijos i vidriados del recién nacido, quizá á causa de las espátulas.

Se halla acostado de espaldas sobre un lecho de paja; la divina é inocente María anda cerca; Santa Ana y San José, los Reyes Magos, una vaca, un cordero, dos pastores, una cabra, un camello, leones, tigres, lobos i otros animales domésticos, dado el caso, rodean la cuna (supongámosla tal), en las gradas inferiores toda la fauna de la tierra se halla representada: las aves y los peces figuran en varios grupos, i molinos, tahonas, ferrocarriles, soldados, muñecas, instrumentos de música, vasijas de todo género i cuanto juguete llega á Tupiza, aparecen entre los platos, tazas i jarros de los cuales emergen las matas de trigo en crecimiento, sin las que no habría nacimiento posible (el lector se habrá apercibido de que el *nacimiento* es el retablo descrito).

Cada señora, más ó menos beata ó pudiente, erigía su nacimiento. El más notable era el de doña Remedios. Este se levantaba cada año en el extremo de un gran salón lleno de flores, alrededor de cuyos muros se instalaban tres filas de sillas de diferente construcción i edad. Las paredes blanqueadas no eran afeadas por cuadro alguno i nadie habría evocado el nombre de un pintor á no estar allí el niño Dios, que con sus gorduras i color sangriento, parecía un niño de Rubens, i recordaba las obras maestras de ese gran pintor, que como todos saben, representan carnicerías más ó menos bien provistas. A la hora dada entraban tres músicos: un ciego, un tuerto i un bizco, es decir, un violín, una guitarra i un clarinete. Instalados en un rincón á una or-

den de la dueña comenzaban á sonar con tales estridencias, que los camellos i otros animales con pelo, del retablo, semejaban puercos espines, á tal punto las melodías habían electrizado su piel.

Los invitados á la ceremonia entraban al salón, las madres se colocaban en las sillas de la última fila, las hijas adelante i los mozos donde querían; se reconocía á las madres por su fealdad i su apariencia de viudas pobres i á las hijas por su juventud, su gracia i ciertos indicios físicos que denotaban una gran tendencia al matrimonio.

A una orden de doña Remedios, surgían de las filas dos niñas de las más bonitas, de análoga estatura, que se ponían á bailar cantando villancicos, aproximándose al nacimiento i retirándose de él con pasos cadenciosos, pequeños saltos, ondulaciones de cuerpo, genuflexiones, movimientos armoniosos de brazos i todo ello presidido por sonrisas celestiales en rostros divinos. Los bailes de las caríatides nada significaban al lado de éstos que inundaban la atmósfera con voluptuosidades infinitas, desconcertantes i religiosas, que hacían estremecer hasta los centros nerviosos del ciego, imantado por influencia.

Tras de la primera pareja surgía la segunda i tras de ésta la tercera i así sucesivamente, hasta que todas las niñas hubieren bailado; la música cesaba, los concurrentes se ponían de pie; las madres comenzaban á denigrar á las que no eran sus hijas, de lo cual resultaba el elogio de éstas, pero como las otras hacían lo mismo, todo quedaba compensado.

Los galanes se aproximaban á las muchachas i concluían arreglos bajo la influencia de los perfumes corporales i de los de las flores, que en los climas secos son mui olorosas, de los cuales resultaban á su tiempo niños de carne i hueso, previo matrimonio ó sin matrimonio previo. Durante muchos días posteriores á la fiesta, no se hablaba en Tupiza de otra cosa que de sus incidentes, pero pasando

el tiempo como todo tiene un término en este mundo, los comentarios se apagaban, doña Remedios arrullaba secretamente en su alma el recuerdo de su triunfo i entrando en lo humano, continuaba su comercio de comestibles i bebidas que le daba una renta de 7 ú 8 pesos bolivianos más ó menos por semana, renta colosal en aquel paraje i en aquellos tiempos, con la cual se proveía de nuevas figuras más ó menos adecuadas para sus nacimientos futuros.

La adoración de los Reyes. — Boris no se acuerda una palabra de lo que sucedía en esa fiesta i debo inferir, por tanto, que nada de particular ocurría.

El Carnaval. — Era en Tupiza más ó menos como en todas las aldeas i aun ciudades. Comenzaba sólo cuando entraba al pueblo un individuo estrafalariamente vestido, que vivía en el campo i al cual los indios amigos obligaban por fuerza á marchar delante de ellos, golpeándolo cuando se resistía ó procuraba huir; por fin, adentro no hacía más oposición é iniciaba los bailes, cantos, saltos i locuras de todas clases. La población, desde ese momento, se enloquecía también, bailaba en las calles, cantaba, hacía ruedas tomándose de las manos, sin distinción de sexos ni de clases; se veía algunas máscaras con trajes ridículos.

Estas diversiones se interrumpían para beber chicha, comer ají (plato especial del país) i naturalmente, tras de este entreacto, los bailes continuaban más i más animados, hasta la noche, en que la embriaguez de los indios era indescriptible.

Lunes i Martes de Carnaval, todo continuaba lo mismo, hasta que el indio, símbolo de la fiesta, era expulsado á pesar de oponer la misma resistencia que á su entrada; i todo terminaba dejando como recuerdo algunas alegrías, muchos pesares i no pocas enfermedades i aun muertos, como resultado de los excesos perpetrados.

Cuaresma. — Al desorden carnavalesco seguía el recogimiento de la cuaresma. El día de Ceniza todos los fieles acudían al templo donde eran empolvados, oyendo la tradicional sentencia: « polvo eras i en polvo te convertirás » i seguían las fiestas religiosas más ó menos especiales en cada localidad: confesiones, comuniones, penitencias, ayunos, etc.

La Semana Santa. — Llegaba más imponente aún. En el patio ó terreno vacío que estaba enfrente de la iglesia, se levantaba el calvario, hecho con ramas de árboles, maderos, tablones para las gradas i la cruz en que debía espirar el Redentor.

El día de Jueves Santo el templo era visitado por toda la población, vestida todavía de color i ostentando cada joven ó señora los más lujosos trajes; el Viernes Santo el cuerpo de Jesús figuraba ya en la cruz i la población debía asistir al sermón de agonía que el cura predicaba desde un púlpito improvisado. La ceremonia era conmovedora, la concurrencia miraba con odio á Longinos i á los que daban agua con hiel i vinagre al Cristo moribundo; no se oía sino sollozos i llantos extremados. El cura predicaba sobre las siete palabras, con voz emocionada; el público respondía con nuevos llantos i suspiros que redoblaban, cuando al fin el párroco decía: salid varones santos. A esta orden salían seis ú ocho penitentes del interior de la iglesia, unos vestidos de blanco, que llevaban en la cabeza un cono prolongado, también cubierto de blanco, otros de gris, con la cabeza cubierta, pero que conservaba su forma natural. Estos causaban á Boris un terrible espanto, no sé por qué. El cura continuaba dando sus órdenes que los penitentes ejecutaban; así, descolgaban el cuerpo de Jesús, una imagen bastante bien hecha, i lo colocaban en una urna para transportarlo. Es evidente que durante esta operación los fieles se entregaban al más inmenso dolor, con lo cual el párroco quedaba complacido. He olvidado decir,

que una de las ceremonias que más impresionaban á Boris, era la de las tinieblas, *miserere, maitines* ó no sé como, en que los concurrentes al templo, iluminado en los altares i en una especie de triángulo lleno de luces, asistían al espectáculo viendo apagarse todas las velas una por una, hasta que la iglesia quedaba en tinieblas; entonces los fieles comenzaban á disciplinarse i no se oía sino sus quejidos i el ruido de los latigazos que se daban.

Durante una parte de la semana santa no se permitía tocar campanas; éstas eran sustituídas por matracas ó carracas. El Sábado de Gloria, tras de cohetes quemados i camaretas que metían un ruido infernal, la población entraba en regocijo por haber resucitado Jesús.

El domingo de Pascua era ya plena fiesta; de los campos venían ramos i canastas de flores, entre ellas dalias amarillas, mui celebradas por su perfume, i albahaca, malvas i otras yerbas con olor.

En las plazas se organizaban bailes i comidas; vendíase en los puestos chicha, chuya, ajipas i otras frutas; buñuelos, empanadas, tamales, capias, roscas i rosquetas, i mil platos sabrosísimos.

Corpus. — Fiesta mui singular, caracterizada por la afluencia de indios llamados *cornetas, caballitos* i *silpuris.* Los primeros iban vestidos de cualquier modo; traían una caña de tres á cuatro metros terminada en un extremo por una especie de bocina encorvada hecha de cuero i en la parte inferior, por un agujero lateral en el cual soplaba el portador; este instrumento daba un sonido ronco, duro, desagradable, aunque cadencioso, que atronaba durante todo un día la población. *Los caballitos* eran indios vestidos de la cintura arriba con una chaqueta llena de abalorios, i llevaban en la cabeza una especie de gorro ó sombrero hecho con plumas

i cintas, vidrios, etc. A la cintura se adaptaba un armazón en forma de caballo, con riendas adornadas i mandiles.

Los silpuris eran otros indios adornados con plumas, cintas, cuentas, rosarios i otras baratijas i el gorro correspodiente. Estos llevaban en la mano derecha un bastón de fina madera que terminaba en una horqueta movida á compás durante la marcha. En ella iban los caballitos i á ambos lados los silpuris bailando i cantando. Detrás los cornetas. La comparsa acompañaba la solemne procesión del Corpus i recorría las calles durante todo el día; su fiesta terminaba en una cena colosal en que los oficiantes se embriagaban.

Todos los Santos. — De esta fiesta no recuerda Bŏris sino qüe los tenderos, comerciantes, panaderos i confiteros, hacían muñecos figurando hombres ó animales, turcos ó santos i vírgenes de pasta, de azúcar, caramelo ú otros ingredientes; en ninguna otra fiesta se hacía cosas análogas.

Día de difuntos. — Este era un gran día para Boris, porque asistía á los responsos de su padrino el cura, i veía llover en un plato de madera hasta llenarlo, medio (un medio era la mitad de un real) tras medio, precio de cada responso.

Con qué avidez miraba Boris esa lluvia, cuando sólo á la muerte de un Obispo podía él conseguir un *medio!*

El cura, suspendiendo la tarea á medio día, para recomenzarla á la tarde, trabajaba todo el tiempo, recogiendo una buena cosecha, pues de toda la comarca llegaban indios, indias, mozos i viejos á hacer decir un responso por el alma de sus muertos. ¡Quién no tiene algunos!

El padrino de Boris solía remunerar la asiduidad de éste con unos cuantos *medios.*

La población iba en ese día al cementerio llevando flores i cruces que depositaba en las tumbas al son de sus llantos i suspiros doloridos; veíase allí tristes escenas, algunas verdaderamente conmovedoras.

Aparte de las fiestas religiosas, había otras peculiares; la más característica de ellas era la de la siembra *Guaques* ó *Uaques*.

Algunas familias tenían chacras laborables, é iban con sus amigos en el día de la siembra á pasar un día de campo. Allí se encontraban con los labradores que desde la madrugada, araban la tierra dirigiendo bueyes mansos i esforzados. Tras del arador iban jóvenes i viejas echando la semilla en el surco hecho por el arado i así continuaban hasta medio día, hora del almuerzo campestre, abundante, riquísimo, sabroso, del cual participaban las familias asistentes. Este almuerzo era regado con sendas tazas de chicha, de chuya, (un licor alcohólico más fino). Así fortificados los indios volvían á la siembra, seguidos esta vez, por los niños de las familias que habían ido á la fiesta, llena de encantos para ellos.

En determinadas fiestas, Boris no recuerda cuales, se organizaban tiendas al diminuto, en que se vendía retazos de géneros, restos del comercio en grande i mil baratijas; lo particular era que en algunas servían de instrumento de cambio unos tejos de piedra (canto rodado que se traía del río). Estos tejos ó discos ó elipsoides, servían para las construcciones de paredes, cercos, casas, pisos de patio i callejones. En otras tiendas, lo que se usaba como plata i oro eran pedazos de loza ó porcelana, cuyo empleo posterior no recuerda Boris.

No creo que haya en el mundo pueblo alguno en que hubiera más cosas que comer i más ricas que en Tupiza.

Allí había todo lo que existe en otras partes i además frutas i comestibles que no había en ninguna otra. Citaré sólo algunas especiales: *Ajipas,* (unos tubérculos mui sabrosos) *vacones* de forma cilíndrica, dulces i frescos; *ocas,* también mui ricas. *Anchi,* producto secundario de la fabricación de la chicha; *ancucus,* una pasta de caramelos ó dulce mechada con almendras ó cacahuetes (maní), guisos de *chaquí,* producto allí muy bueno que hasta puede comerse crudo, tan seco es. I en materia de bebidas, aloja de algarrobo ó de maíz, chuya mencionada ya, i un líquido alcohólico que se obtenía echando agua en los odres vacíos de miel *guarapo.* Todo exquisito.

V.

§ A.

OTROS RECUERDOS. — LOS DIFUNTOS ENVUELTOS. — EL FUSILAMIENTO DE LASARTE. — UN VIAJE PROYECTADO. — LA SEÑORA DE PAZ. — AÑOS MÁS TARDE.

De una gran parte de la comarca los deudos de los que morían llevaban á Tupiza los cadáveres de éstos, envueltos generalmente, en una manta gris i colocados en una angarilla ó parihuela i los depositaban en la puerta de la iglesia, con ésto, los muertos tenían su misa de cuerpo presente. Boris no podía entrar á la iglesia, sin poner á prueba todo su valor; los difuntos envueltos, cuyo rostro i cuerpo no veía, pero adivinaba, le causaban un horror indecible. Esta impresión le dura hasta ahora, aun cuando parece incompatible con su profesión de médico.

Nunca ha podido ver sin un penoso sufrimiento, ningún cadáver envuelto. Cuando más tarde estudió anatomía i llega hasta ser el Director del anfiteatro, lo primero que hacía al entrar en él, era quitar á los cadáveres del depósito, la sábana ó manta en que estaban envueltos; así el envoltorio dejaba de ser terrorífico, i el muerto presentaba un cuerpo i un semblante simpático; ya no inspiraba temor, i transportado á la mesa de disección se dejaba cortar mansamente.

Boris que ha sido siempre algo enamorado, solía llevar los ramitos de flores que le daban las niñas del vecindario,

i para no tenerlos en su ojal, abría uno en el pecho del cadáver estudiado i colocaba en él las flores, que, á favor de la humedad de la herida, se conservaban admirablemente. Concluida la disección, el ramito previamente lavado, volvía al ojal del cual había salido.

Un acontecimiento doloroso, fué motivo de largos comentarios, durante un tiempo, el fusilamiento de Lasarte. Este se había desgraciado, como dicen en la Argentina, cometiendo un asesinato. Fué juzgado, condenado i fusilado públicamente.

Era un joven muy simpático i sin duda no malo, pero el destino...

Cuando cayó á tierra, el populacho se abalanzó á su cadáver, lo desnudó i repartió pedazos de su ropa para conservarlos como reliquias.

Boris asistió al fusilamiento, lo que le pesó siempre, porque la tragedia dejó en él un recuerdo doloroso i permanente.

Un caballero argentino llegó á Tupiza, llevando un arreo de mulas para venderlas.

Como tenía alguna carta para la madre de Boris, fué á su casa repetidas veces, i allí se habló de la posibilidad de que llevara á Tucumán, dos de los niños. Con el trato diario, el proyecto se formalizó, siendo el viajero al parecer, el más empeñado en realizarlo. Va de suyo que este señor almorzaba i comía en casa de Boris, sin dejar de lado su tema. La madre, con grandes sacrificios, preparó ropa de viaje; los niños estaban encantados, soñaban con las peripecias que debían ocurrir i esperaban con ansia el día de la partida.

Triste desengaño; una mañana fué el caballero aprovechador, que jamás tuvo la idea de llevar á los niños, i de-

claró que se veía obligado á irse á La Paz. Infame sujeto, que por vivir gratuitamente en Tupiza, había inventado el famoso viaje, obligando á la familia engañada, á hacer sacrificios para prepararlo, i concluir por imponer un martirio sin nombre, á los pobres muchachos, con una vituperable hipocresía.

A qué contar la desilusión de los niños, sus tristezas i sus llantos que no tenían fin!

Después de la caída de Rozas (tirano argentino), muchas de las familias emigradas volvían á su país, i entre ellas la de un señor Paz, cuya esposa i sus dos hijas, llegaron á Tupiza, donde pasaron algunos días de reposo, descansando de su largo viaje desde el extremo del país.

La señora, era amiga de doña Visitación, i tucumana como ella.

Fué muy cariñosa con toda la familia, i jamás Boris olvidará la generosidad de esa dama, que, viendo á los niños mal vestidos i faltos de todo, les mandó hacer ropa i les regaló mil objetos. Boris se complacía con frecuencia en demostrar su gratitud hacia esta dama; era como se vé un tanto loco ¡quien sin serlo, conserva gratitud en este mundo!

Años más tarde Boris encontró á las preciosas hijas de esta señora casadas, i naturalmente, desgraciadas, como corresponde á los altos designios de la Divina Providencia.

/

§ B.

SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA FAMILIA, TRISTES REMINISCENCIAS. —VENTA DE JUGUETES.—EL PADRE, DON DIEGO, LA MADRE, DOÑA VISITACIÓN, LAS HERMANAS I LOS HERMANOS DE BORIS. — PECULIARIDADES DE ALGUNOS VECINOS DE TUPIZA.

Incurriendo, como de costumbre ya anunciada, en anacronismos, contaré tomando una época dada, las penurias porque pasaba la familia de Boris.

Su padre estaba emigrado de Tupiza por haberse metido en una revolución contra el gobierno legal de Bolivia. Su familia, compuesta de la madre i sus ocho hijos, quedó sin recursos. Un señor mui generoso le prestó una casa para que la habitaran gratuitamente; pero eso no bastaba, la familia tenía que vivir, i vivía á favor de donativos ó préstamos que les hacían ese señor, su hermano, el cura Rendón, padrino de Boris, i otras gentes buenas del pueblo, no obstante llegó un día en que estos recursos tocaron á su fin i entonces fué necesario recurrir á una operación financiera dolorosa.

Ya he dicho que Boris era un niño precioso i mui simpático: por esta razón todos los amigos de la casa le regalaban, en épocas dadas, juguetes, cortaplumas, instrumentos de carpintería, arte al cual era mui afecto, i objetos varios de plata fina, filigranas, i otros dijes de valor. Pues bien, en ese día doña Visitación, madre de Boris, lo llamó á su cuarto, i pintándole la situación, le pidió consentimiento para vender los objetos de plata que poseía. Boris lloró mucho, se lamentó, reunió sus dijes, se desprendió de ellos mui tiernamente i autorizó la venta, con cuyo precio la familia pudo vivir ocho días. Esta fué la primer dádiva de consideración que hizo en su vida. Después ellas no cuentan, pero si cuenta la gran cantidad de desagradecidos que hizo i que continúa haciendo, como es muy natural, pues la cua-



lidad ineludible de todo ser humano, es el desagradecimiento. En otra ocasión probaré la razón fundamental de esta conducta.

Don Diego era oriundo de Inglaterra; su padre fué llamado á la Argentina para fundar la contabilidad del Banco Oficial, en el cual estableció llevar los libros por partida doble, introduciendo esta reforma en la contabilidad. Don Diego á la edad conveniente, entró en la milicia i sirvió en los ejércitos levantados por el partido unitario.

Después de varias batallas en que mostró su bravura, se vió obligado á emigrar á Bolivia, á donde llevó á su mujer i no recuerdo si á alguno de sus hijos. Llegó á Tupiza, donde se estableció como comerciante, abrió una tienda que prosperó rápidamente i la familia alcanzó una situación modesta, pero eficiente. En esto fué atacado de la *fiebre de las minas;* liquidó su tienda, adquirió un mineral y se puso á trabajar en él, con cierto éxito al principio solamente; después los rendimientos disminuyeron i ello continuó así hasta que don Diego emigró de Tupiza, i de ahí en adelante no se supo más de las minas ni de nada.

Don Diego era un hombre mui inteligente, instruído, lleno de *humor,* escritor elegante, narrador insuperable; era bondadoso i sumamente sensible; bien constituído, casi atlético i de una fuerza poderosa; lindo hombre, blanco, ojos azules, tiernos i suaves.

En la sien izquierda tenía unas manchas de pólvora, resultantes de un fogonazo que recibiera en una batalla.

Boris, excepto las manchas de pólvora, era una miniatura de su padre; una vez dijo: conozco que me parezco á mi papá porque cuando me río siento que se me arrugan los ojos. Don Diego no encontró galante la referencia.

Sus originalidades i sus anécdotas, corrían de boca en boca i se contaba de él, bajo el nombre de «cosas de don Diego» originalidades realmente extraordinarias.

Ejemplos: Cuando estuvo en el ejército organizó en su regimiento una sociedad llamada de «Títeres», del cual él fué el primer maestro ó director. Los afiliados debían obedecer á un signo del maestro i ejecutar, en cualquier situación en que se hallaran, movimientos ridículos, cual si fueran títeres á una señal de don Diego, que consistía en mover la mano derecha como si tiraran de un cordel. El lector calculará los incidentes cómicos i grotescos que se producían i la serie de arrestos i castigos impuestos por los superiores á los afiliados que parecían burlarse de ellos. Esta misma asociación estableció Boris en el colegio con idénticos resultados desastrosos. Los afiliados aún cuando estuvieran en presencia de niñas ó señoras, se ponían á hacerles morisquetas que eran tomadas como burlas sangrientas.

Cierto día iba por la calle con un amigo, delante caminaba un sacerdote, muy amigo de él también. Don Diego dirigiéndose á su compañero le dijo: A que me hago saltar por el padre; á que nó, respondió el otro; é inmediatamente don Diego corrió adelante, puso las manos en los hombros del sacerdote i lo saltó. El Padre furioso corrió tras de él i don Diego poniéndose en cuatro pies lo obligó á saltarle, so pena de dar contra él, i ganó la apuesta.

Una vez, emigrado en La Paz, se alojó en compañía de un señor llamado Madero, en una casa en la cual le dieron á cada uno un cuarto. Comenzaba á tomar el sueño el señor Madero, cuando oyó un ruido en su puerta, encendió su vela, i vió á don Diego que entraba con su colchón á cuestas i le pidió alojamiento por aquella noche, pues no podía dormir

solo. Don Diego tenía miedo á las almas, singular contraste en un hombre que había dormido en campos de batalla llenos de cadáveres. Se recuerda también los terrores que pasó cuando murió Moroño; Moroño era viejito chiquito, flacuchín, insignificante; su alma debía estar en proporción de su cuerpo, i sin embargo don Diego le tenía más miedo que á una legión de demonios.

Otra aventura: Suipacha, sitio en que tuvo lugar la batalla de su nombre i célebre por esto, era una aldea no muy distante de Tupiza, sus campos circunvecinos producían mucho maíz i don Diego necesitando alimentar á sus peones, fué á buscar maíz á Suipacha. Llegó en una noche de luna que en aquella comarca alumbra poderosamente. La aldea era tristísima, desolada, parecía inhabitada, i traía el recuerdo, á quien lo tuviera, de una población árabe en el centro de un desierto montañoso. Ni una luz se veía en las calles ni en las casas, cuya sombra aumentaba el melancólico sosiego.

Don Diego fué á alojarse á casa del cura, su amigo, donde le dieron un gran salón por dormitorio; el párroco durante la cena cometió la imprudencia de contar que en el salón indicado había muerto hacía poco su hermana. Don Diego espantado, demoró lo más posible el momento de recogerse, pero no era posible pasar la noche en vela, por fin se fué á su cuarto i para contar con un recurso de escape, dejó entreabierta la puerta; la luna invadía la habitación; don Diego cansado no tardó en conciliar el sueño, pero en cierto momento se recordó sobresaltado; sentía hacia los pies el peso de un cuerpo que se movía i masticaba, que lo heló de espanto; pero como el objeto aquel no era agresivo, cobró coraje, sacó una mano con la cual se aventuró á explorar el sitio con grandes precauciones, tocó unas astas, i al descender la mano, unas barbas. ¡Astas, barbas! se dijo, no puede ser sino el diablo, i sin más ni más se levantó de la cama,

salió al patio en camisa dando gritos, mientras oía el zapateo del diablo que corría tras de él. La cocinera del cura se asomó á la ventana, i al ver á don Diego en paños menores i corriendo, seguido de un chivato familiar, se explicó el episodio i le gritó: «No se asuste don Diego, es el chivato!».

En otra ocasión, en Salta, un enemigo del Gobernador, hablaba incendios de éste. Don Diego al oirle decir que aun cuando había sido su amigo íntimo no volvería á poner los pies en su casa, le recordó este refrán: « nadie puede decir de esta agua no beberé », i como el opositor insistía, acto continuo lo levantó en sus brazos, salió de la casa, atravesó la calle, entró á la del Gobernador que estaba enfrente i lo depositó en medio del salón.

Pobre don Diego, murió en Buenos Aires á consecuencia de una infección tomada en los esteros del Paraguay durante la guerra.

Doña Visitación había nacido en Tucumán i pertenecía á una familia distinguida de origen español. Había sido mui linda en su juventud i en su edad madura, i aun en su vejez conservaba rasgos de belleza. Educada á la antigua, era sumamente religiosa é inconmovible en sus principios; en materia de educación, creía en las ventajas de una gran severidad en que toda falta debía ser castigada con rigor, en que una madre tolerante era criminal, i aun cuando quería mucho á sus hijos i se sacrificaba por ellos, no les escatimaba rigores i castigos. Boris la llamaba á escondida, « el tirano ».

Toda su vida fué un verdadero martirio, por la escasez de recursos, por las penurias que ocasionaban las enfermedades de sus hijos, i por mil otras causas que es inútil referir.

Era inteligente, amena en su conversación i hasta irónica, pero inaccesible al humor, del cual no entendía una palabra, i desconocía, por tanto á su marido, cuyo carácter era esencialmente humorístico.

Pocas personas saben lo que es humor, i las que lo entienden á medias, lo desdeñan. El humor es sin embargo, una alta calidad del espíritu. Alguien ha dicho: Es necesario que tras de él haya algo que le dé solidez i brillo; implica un espíritu sano, capaz, penetrado de gravedad. Hai siempre un tinte de filosofía; hai tristeza, profundidad i pasión en los más grandes humoristas.

Los únicos años de felicidad relativa que tuvo, fueron aquellos que pasó en Salta, después que sus hijas se casaron i que sus hijos fueron colocados más ó menos bien; i esa relativa felicidad de que gozaba era debida al pobre Boris, quien desde que pudo ganar algún dinero, le mandaba socorros que se convirtieron al fin en una modesta pensión, á la cual se añadía la del Gobierno. Con ello i con los regalos de Boris, la señora lo pasaba bastante bien i satisfacía sus aficiones religiosas, traspasando á la Virgen cuanto vestido le mandaba Boris, lo cual no impedía que éste fuera debidamente calumniado en Buenos Aires, donde según pública opinión, era un hecho que su madre se moría de hambre en las provincias, mientras él vivía en la abundancia. ¿Sino, por qué no la trae? se decían la gentes. ¡Qué brutos! Si Boris hubiera llevado su madre á Buenos Aires, habría hecho de ella la mujer más infeliz de la tierra, provinciana i habituada á vivir á su modo, ser transportada á la capital, en donde todo el mundo encontraría ridículos sus hábitos, sus modos, i hasta sus trajes por más de moda que fueran... calcúlese los disgustos que semejante *desaprobación* pública le traería!

En cambio ella vivía en su casita, cerca de una iglesia, donde oía todas las misas que le daban la gana, se confesaba dos veces por semana, para poder reincidir en sus murmuraciones; rezaba á San Vicente i á Santa Bárbara de quienes era devota, ocupaba poco espacio en el mundo i conservó hasta su último momento la completa tranquilidad de alma i de conciencia.

Las hermanas de Boris eran tres: María, Cristina i Vicenta (ya se sabe que doña Visitación era devota de Santa Bárbara i de San Vicente de Paúl, i sépase que su hijita Vicenta, si se llamaba así, era porque doña Visitación no se atrevió á llamarla Bárbara, aun á riesgo de provocar varias tempestades).

Las dos mayores eran mui lindas i lo parecían aun más en Tupiza, donde no abundaban las gentes blancas i de origen exótico. María era de tipo francés, heredado de su abuela paterna; Cristina parecía una inglesa nacida en el centro de Londres.

La educación que recibían en Tupiza era buena, pero insuficiente, como se comprenderá.

El cura Rendón, quien tendrá su párrafo aparte, viendo que de la inteligencia de estas dos jóvenes algo podría sacarse, llevó su generosidad hasta el punto de costearles el viaje á Chuquisaca i su colocación en un colegio religioso, durante un año ó más.

Doña Visitación consintió en el viaje por razones que se supone, á pesar del dolor de la separación. Cuando volvieron á Tupiza ya sabían las pobres chicas todo lo que se enseña en los colegios de niñas, principalmente labores, i eran eximias en materia de rezos; nadie rezaba mejor que ellas.

Su aptitud para el bordado de seda en colores les proporcionó varios encargos de ropas ricas, que les procuraba alguna ganancia.

Ninguna de ellas era feliz, porque sus pensamientos i sentimientos salvaban los límites de Tupiza.

María era morbosamente impresionable i sufría verdaderos accidentes cuando su madre, en vez de reconocer el origen de sus padecimientos, la reprendía severamente por tenerlos. Tuvo cuantos pretendientes inservibles pasaron por el pueblo, pero se casó en Salta con un señor mui digno de ocupar un lugar distinguido en los infiernos; la hizo mui desgraciada, i fué tal vez causa de su muerte.

María era mui cariñosa con todos sus hermanos, i particularmente con Boris. Este recuerda aún el llanto desesperado que causó á su hermana la orden terminante del Tirano de cortarle el pelo rubio, largo, *enrulado,* so pretexto de la dificultad de peinarlo. «Yo lo peinaré todos los días, decía», i suplicaba el retiro de la orden. No obstante, la abundante masa de cabellos cayó al suelo.

Nunca olvidarán sus hermanitos el gran recurso de diversión que ella les proporcionaba. Era gran lectora de novelas i tenía una excelente memoria; i en las noches de invierno, frías, cuando los niños estaban alrededor del brasero, ella les contaba con una fidelidad insuperable, la novela que leía. El Conde de Monte Cristo, Los Misterios de París, Rob-Roy, El Castillo de Woodstock, etc., etc., dándoles así las primeras nociones de literatura, avivando sus sentimientos i endulzándoles la vida. Sus hermanitos la adoraban.

Cristina era una muchacha alta, rubia, de grandes ojos negros, i facciones correctísimas, mui elegante; más que afecto su persona inspiraba admiración. Era mui ocurrente é irónica; reservada, parecía que guardaba sus sentimientos como un tesoro difícil de alcanzar. Boris recuerda muchos de sus dichos i la impresión que revelaban. Mui afecta á los perfumes, amaba sobre todo el olor de la tierra recién mojada; echaba un jarro de agua á una pared de adobes i al sentir el olor que de ella desprendía exclamaba: «¡Para qué es la vida!»

En cierta ocasión paseaba en los alrededores del pueblo con una familia i con un inglés que la quería con pasión.

Una vaca pasó corriendo junto á ellos, Cristina huyó del sitio, llena de espanto; el inglés la preguntó después si había huido de temor, i ella le contestó: «¡No, de vergüenza!».... el inglés dijo: ¡oh! mui perplejo. En otra circunstancia entregándole una receta á un sirviente, al preguntarle éste si debía llevarla á la botica, repuso no, á la carnicería.

Cuando la familia fué á Yaví, hallábase allí emigrado de Salta un distinguido abogado; lindo hombre, elocuente orador, polemista sumamente exaltado. La pasión en todo era la regla de su carácter, se enamoró de Cristina i Cristina la altiva, sintiendo el influjo de la figura varonil i de ese temple enérgico, aceptó sus homenajes i se casó con él.

EPÍLOGO

Cristina no fué feliz al lado de un hombre tan violento, aunque bueno para ella; murió dejando dos hijas que heredaron su belleza i el carácter de su padre pero invertido, pues eran de una dulzura encantadora. ¡La fuerza del destino! Quién le había de decir al marido de Cristina que en los últimos días de su vida iba á ser asistido por el niño que apenas conoció!

En efecto, cuando estalló la fiebre amarilla en Buenos Aires, allá por el año 18.., Boris era ya médico i gozaba de mui buena reputación, fué á ver á su cuñado que contrajo la enfermedad, lo asistió durante dos días, él á su vez, cayó enfermo gravísimo, i cuando recobró la salud, preguntó por su enfermo i supo que había muerto.

Vicenta.—Todos la llamaban Vicentita. Era un ángel, según la idea que tengo de los ángeles, excepto en la belleza física, pero como los ángeles no tienen cuerpo....

La naturaleza le había dado todas las cualidades, excepto esa; sus hermanos para referirse á ella, decían: «la fea, la fiera» (fiera en el lenguaje usual significaba fea), qué crueldad con una inocente criatura, modelo de bondad i de admirables sentimientos; sólo la falta de intención de sus hermanos podía disculpar esa inconsciente maldad. La pobrecita cuando así se la denotaba nada decía, pero sus ojos se llenaban de lágrimas, sentía la herida i se iba á llorar donde nadie la viera. Era delgada, *flacuchina,* parecía un niño endeble bajo sus pobres vestidos que envolvían en apariencia un cuerpo de mujer. Pero esa frágil estructura encerraba un alma llena de sutil inteligencia, delicadeza, abnegación i extra-humanas virtudes.

Cuando su mamá para consolarla le ofrecía un vestido nuevo «para qué, decía, yo me voy á morir pronto».

Su modo de hablar revelaba su originalidad, usaba las fórmulas de retórica sin saberlo, su inteligencia vivísima saltaba de un hecho concreto á una concepción deducida, sin pasar por los preliminares, por intuición. Ponía nombres que implicaban vida á los objetos, por poco que se prestaran á una aproximación á los seres vivientes. Un día dijo á su mamá: «sabes que voi á casar á Pina con el soldado?» ¿Por qué mi hijita? porque es mui perezosa i necesita tener quien la proteja cuando yo me muera. (Pina era una muñeca de trapo i el soldado un muñeco de madera vestido con chaqueta azul i pantalón colorado). Pobrecita, siempre pensando en morirse! Esa obsesión tal vez era la causa de sus frecuentes tristezas i de su indiferencia por todo lo que otras criaturas ambicionan.

No tenía nada que valiera algo, sus muñecas eran baratas, su costurerito una canastilla ordinaria; nada, nada; excepto un par de aritos de oro, regalo de su mamá cuando la

niña tenía seis años. Uno de esos aritos está en poder de Boris en calidad de reliquia.

Como era mui servicial, por ayudar á la cocinera en cierta ocasión, cortó una papa (patata) i, al abrirla vió que había partido un gusano i espantada por la idea de haber cometido un crimen soltó la papa, diciendo: «Dios mío, Dios mío, perdóname este *gusano* i corriendo i llorando fué á contar el suceso á su mamá.

Bueno mi hijita, no llores, lo has hecho sin intención i Dios te ha perdonado.

Con esto quedó contenta i salió del cuarto; pero volvió al rato muy preocupada.

—¿Qué tienes? le preguntó su mamá.

—Mamá, no tengo ya ningún pecado i cuando vaya á confesarme. . . .

—¡Oh! falta mucho para eso, pero cuando vayas le dices al Padre. . . .

—Sí, ya sé, le digo «Padre mío, acúsome Padre que no tengo ningún pecado».

—Eso es.

Su memoria era sorprendente, recordaba cuanto leía; recitaba el catecismo de principio á fin textualmente, y lo analizaba con aquella lógica implacable de los niños.

—Un día dijo á doña Visitación.

—Mamá, yo no voi á ir al cielo ni voi á ver á Dios.

—Por qué mi hijita?

—Por lo de las bienaventuranzas.

—Qué dicen las bienaventuranzas?

—Dicen: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los limpios del corazón porque ellos verán á Dios, i nada de las mujeres!

—Lo mismo es, hija.

—También, mamá, ya ves, todos los ángeles y serafines del cielo son puros hombres.

Doña Visitación, *puesta al pie del muro,* no supo qué contestar á esto, pues no se atrevió á insinuar que había también ángelas i serafinas en el cielo.

Estas observaciones en boca de una niña, no se explican, pero el lector debe estar seguro de la estricta verdad de cuanto refiero.

Los asuntos religiosos le ocupaban mucho i sus preguntas sobre ellos, ponían á prueba la erudición de doña Visitación. He aquí una de ellas para concluir con el tema.

— Mamá, la Divina Providencia es hermana de Dios?

— No, mi hijita.

— La mujer, entonces?

— No hija; la Divina Providencia es la bondad de Dios para dar á todos lo que necesitan.

— Ah. . .

Andando los tiempos llegó un día en que la niña se sintió cansada, decaída i *afiebrada,* hacia la tarde anduvo acostándose á ratos desde temprano, almorzó sin gana i se metió en su camita sin comer. Al día siguiente se levantó bien, según dijo, pero pasadas las horas de la mañana, comenzó el malestar i la fiebre; echó sangre por la nariz, tuvo escalofríos i fué á la cama cuando el sol estaba aún sobre el horizonte. Esa noche durmió recordándose á cada instante i soñando disparates. Cuando fué la hora de levantarse se sintió fatigada i pidió que la dejaran dormir.

Pasó mal la noche, delirando á ratos; á la mañana se repitió la hemorragia i la enfermita apenas podía moverse; en el vientre hinchado por gases i en el pecho, aparecieron unas manchas rojas (petequias). Se mandó llamar al médico quien después de un largo examen diagnosticó: fiebre tifoidea; ordenó se trasladara á la niña á otra casa, para evitar el contagio á sus hermanos.

Una amiga de doña Visitación ofreció su casa por la ventaja de estar vecina i Vicentita ya mui grave, fué instalada en un salón frío, bien ventilado i con buena luz.

La orden de separación se cumplió, menos en lo referente á Boris, quien declaró que si no le dejaban asistir á su hermanita se arrojaría á la Poza Verde, i así fué que apenas se movía de su lado durante el día; i mientras la dulce criatura tramitaba los últimos restos de su vida, él pasaba su tiempo en contemplarla, besarla i acariciarla, i cuando ella dormitaba, él sin poderlo remediar se distraía examinando los detalles de la pieza; las rinconeras de sus ángulos llenas de santos i vírgenes, su techo de vigas i listones de color oscuro, sus sillas ordinarias i escasas en fila contra los muros blanqueados con cal, su faja de florecillas rojas i azules á lo largo de las paredes i sobre la altura del respaldo de las sillas, la gran ventana i por fin una imagen de yeso con cara indiferente, sin expresión, apática i fea, colocada cerca de la cama de la enfermita i que á Boris le pareció de mal agüero.

La cabeza de Vicentita era un volcán, á pesar de habérsele cortado el cabello; su frente quemaba, Boris en su instinto médico propuso que se le pusiera barro frío en la cabeza, eso le quitaría más calor que las compresas de agua helada, pensaba; pero su receta no fué aceptada.

Las horas pasaban sin marcar el menor alivio. Solo una la enfermita haciendo un esfuerzo por mostrarse animada, pidió sus muñecas; les hizo cariños, acostó á Pina á su lado, más luego fatigada no se ocupó ni aún de ella i cerró los ojos. Boris se puso á llorar i empapando su pañuelo en agua fría, humedeció los labios secos i ardientes de su hermana, para poder besarlos sin lastimarla.

Todo iba de mal en peor; Vicentita deliraba, de repente saliendo de un sopor se incorporaba i gritaba: «lleven esos animales que me dan miedo».—Pero no hai aquí animales, mi hijita, le decía su mamá.—«Sí, replicaba; ratones, sapos, arañas, *usanos*, yo los veo»; i rendida por el esfuerzo ejecutado, caía sobre su almohada.

Veinte horas después perdió el conocimiento i á la tarde,

hora del crepúsculo, su respiración anhelosa volvióse difícil en extremo, estertorosa; era un ronquido continuo...

Por qué hace así, preguntó Boris á su madre.

—Porque está mui dormida, respondió ésta, i añadió después de una pausa: mejor es no despertarla; vete á casa i mañana vienes temprano...

—Bueno, mamá.

Boris no durmió esa noche; se levantó temprano i fué á montar su guardia. Al entrar en el aposento vió en él caras extrañas; algo nuevo había ocurrido; sin averiguarlo, apurado por ver á su hermanita, se acercó á ella i antes de enterarse de su estado le dió un beso en la frente; mas no bien sus labios la tocaron, se alzó bruscamente, miró un momento el rostro de la niña, echó atrás la cabeza i cayó pesadamente á los pies de la cama...

Muchos días después de la catástrofe, cuando disminuyó su pena, sus remordimientos continuaron haciéndolo sufrir. —Por qué no le he dado todos mis juguetes, se preguntaba á sí mismo; por qué no le daba la mitad de mi pan i la fruta que á mí me regalaban?—Por qué la mortifiqué alguna vez?—Por qué no la acariciaba i la consolaba, ni le mostraba el cariño que le tenía, sin saberlo yo mismo?—Lo que más le angustiaba era la imposibilidad de hacerle saber á su hermanita estos profundos pesares i arrepentimientos.—No me oye, no me oirá nunca, decía, ni conocerá jamás mi espantosa amargura.—Todo se acabó para siempre!»

La verdad es que Boris, desde la muerte de Vicentita cambió en mucha parte la índole de sus conceptos; su fe religiosa desapareció i con ella su aplicación á los sucesos de la vida.

Dios si existía era un ser mal intencionado i cruel: la Divina Providencia, una vieja bruja perversa, i el Angel de la Guardia, un tonto inútil.

Estas ideas atenuadas i reducidas á términos racionales, subsisten en Boris; sus opiniones se amoldan á una ironía festiva que no hiere, con la cual oculta ó disfraza sus sentimientos ingénitamente bondadosos.

No tiene ninguna de las ideas llamadas absolutas ni cree en la estabilidad de las virtudes humanas.

Los hermanos se llamaban Tomás, Gregorio, Patricio i Alberto.

Tomás, como todos los miembros de su familia, tenía instintos médicos, i aunque colocado como dependiente en una casa de comercio, estudiaba, en cuanto libro le caía á la mano, cosas de medicina, principalmente de farmacia, de la cual se sirvió para establecer una especie de botica, con gran beneficio del público i suyo.

Se casó á su tiempo, formó una familia como cualquier hijo de vecino, en la cual ningún acontecimiento extraordinario sucedió jamás, á no ser la muerte de su jefe ocurrida en la hora que marcó el destino.

Gregorio era mui inteligente, pero algo extravagante é inclinado á abusar de su fuerza. Boris recuerda que lo despojó de una frazada una noche de mucho frío, en virtud de este aforismo que él llamaba lema chileno « Por la razón ó la fuerza ». Fué á vivir un tiempo con su padrino, cuya casa era de altos i naturalmente con balcones á la calle. La única ocupación i diversión del ahijado era pararse de cabeza en una perilla de la baranda, lo que sacaba de quicio á su padrino i á la digna consorte de éste.

No puedo dejar de mano esta casa sin estimar una de sus cualidades.

Ya he dicho que Boris marcaba cada situación de su vida con alguna sonata, aire conocido ó armonía, por tanto debo decir que persiste en su oído el arrullo melancólico i suave de dos palomitas silvestres que cuidaba él matrimonio sin hijos que la habitaba.

Boris no recuerda ninguna otra peculiaridad de Gregorio ni su vida, á no ser que se casó en Salta; tuvo una regular familia de varones i mujeres i vivió, no sé cómo, hasta que Boris, Ministro de Instrucción Pública, le dió un puesto en el laboratorio de química de esa ciudad, donde, á consecuencia de la explosión de una ampolla que contenía ácidos, se quemó la cara i recibió grave daño en los ojos.

Al morirse, años más tarde, Boris naturalmente tuvo que asignar una pensión, que aun continúa, á la familia, olvidando el asunto de la frazada.

Patricio era erudito, principalmente en historia, haragán, perezoso; habíase inventado una enfermedad del corazón para pasarlo bien i disculpar su ociosidad; era pintor decorador i paisajista de afición, i pintaba árboles que parecían animales i animales que parecían árboles. Tenía un aspecto doctoral. En Salta fué profesor de un Instituto del cual salió á consecuencia de su terrible enfermedad del corazón; se fué á Catamarca, allí se casó, se metió en política, llegó á ser elegido diputado por aquella provincia, pero el Congreso rechazó su diploma, por no sé que causa. Boris lo hizo empleado de correos primero, después administrador en un pueblito, situación que dejó por su consuetudinaria i admirable desidia. Naturalmente ahora vive con una pensión de Boris i su enfermedad sigue.

Alfredo era inteligentísimo, lleno de aptitudes para aprovechar ninguna de ellas al menos con cierta persistencia.

Fué militar, estuvo en la guerra del Paraguay, donde hizo buena figura. Era burlón i tenaz en sus bromas, lo cual le procuró serios disgustos.

Este no tuvo pensión pero dejó, al morir, un hijo que la tiene.

Boris es el hombre de las pensiones!

Peculiaridades de algunos vecinos de Tupiza.—El cura Rendón era un santo, no le costaba nada ser virtuoso, había nacido para ello, amaba su sacerdocio i lo ejercía con abnegación absoluta. El casi bautizó i dió la extremaunción á cuantos se casaron, nacieron ó murieron en su jurisdicción, durante largos años. Ya he contado de él algunos detalles, pero fáltame decir algo más. Emprendió con su propio dinero i algunas suscripciones, la construcción de un templo monumental, para reemplazar la vieja iglesia. Cuando los muros estuvieron á cierta altura, faltó el dinero, felizmente, porque se vió que ellos no podían soportar la bóveda, á pesar de las columnas, i que sería necesario ponerle estribos por fuera, lo que destruiría su belleza. No sé si la obra continuó alguna vez.

Boris recuerda además una trivialidad de su padrino. (Quién no tiene alguna?) Su letra era española, pura, casi de calígrafo, i se le antojó cambiarla por la inglesa; adquirió una pluma de oro, la primera que hubo en Tupiza, i á fuerza de trabajo resultó escribiendo con la más perfecta letra británica; no era por cierto necesario para ello usar una pluma de oro, pero así fué.

Su retrato al óleo estaba en la sala de doña Visitación, reemplazando á un santo. Como ningún ser humano es perfecto, el párroco era excesivamente susceptible; ningún joven ni viejo podía ser visitante asiduo de la casa, sin que él se ausentara de ella, mientras duraban las asiduidades; una vez concluídas, el cura volvía i la familia lo recibía con las mayores muestras de júbilo i cariño.

En la vida de este santo varón hubo días lamentables. Una joven, llamada Melchora, fué afectada de accidentes his-

téricos ó epilépticos; tenía convulsiones, arrojaba espuma por la boca, se desmayaba, caía al suelo i se despertaba sin saber lo que le había pasado.

El bondadoso pueblo interpretó estos sístomas mui cabalmente i sancionó que Melchora estaba endiablada, pues echaba sapos i culebras en sus accesos, se decía.

Las damas ó mujeres del pueblo, compadecidas de la joven, fueron en comisión á ver al cura i rogarle que expulsara del cuerpo de la enferma al diablo que la poseía. El cura, después de consultar los libros sagrados, encontró antecedentes que podían justificar su proceder, i determinó exorcisar á la enferma. Todo se preparó convenientemente i llevaron en una camilla á la iglesia á la pobre muchacha, que se resistía, i gritaba, i lloraba; fué colocada enfrente del altar de Jesucristo con toda solemnidad de cirios, incensarios i ornamentos. El cura entonces, después de rociarla con agua bendita i hacer signos de la cruz delante de ella, con voz profundamente comovida dijo repetidas veces: «Fúgite Satanás, Fúgite Lucifer, i otros latines enérgicos».

La concurrencia lloraba i espiaba atentamente la salida del diablo por la boca de la enferma. Pero el diablo no salió, i la niña fué llevada á su casa en el mismo estado; esta operación se repitió varias veces ante una concurrencia estupefacta, pero los accesos de la joven ni cesaron ni se aliviaron.

Algunos descreídos del pueblo se reían socarronamente de la inocencia del cura, quien creía poner un remedio al maleficio, resucitando prácticas de la edad media.

Un maestro de escuela, compadecido de los sufrimientos de Melchora, se casó con ella, i á los pocos días pudo deducirse del hecho de haber cesado los accesos, que el diablo había salido sin ser visto, del cuerpo de su víctima.

En todo pueblo chico, cada vecino de cierta notoriedad, padece de alguna excentricidad que lo caracteriza, i Tupiza no escapaba á la regla. Entre los recuerdos de Boris figuran los siguientes relativos al caso.

Un noble, mui rico, que habitaba un palacio, único del pueblo, i poseía grandes extensiones de terreno á poca distancia, no tenía amor propio de su fortuna, ni de su alcurnia, pero sí una gran vanidad, basada sobre la excelencia del café que se tomaba en su casa.

En efecto, todos los días, después del almuerzo i de la comida, la calle entera, donde estaba el palacio, se perfumaba con el aroma de la sabrosa infusión.

Este mismo caballero criaba dromedarios, llamados allí camellos; llegó á tener hasta 50 de ellos en un enorme galpón de Oploca, su estancia; i, era de ver cuando un grupo de estos animales entraba á Tupiza, con su carga de pasto, alfalfa ó sacos de grano, obstruyendo las calles, el contento de las gentes al presenciar las descargas en las puertas del palacio, que se efectuaba obligando á los melancólicos i gigantescos cuadrúpedos á doblar las rodillas para facilitar la operación.

Otro señor joven i buen mozo que pretendía casarse primero con una hermana de Boris, después con la otra, sin llegar á su fin, hubo de resignarse á su suerte, esperando quizá que doña Visitación enviudara para pedirla en matrimonio, porque su intento, al parecer, era entrar á toda costa en la familia.

Sin embargo este señor era un escéptico; no creía en la gratitud humana i, en virtud de este principio, una vez que regaló á Boris una cajita con un estuche de afeitar, i cuando el muchacho le dijo que agradecería toda la vida

ese regalo i otros muchos recibidos de él, le contestó: no lo agradecerás ni ahora ni nunca. Lo veremos, dijo Boris.

Treinta ó cuarenta años más tarde, Boris supo en Buenos Aires que el señor escéptico había llegado, tomó la cajita en que guardaba, i guarda sus plumas de acero, fué á verlo, i después de los saludos afectuosos i sinceros, le preguntó: «Sigue usted no creyendo en la gratitud humana en absoluto?» —Sí, contestó el señor; pues dijo Boris, aquí tiene usted la prueba de lo contrario, i le mostró la cajita del estuche. El hombre se rió contentándose con decir: «Un caso de locura excepcional».

Un señor rentista, casado i con familia, propietario de una estancia que se llamaba «El Tambillo», i era accidentalmente administrador de correos, fué atacado de una enfermedad desconocida en el pueblo, en virtud de la cual manifestaba varias manías, á veces contradictorias, como rectificar una mentira, i aceptar inculpaciones falsas.

Se levantaba á media noche, iba á la cuadra, montaba sobre un caballo i salía á media rienda hacia «El Tambillo». Cuando se rompía algo en la casa ó sucedía alguna avería, los sirvientes acusaban al señor de la rotura ó de la avería; la señora interrogaba á su marido i éste respondía invariablemente «si-yo-lo-rompería. Si-yo-lo-haría».

Alguien atropelló i lastimó á una muchacha, naturalmente se creyó que el señor era ese alguien; la señora le preguntó si era cierto i él contestó: «Si-yo-la-mataría».

Ocurrióle una vez expedir su cartera por el correo i guardar en su bolsillo las cartas que debía enviar.

Su amor patológico á la verdad, le obligó en otra ocasión á perjudicar el mejor de sus amigos. En una visita que le hizo en compañía del Gobernador de la Provincia, viendo éste en el patio varios largos cajones, preguntó qué era aque-

llo, el dueño de casa respondió: «son los yerros de los catres», «no», dijo el acompañante: «Son-las-lanzas-para-hacer-la-revolución-al-señor-Gobernador.

Había otros amigos de la casa sin peculiaridades, dos españoles mineros mui ricos i su sobrino, i finalmente un caballero sin profesión i sin dinero que prometió una vez á Boris darle un medio en esta forma amenazante: «Mira, muchacho, de repente te he de dar un medio que te has de comprar lo que quieras». Frase que él recuerda siempre, no sé por qué.

V BIS.

El autor escribió este último capítulo en Julio de 1913, dos meses antes de su fallecimiento, por lo tanto esta obra no ha sido terminada, si bien por su forma puede darse por tal en cada capítulo. Sin embargo, damos el índice que tenía hecho de antemano su autor, por el cual se vé cuales eran los tópicos que pensaba tratar; esto demuestra al mismo tiempo que una peculiaridad, su espíritu de orden; al comenzar un libro hacía primero á grandes rasgos el índice, y dividía los capítulos, salvo corregirlos al desenvolver el tema, como un pintor hace los contornos á lápiz de un cuadro, antes de darle fijeza y colorido á su composición.

Gracias á estos apuntes, el lector sabe que son memorias de su niñez, únicamente, y que se detenía al entrar el autor al Colegio célebre del Uruguay.

El Editor.



RESUMEN DE SUMARIOS.

ÍNDICE.
